

EL ESPAÑOL

3 Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 22 - 28 abril 1956 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - Il Epoca - Núm. 386

AQUI,
RADIO
PARIS

LA ANTENA
CONTRA EL PUEBLO
ESPAÑOL EN LA
TORRE EIFFEL

SECRETOS Y HOMBRES
DE LA AGENCIA
FRANCE - PRESSE



LOS ESPAÑOLES QUE VIVEN EN EL MARRUECOS FRANCÉS

Crónica de Luis Antonio DE VEGA, enviado especial (Página 22)

El héroe del Alcázar vuelve a Toledo» (Pág. 9) * Entrevista con Mr. Coles, por María Jesús Echevarría (Pág. 13)
En el bimilenario de la muerte de César, por Pedro de Lorenzo (Pág. 17) * «Austria y España, una vieja amistad
que se renueva», por Costa Torró (Pág. 26) * Alcoy, la ciudad de los moros y cristianos, por Vicente Carredano, en-
viado especial (Pág. 32) * «El libro que es menester leer»: Y la Biblia tiene razón, de Werner Keller. (Pág. 46) *
Doña Blanca de los Ríos, una niña de noventa y siete años, por Enrique Ruiz García (Pág. 51) * Torrevieja, espejo
del Mediterráneo, por José María Deleyto, enviado especial (Pág. 55)

LA JOROBA, novela de Noel CLARASO (Página 38)

DARDO



**A PESAR DE
SUS
ATRATIVOS...**



La halitosis

(fetidez de aliento) es causa más que suficiente para que su compañía resulte insoportable a pesar de todos sus atractivos.

Evite todo riesgo, enjuagándose al levantarse y al acostarse, con Antiséptico LISTERINE, el único medio de suprimir la halitosis combatiendo sus causas.

Ahora, con la nueva
CREMA DENTAL
LISTERINE
con ACTIFOAM
antienzímico, la hi-
giene bucal es toda-
vía más completa.

**ANTISEPTICO
LISTERINE**

GERMICIDA Y DESODORANTE

Concesionarios: FEDERICO BONET, S. A. - Infantas, 31 - Madrid

AQUI, RADIO PARIS



UNA ANTENA CONTRA EL PUEBLO ESPAÑOL EN LA TORRE EIFFEL

SECRETOS Y HOMBRES DE LA AGENCIA FRANCE - PRESSE

DESDE hace años, con constante, deliberada y torpe tergiversación de los hechos, la Prensa y la radiodifusión francesas, al menos en su mayor parte, sostienen una campaña de infundios contra España. Cualquier pretexto es bueno. Cualquier información que, procedente de otro país, por su poca importancia, sería echada al cesto de los papeles, si se trata de España es examinada con lupa, inflada y aumentada, o se procede fríamente a cambiar completamente su contenido para que chaga ruido.

Cuando la empresa es sostenida en todo tiempo y lugar, cuando no se trata simplemente de un azar, de una falsificación pasajera, sino de la existencia de un sistema que emplea siempre los mismos tópicos y no duda en deformar las noticias para presentar exclusivamente un solo aspecto de la vida española, no queda más remedio que entender se trata, inequívocamente, de una empresa organizada.

Porque no se trata de un malevolento juicio continuo de la vida interna de nuestro país, sino que arremete igualmente contra cualquier posición española en la vida internacional, falsificando y disminuyendo, en caso de publicarse, cualquier importante paso español en las relaciones internacionales.

Pero lo peor, con serlo grave en las relaciones de los pueblos, no es la simple y maníaca elaboración de los infundios anti-españoles, sino que la mayor par-

te de estas informaciones han sido facilitadas previamente por agencias de Prensa y radio dependientes de la Administración oficial.

Esta realidad inadmisble constituye un feo delito de relación inamistosa. Más cuando, sucesivamente, Radio París permite en sus micrófonos la presencia y comentarios de determinados exilados españoles para tratar «libremente» los asuntos españoles. No se trata aquí de negar a Radio París el derecho de llamar a sus micrófonos a quien desee, sino de resaltar que esa aparente posición de tribuna abierta, bajo cuya máscara se ampara a veces el más oscuro partidismo, se utiliza exclusiva-

mente en los comentarios antiespañoles, recogiendo, en una larga línea de complicidades, cuyo detalle analizaremos inmediatamente, las noticias más absurdas, con el subsiguiente resultado de no existir casi nunca, y sin deformación previa, la menor noticia sobre España.

El empleo sistemático de estos recursos demuestra el control político que se ejerce sobre la Prensa y la radiodifusión, control más grave aun cuando se hace con un oscuro sentido político y sin tener en cuenta relaciones históricas, internacionales y públicas.

**ESA HISTORIA QUE
SE LLAMA AGENCIA
FRANCE-PRESSE**

Tres agencias americanas: la A. P., U. P. y I. N. S.; la Reuter, británica; la Tass, rusa, y la agencia France-Presse francesa, dominan y ejercen su control sobre el «mercado» de las noticias universales. En Francia, naturalmente, la France-Presse domina la situación del país.

Pero ¿cuáles son sus medios? ¿Quiénes la dirigen? ¿En qué forma?

La contestación es muy sencilla; partamos del hecho fundamental de que el nombramiento de los directores de la agencia los nombra el Consejo de Ministros y su presupuesto forma parte de los presupuestos estatales, aunque alguna vez, como haciéndose de nuevas y siempre después de un cese fulminante, alguno de los

En territoire espagnol au sud du Maroc

SOULEVEMENT DE TRIBUS AU RIO-DE-ORO ET A Ifni

ONZE OFFICIERS ÉGORGÉS

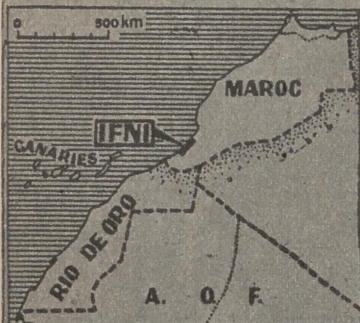
Le croiseur « Canarias » ouvre le feu

Madrid, 13 avril (A.F.P.)

Plusieurs tribus se sont soulevées à Villa-Cisneros, dans la colonie espagnole du Rio-de-Oro, et dans l'enclave d'Ifni, au sud du Maroc, apprenon de bonne source dans la capitale espagnole.

Le correspondant de l'agence France-Presse à Tanger précise que ces tribus se seraient soulevées à la suite de l'interdiction qui leur avait été faite par les autorités militaires espagnoles de cé-

part à la répression du soulèvement. Il aurait déjà ouvert le feu sur une bande côtière de 12 kilomètres.



lébrer l'indépendance marocaine. Le même correspondant précise, de source marocaine, que des éléments de l'Armée de libération du Maghreb participent au soulèvement.

Onze des douze officiers espagnols qui encadraient les quatre ou cinq bataillons de tirailleurs indigènes qui constituent la garnison du territoire d'Ifni auraient été tués. L'ordre serait rétabli au Rio-de-Oro, où deux militaires espagnols auraient été tués, mais des renforts de troupes et de parachutistes ont dû être envoyés des îles Canaries à destination d'Ifni.

Le croiseur espagnol « Canarias » se trouverait au large d'Ifni pour prendre

Un recorte de «Le Monde» recueillant une information faussée sur Ifni remisée par l'agence France-Presse

directores se haya atrevido a preguntar al secretario de Estado para la Información si existía o no alguna «independencia» en la organización.

Porque no sólo la France-Presse está subordinada a la influencia directa y positiva del Gobierno, dato que no es posible olvidar, sino que, a su vez, la información transmitida por el Gobierno a la nación se efectúa por su directo camino.

Esta dependencia de la agencia informativa al Estado no sólo es de orden administrativo, sino que está articulada completamente a las tendencias políticas imperantes.

En los últimos años, totalitariamente y sin que mediara nada más que diferencias «internas» en cuanto a la información y su posterior «utilización» política, los directores han sido cambiados sin más explicaciones. Hay un caso pintoresco y curioso, que

es el de Mauricio Negre, director general de la agencia France-Presse en 1947. Sus vicisitudes forman parte de la historia de la política francesa. En una carta dirigida por este hombre al secretario de Estado en la Información se escriben cosas como éstas:

«Las vicisitudes de mi carrera me han llevado a pensar que era difícil ser un periodista libre o un director de agencia deseoso de obtener buena información para servir al bien público, aunque creo que, sin embargo, para Francia y para el mundo una agencia de Prensa libre y nacional era una necesidad imperiosa...»

He aquí, pues, la declaración pública de uno de sus directores, el testimonio irrefutable de las condiciones íntimas y el conducto «democrático» de la información de la agencia que proporciona masivamente las noticias mundiales a los periódicos franceses. Pero los testimonios se suceden. Hace unos días, Pierre Seize, en «Le Figaro», decía: «Lo que nos ha dicho Negre sobre la agencia y su funcionamiento no puede asombrarnos. Como su nombre indica este organismo es la voz más autorizada en nuestro país y en el extranjero por su carácter oficial. Ligada a la política (la agencia France-Presse), campo de ambiciones y rivalidades, se practican en ella esos viejos males que se denunciaban en 1912: «el culto de la incompetencia y el horror a las responsabilidades...»

¿Hemos de añadir más? Dejemos hablar a Maurice Negre.

EN TRES OCASIONES FUE DESTITUIDO EL DIRECTOR GENERAL DE LA FRANCE-PRESSE

El señor Maurice Negre fué destituido en tres ocasiones a lo largo de diez años escasos. Los cambios de Gobierno le eran fatales, si no conseguía una rápida acomodación. El mismo cuenta la turbia historia. Oigámosle:

«Dos veces un Gobierno francés me ha destituido sin falta profesional alguna, a pesar de ser un director general que a lo largo de veinticuatro años había pasado por todos los puestos de la agencia, y ahora, por tercera vez la misma sanción se abate sobre mí (su tercera destitución fué el 28 de septiembre de 1954) sin que nada haya sido preparado para un régimen de gestión libre de la agencia ni tampoco para delimitar los poderes del director para que pueda disponer

del derecho de ser, para el servicio de la nación y de la verdad de la información un periodista, es decir un informador leal y no un funcionario servil...»

Pero ¿es que Maurice Negre no alude a la situación de dependencia estrecha de la Prensa a la agencia? También lo hace. Veamos algunos de sus párrafos:

«Hago declaración que no me he opuesto nunca a ningún estatuto de la agencia, pero yo no he sido nunca, ni lo seré jamás, favorable a un sistema que o bien la coloca en un estado de subordinación con respecto al Gobierno o para hacer el juego a los periódicos franceses...»

Ahora bien; este importante y decisivo organismo de control y suministro de información internacional y gubernamental es campo de disputa para los partidos que buscan servirse de él. De una forma u otra, su dependencia al Estado es peor de lo que parece por el hecho mismo, como decimos, de la interferencia de los sectarismos políticos. Que no ha sido nunca independiente lo sigue diciendo, en términos sutiles, pero en los que no existe duda alguna, Maurice Negre:

«La agencia France-Presse debe ser independiente en sus actos de gestión y en sus relaciones internacionales, ligada a los imperativos de interés nacional y, al mismo tiempo, celosamente unida a los principios de verdad y calidad en sus informaciones...»

Es evidente que no hay que ser muy listo para comprender que en el año 1954 el propio director general de la agencia France-Presse declaraba, al decir las condiciones que debía tener el organismo en el que acababa de quedar cesante, las condiciones que no tenía.

¿Cuántas campañas antiespañolas, ante el papanatismo de mucha gente que cree siempre en lo que llega del otro lado de la frontera, se han falsificado en las oficinas de la agencia, situadas en la gran plaza de la Bolsa y



André Leveque, progresista-comunista, está encargado en la France-Presse de inspeccionar la mayor parte de los textos de información extranjera



Jean Marin, que ha sustituido a Maurice Negre en la dirección de la agencia France-Press, con algunos de sus colaboradores

abiertas durante las veinticuatro horas del día? No somos nosotros los que facilitamos la respuesta. Está al alcance de todo el mundo.

En cuanto a la total dependencia de los puestos directores de la agencia, ninguna explicación mejor que el reconocimiento paladino que hace Maurice Negre de esa sumisión:

«... La suerte de la agencia France-Press y la designación de su jefe son, según parece, asuntos del Gobierno, pero la suerte de la agencia France-Press es parte integrante de una tarea a la que he dedicado mi existencia, pues la libertad de expresión y de información son para mí estrechamente ligadas. Esto os explicará (la carta va dirigida al secretario de Estado) por qué razón he creído mi deber dar a mis observaciones, puede ser, este tono insólito, del cual deseo que me excuséis...»

En realidad, lógicamente, el «tono insólito» no era otro que el de proclamar abiertamente la verdad sobre la famosa «información» de la Prensa francesa.

¿ES QUE LA «RESISTENCIA» FUE UN NEGOCIO?

Naturalmente los hechos no son sólo estos, sino que abarcan, jerárquicamente, una verdadera cadena de factores. Hay que tener en cuenta que la Prensa francesa está en manos, prácticamente, de los «resistentes sin uniforme», es decir, los mismos hombres que desertaron del Ejército francés en los momentos que Alemania estaba aliada a Rusia y se convirtieron después de la ruptura entre Hitler y Stalin en los «liberadores». Son los mismos que efectuaron la «explotación» de la Prensa nacional francesa. Un hombre, Eduardo Herriot, el 13 de marzo de 1946, preguntaba en la Asamblea: ¿Es posible que los liberales

no hayan trabajado nada más que para ellos mismos? ¿Es que la «resistencia» ha sido un negocio?

Si esto se lo preguntaba Eduardo Herriot poco tenemos que decir nosotros.

LOS HOMBRES DE LA AGENCIA DE PRENSA

El Consejo de Estado, precisamente el 1 de marzo de este año, anulaba, por vicio de forma, la

destitución de Maurice Negre por el Gobierno de Mendes-France... pero el actual titular del cargo, Jean Marin, confiado en las fuerzas del Frente Republicano y en el apoyo de Mitterrand y Mendes-France (curiosamente, dos hombres con graves acusaciones en el proceso de las «fugas militares») ha declarado que nada de eso cambia la dirección actual de la agencia...

Con el dato anterior, con su es-



Un locutor de Radio Paris transmite una emisión desde un café

trecha dependencia a Mendes-France y Mitterrand, queda clasificado políticamente. El director adjunto, Diridollou, es un socialista. El secretario general, Roussel, estuvo separado de la agencia durante algún tiempo por su posición política totalmente extremista y poco habilidosa en el enmascaramiento. Ha estado casado con una comunista, hoy divorciada.

La colección es, en todos los departamentos, verdaderamente curiosa. De los redactores-jefes, Bitard es progresista, clasificado como comunista «no afiliado». Los otros dos, Fis y Heufe, son socialistas. Siguiendo la línea veremos que Lagrange antiguo cronista militar de «Libération», periódico de campo progresista comunista, está bajo el cuadro político de Mendes-France. Otro, Fredic, es secretario de un sindicato comunista.

Si pasamos al servicio de Transmisiones nos encontramos con Assaleix, comunista. En contabilidad, entre sus números, a Marrast, militante comunista. Podríamos decir, haciendo un chiste, que las señoras también juegan. Así veríamos en la sección de arqueos a la señora Chennevier, comunista.

Vayamos, sin embargo, al juego grande. En los servicios del extranjero de la agencia, esto es, donde se difunden los textos para la Prensa, uno de los hombres principales es Leveque, progresista comunista, cuya misión es la de controlar la mayor parte de los textos procedentes de los redactores de la agencia. Pero aún hay más: en el grupo de jefes de Ser-

vicios Técnicos, el del Extranjero está gobernado por Sichel Dulong, comunista. ¿Corresponsales? Los de Nueva York y Washington, por tomar dos puntos importantes, son Grosbois y Guikovatí, ambos comunistas.

RADIO PARIS, LA MISMA CUESTION

Si la dependencia, de un lado, y la demostración absoluta y verídica de los verdaderos caminos de la agencia France-Press ha sido demostrada ampliamente, con las propias palabras de su director general, la situación de Radio Paris es idéntica.

La radiodifusión está en manos, sobre todo en lo que se refiere a noticias del extranjero, en manos de la agencia F.-P., si a ello unimos que el control estatal es amplísimo, no hay que añadir mucho más para llegar a las mismas conclusiones.

En primer lugar, Radio Paris está dirigida por un extenso grupo de redactores que son, también, «resistentes» y muchos de ellos comunistas. Para no hacer extensa la lista diremos que tanto la Radio como la Televisión francesas han sido acusadas públicamente por los cuatro líderes del Frente Republicano, entre los que se encontraban Mendes-France y Guy Mollet (en carta abierta durante las pasadas elecciones) de estar sometidas al Gobierno y de ejercer en ellas la censura gubernamental. Lo curioso es que Mendes-France, durante su periodo en el Poder, las había utilizado ampliamente a su servicio, y no dejan de ser cínicos algunos párrafos del texto «mendeciano»:

«Declaramos desde ahora, que todas las medidas que se tomen por el Gobierno (se refería a Faure en los finales de diciembre pasado) contra los dirigentes o colaboradores de la Radio o Televisión por el hecho de que quieran proceder con independencia, serán inmediatamente hechas públicas ante el nuevo Parlamento...»

¿DONDE ESTA LA INDEPENDENCIA DE LA RADIODIFUSION?

Muy pronto, como vemos, había olvidado Pierre Mendes-France que él mismo había colocado «con vicio de forma» (según el alto organismo del Consejo de Estado) a uno de sus hombres en la agencia France-Press. Pero, en realidad, el hecho destacable es la directa conexión y dependencia de la Radio como la de la agencia en manos del partido de turno. Pero no seamos nosotros quienes lo digamos. El 7 de diciembre de 1955, comentando la acusación del «régimen de censura», «Paris-Press-L'Intransigeant» decía:

«... ¿La independencia de los dirigentes o de los colaboradores de la Radio está amenazada? No nos engañemos: esta independencia, tanto en lo moral como en lo material, no se la ha concedido a la Radiodifusión ninguno de los veintidós gobiernos que se han sucedido desde la liberación.»

En el caso de la Agencia es su propio director, Negre, de quien tomamos las palabras definitivas. En éste, son las del propio Mendes-France o estas últimas del editorialista Paul Gerin. En ellas no sólo se afirma la total



Lograreis este BUSTO PERFECTO EN ALGUNAS SEMANAS

Si vuestro busto es pequeño, flácido o demasiado desarrollado, con un tratamiento PLASTO-SEIN adaptado a vuestro caso, se transformará rápidamente

Es bien cierto que la mujer cuyo busto es pequeño o demasiado desarrollado, oculta un íntimo malestar, sobre todo ahora que la moda exige un busto juvenil de un tamaño y firmeza ideal.

“Nunca pude creer que se pudiese alcanzar tan buenos resultados con PLASTO-SEIN. Hoy solo puedo decirles que soy envidiada y admirada...” Así nos escribe la Sra. M. A. de Sevilla.

En América, Africa y Europa no se cuentan más que los numerosos éxitos de los tratamientos PLASTO-SEIN.

RESULTADO OBTENIDO EN 4 SEMANAS

¿POR QUE NO OBTENER VOSOTRAS EL MISMO EXITO?

PROBAD A NUESTRAS EXPENSAS sin pagar nada si no quedáis realmente satisfechas. Envíame sin compromiso alguno por mi parte la información completa sobre la fórmula n.º 44 y la oferta de prueba a sus expensas.

44: VALE DE PRUEBA N.º 60

para un tratamiento

N.º 1 busto poco desarrollado Nombre _____

N.º 2 flácido Calle _____

N.º 3 muy desarrollado Ciudad _____

No mandéis dinero, solamente

Plasto-Scin Laboratorio Sveltor
Oslo, 27 - Barcelona

PARIS BRUSELAS MILAN DUSELDORF AMSTERDAM CARACAS

ESTA A LA VENTA
EL NUMERO 50 DE

POESIA ESPAÑOLA

DONDE ENCONTRARA LAS FIRMAS DE VICENTE ALEIXANDRE, FERNANDO ALLUE MORER, JUAN EMILIO ARAGONES, JOSE ASENJO ROLDAN, PEDRO BARGUENO, JOSE MANUEL CARDONA, JOSE CORDOBA TRUJILLANO, FRANCISCO-TOMAS COMES, MERCEDES CHAMORRO, JOSE LUIS GALLEGO, RAFAEL JAUME, RAFAEL MILLAN, VICENTE NUÑEZ, JOSE MARIA OSUNA, PEDRO POZO ALEJO, MARIANO ROLDAN, DAMASO SANTOS Y A. TOVAR

Precio del ejemplar:
DIEZ PESETAS

Dirección y Administración:
Pinar, 5. — MADRID

dependencia de la radio, sino que las aspiraciones se llevan, en el terreno de la independencia «a un mínimo», lo que quiere decir en qué condiciones existe hoy. Nosotros no entramos ni salimos en ello. lo único que advertimos es el fraude extraordinario que existe al hablarse siempre de «una Prensa y una Radiodifusión libre», cuando su control es sistemático y, además, urgido constantemente por los sectarismos políticos.

EN ESTAS CONDICIONES SE HACEN LAS CAMPAÑAS ANTIESPAÑOLAS

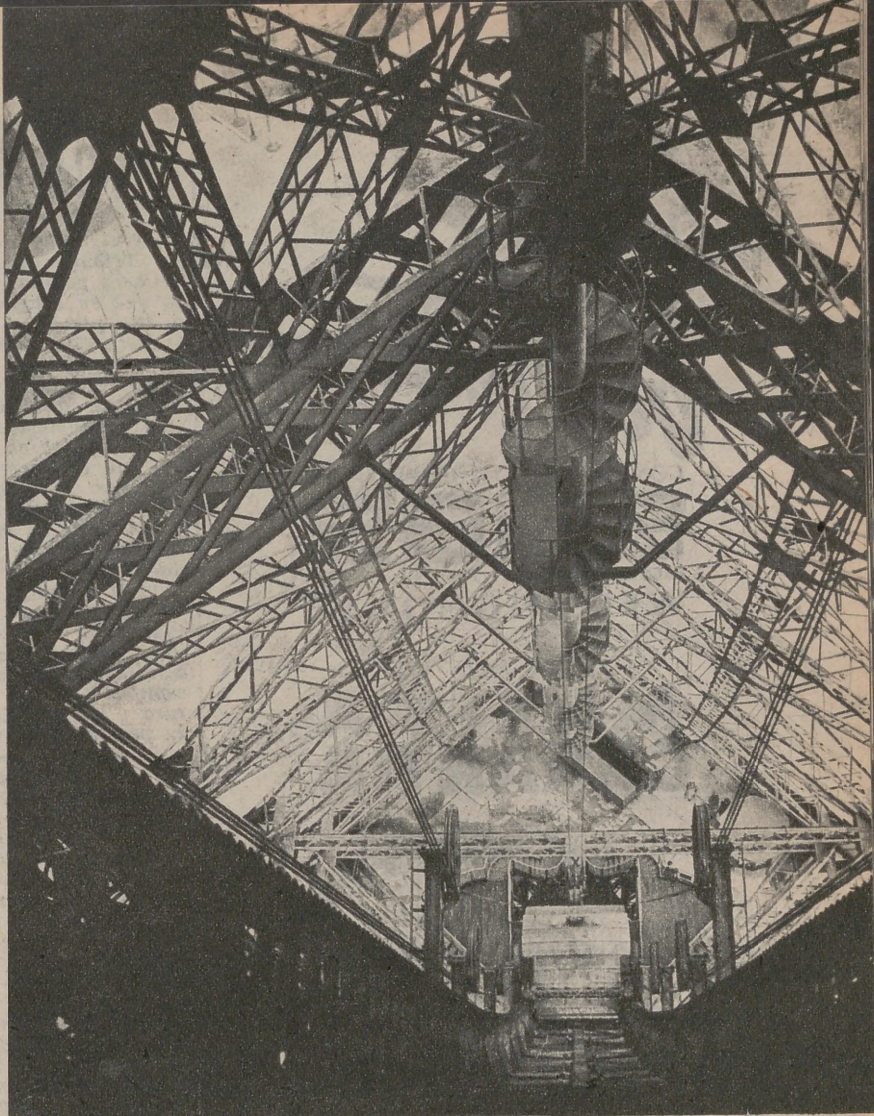
Estas mismas gentes, estas mismas organizaciones, sujetas a «régimen de censura» (Pierre Mendes France, Guy Mollet, Chabard-Delmas y Mitterrand lo han declarado y firmado) son los que ponen los micrófonos al servicio de los enemigos del pueblo español.

La táctica es siempre la misma, cualquier problema, cualquier suceso, aun el más intrascendente, como el que tuvo lugar en Ifni, donde dos tribus han tenido un encuentro sin importancia, se convierten en sucesos de repercusión internacional. La falsedad, en el caso de Ifni, ha llegado a extremos desaforados. Si unos policías indígenas han sido heridos al intentar poner en paz a dos pequeños grupos pertenecientes a distintas tribus, la agencia dice que han sido muertos al efectuar «la represión». Este es siempre el punto de vista. Después, como añadido, se unen toda clase de graves insinuaciones malévolas. Entre ellas el desembarco de tropas, acción de la Marina y de paracaidistas, en el territorio, que, entre paréntesis, ha vivido siempre en paz, cosa, naturalmente, que no ha ocurrido, durante muchos años, en las regiones del Africa francesa. La falsedad quedará pronto de manifiesto, pero la France-Presse se cuidará muy bien de rectificar. Un incidente laboral, una helada o una sequía sirven de pretexto, horizontal y verticalmente para iniciar una campaña de infundios.

Lo fué durante los años de bloqueo, en que se difundieron las noticias más absurdas, y lo fué después, cuando España, por sí misma, alcanzaba el plano del respeto internacional y obtenía los triunfos resonantes del pacto con los Estados Unidos, el Concordato con la Santa Sede y los sucesivos acontecimientos que nos llevaron a la O. N. U. y a la Unesco.

El sistema es simple y burdo. Todo está organizado para dar cabida a lo más insensato. Salvador Madariaga, uno de los asiduos de Radio París, explicaba hace dos años las peripecias de sus libros en España: «el Régimen dio instrucciones para que se retiraran mis libros»... que, naturalmente, se encuentran, como todo el mundo sabe, en cualquier librería.

En cuanto a los pactos con la nación americana mientras se habló como posibilidad, Radio París los desmintió como una cosa imposible, para que, una vez realizados, «los considerara (8-10-53) una irresponsabilidad del Gobierno español». Igual pasaba con el Concordato.



El laberinto metálico de la torre Eiffel, donde están instaladas las antenas de la Radiodifusión francesa



Roussel, secretario general de la agencia France-Presse, estuvo casado con una comunista y es de posición política extremista

Si pasamos al bloqueo económico y político que sufrió España durante años, la opinión de Radio París era de que significaba el fin del Régimen. Cuando de él se pasó a las relaciones universales, se lanzó una ola de espuma para que no se viera nada más que una especie de falta de dependencia de España a otros países. Es una historia, por su seca necesidad, incompatible con la inteligencia. No dejan de existir, curiosas anécdotas.

El sectarismo de Radio París, al poner en manos de los exilados sus micrófonos nacionales, le cubre a veces de ridículo. Hemos hablado de que el sistema es convertir en malo todo lo que tocamos los españoles, aunque sea absolutamente bueno. Lo mismo ocurre en lo político.

He aquí desenmascarados algunos aspectos de la conspiración de la Prensa y la radiodifusión francesas y patentes las fuerzas que mueven y dirigen, quebrando todas las reglas, las campañas antiespañolas. A la vez que revela el sectarismo político de los hombres que están en la agencia y la radio. Eso evita mayores discusiones. Así se esclarece debidamente el fundamento y el origen de las campañas antiespañolas a lo largo de los años.

Luz barata...

CON LAMPARAS FLUORESCENTES

ELIBE

FABRICADAS EN ESPAÑA CON LICENCIAS Y PROCEDIMIENTOS

WESTINGHOUSE

LA LAMPARA DE

MAXIMA GARANTIA

confíe siempre
en la técnica

Westinghouse

que marcha a la
cabeza del mundo

La lámpara ELIBE es un genuino producto WESTINGHOUSE, en cuanto a duración, tonalidades, consumo reducido y alto rendimiento.

Pida detalles y presupuestos a:
ELECTRONICA IBERICA, S. A. "ELIBE" MADRID
Y SUS DISTRIBUIDORES OFICIALES

UN CONSEJO

Antes de instalar lámparas fluorescentes, compruebe el rendimiento de la instalación. Compare la luz obtenida con los gastos totales de consumo. Su elección recaerá sobre ELIBE - WESTINGHOUSE, la lámpara de mayor rendimiento.

INSTALE LUZ FLUORESCENTE.

terminada usando TUBOS ELIBE

REALISMO Y SINCERIDAD

EN el número especial que el «New York Herald Tribune» ha dedicado a España se publica en primera página, y a grandes titulares, la entrevista que en estos últimos días concedió el Caudillo a este periódico norteamericano.

«Está en marcha la recuperación española, pero aun necesitamos la ayuda exterior.» En estas palabras claras, diáfanas, realistas, el Caudillo ha expuesto con toda brevedad y concisión la situación económica de nuestra Patria. Tienen a veces las palabras un profundo y hondo significado, que es necesario aclarar, que es conveniente descifrar. Decir que España se está recuperando, decir, como el Caudillo claramente lo ha expresado, que está en marcha la recuperación de España, equivale sencilla y simplemente a decir que España se ha transformado, que en España se ha operado la difícil y providencial curación de una enfermedad crónica. Decir que está en marcha la recuperación española es lo mismo que hacer alusión a esa honda e histórica transfiguración que a lo largo de sólo veinte años se ha obrado en el espíritu y en las tierras de España en su agricultura y en su industria en su historia y hasta en su peculiar idiosincrasia. Esto quiere decir que España se ha recuperado.

Para mejor entender estas palabras sería necesario hacer un examen retrospectivo, sería necesario volver un poco la vista hacia atrás y ver cómo se ha llevado a cabo esta nuestra recuperación, porque en los hechos, en la historia hay circunstancias y concomitantes que tienen por sí mismas la trascendencia y la importancia de la categoría.

Emprendimos esta transformación, esta recuperación de España cuando estábamos solos, bloqueados por el mundo político y financiero de todos los países. Y en esta soledad, guiados por la voluntad indomable y la inteligencia política de Franco, España, partiendo de la nada fué rehaciéndose fué recuperándose. fué viendo nacer nuevas fuentes de riquezas, nuevos medios de producción, nuevas industrias, nueva agricultura donde hacía unos años tan poco existía, porque la desidia y la negligencia de una política trasnochada nada había hecho por su vigorización. El oro del Banco de España, por un valor de 1.734 millones de pesetas-oro, fué sacado de Madrid y duerme todavía en los sótanos de los Bancos de Rusia. Esto, por citar un hecho concreto; pero más aun que esta pérdida significa el abandono y la dejadez política de muchos años de gobierno en los que España se iba desangrando lentamente hasta caer en una anemia económica absoluta. De esa anemia, sin otra ayuda que la de Dios la acertadísima política de Franco y el trabajo de todos los españoles. España ha sabido recuperarse y hacer maravillas en su agricultura y en la creciente industrialización de sus campos, alumbrando nuevas fuentes de energía y desarrollando su producción y su comercio con el exterior.

«España debe reforzar su producción para convertirse en un aliado más fuerte del mundo libre.»

No es sólo a España a quien interesa el fortalecimiento de una economía fuerte. Hoy más que nunca, en la economía de un país baremo de lo que puede representar un país como ofrecimiento y como promesa para la defensa del mundo. Junto al deseo de nuestro Caudillo de que el nivel de vida de la Nación se eleve más cada día mediante una economía sana y robusta, existe este otro deseo y esta otra voluntad de ofrecer al mundo libre, a las naciones libres del mundo, una defensa más eficaz y más contundente contra el enemigo común de esta auténtica y verdadera libertad de las naciones.

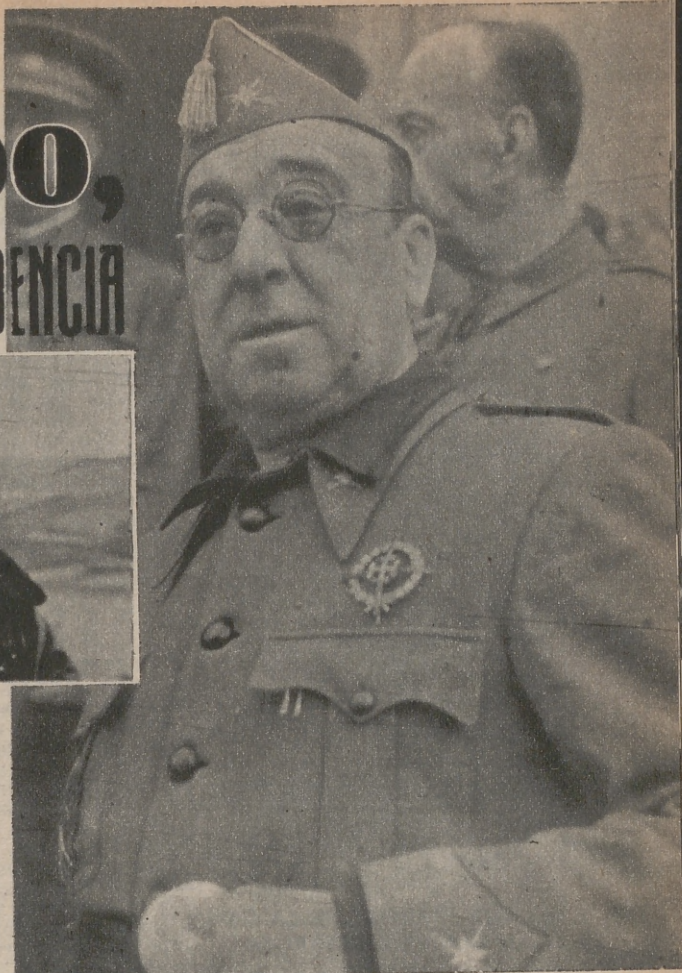
Para que España sea un aliado aun más fuerte del mundo libre necesita de esa ayuda exterior a la que el Caudillo se refiere, porque en esta tarea es cierto que España pone contra el enemigo lo que más vale lo que más se necesita lo que no se improvisa: su tenaz, firme y constante voluntad de mantenerse siempre en la primera línea de combate ante el comunismo, declarado enemigo de la verdadera y única libertad de los pueblos.

EL ESPAÑOL

MOSCARDO, SOLDADO DE LA INDEPENDENCIA



EL HEROE DEL ALCAZAR VUELVE A TOLEDO



Cuatro fotografías históricas: En las inferiores se recogen dos momentos de la liberación del Alcázar de Toledo por la columna del general Varela. El Generalísimo Franco, acompañado por el entonces coronel Moscardó, visita las ruinas del glorioso reducto

SON los días de agosto de 1936, cuando frente a los muros del Alcázar de Toledo se apelotona la masa de milicianos. Pañuelos rojo y negro de los anarquistas, monos azules con el emblema de la hoz y el martillo, pantalones caqui de los socialistas; todos los colores se mezclan y confunden en cuadro digno de Goya. Es el mundo rojo de Asia y Europa, de América y Oceanía, el que se ha dado cita ante las piedras mutiladas del Alcázar.

De repente, en la calle de la Sillería, un rumor creciente de hom-

brés que vociferan y una mujer que arenga a las turbas. Es la Nelken, recién llegada a Toledo para empujar con sus soflamas a aquellos milicianos, encogidos ante el heroísmo de los del Alcázar.

—Es necesario luchar sin piedad... Tenéis que cumplir una misión. Cuando el Alcázar sea tomado, sobre Toledo y sobre el mundo flotará una bandera roja que dirá: ¡Viva la revolución!

En Toledo, por aquellos días del verano de 1936, se cerraba un ciclo histórico de muchos siglos. Los hechos arrancaban desde los tiem-

pos en que nuestros Tercios plegaron sus banderas de los campos de Europa. España había sido vencida militarmente en su intento de defender la unidad de los pueblos cristianos, que hace crisis en el Renacimiento. Pero las Internacionales y el Kremlin no renunciaban a dar la estocada definitiva.

España sufre seis años de embestida roja. La sociedad, desintegrada; la familia, rota; la economía, en liquidación; la fe, perseguida... Las armas eran el único dique, la ciudadela todavía imba-

tida. Y entre las ruinas del Alcázar estaba el símbolo de las virtudes de la raza. En 1936 había llegado la hora, perseguida a lo largo de siglos, de acabar con el Ejército, último escudo de la independencia nacional. Mientras éste no arriase su bandera, la otra bandera, la roja, no podría izarse.

Lo lógico hubiera sido que el Alcázar sucumbiese, aislado y perdido en medio del campo rojo. Pero la Providencia puso allí al hombre que cristalizaba en sí mismo la lealtad, el valor, el temple y el espíritu de la Infantería. Un hombre hecho con la carne y la sangre de los héroes, cristiano, modesto, resignado y bueno. Quiso la Providencia que el comandante en jefe del Alcázar fuera Moscardó, para que la bandera de la revolución no luciese sobre el mundo, según la profecía de la miliciana. Ante el cuerpo sin vida de Moscardó, enterrado en el Alcázar, la Humanidad ha citado su nombre en el orden del día del Universo civilizado. El mundo cristiano ha rezado una plegaria por su alma noble y generosa, sencilla y humilde, predestinada desde que José Moscardó era niño para salvar el honor de la Patria.

LOS VECINOS DE LA CALLE DE LEGANITOS

En la calle de Leganitos, de Madrid, en el número 12, ha venido al mundo un niño el día 26 de octubre de 1878. En su cuna hay limpios pañales, cosidos puntada a puntada por la madre, Concepción Ituarte Achaga. No hay discusión sobre el nombre que ha de llevar el nuevo infante; ese pequeño regordete y lleno de salud se llamará José. También se llama así el padre, oficial del Cuerpo de Alabarderos.

Crece el futuro héroe del Alcázar en un hogar modelo de las virtudes de la clase media española, donde se venera a la Patria y al Cuerpo al que sirve el cabeza de familia. Para José Moscardó, desde muy niño, la Parada de Palacio no tiene secretos. Su máxima ilusión es ver a los alabarderos descender con paso arrogante por los jardines, en cuesta, fronteros al edificio. Los calzones blancos, las negras polainas, las casacas ribeteadas en rojo, las alabardas de plata, constituían un cuadro que se queda grabado para siempre en su imaginación. Desde entonces, la milicia es para él el norte de sus ilusiones.

Llegada la hora escolar, José Moscardó va al colegio del Sagrado Corazón, situado en el número 12 de la calle de la Bola. Desde el 1 de octubre de 1884 hasta junio de 1889, cursa allí estudios elementales. Los cinco años siguientes, y en el mismo centro, hace el Bachillerato sin una sola nota desfavorable.

El nuevo bachiller va a cumplir dieciséis años y es el momento difícil de elegir carrera.

—Yo quiero ser militar—repite una y otra vez a sus padres.

En el frente del Ebro, el laureado general Moscardó cambia impresiones con sus ayudantes

José Moscardó hace la preparación para el ingreso en la Academia de Infantería en un colegio de la calle Mayor, en el número 74. Dos años duran esos estudios, y un día luminoso de 1896, José Moscardó pisa por primera vez el recinto del Alcázar de Toledo. Se siente pequeño e insignificante entre sus muros, una sensación profunda conmueve su alma. Sabe que entre aquellas piedras está media Historia de la España grande. Lo que no sabe José Moscardó es que el Destino le tiene señalado para llevar la fama del Alcázar a lo largo y a lo ancho del mundo entero.

El aspirante a oficial realiza las pruebas con resultado satisfactorio y es admitido como cadete de la Academia.

LA CIFRA 13

Los cursos abreviados que sigue el cadete número 1.546 terminan doce meses después de su ingreso y a los dieciocho años, José Moscardó ostenta sobre la bocananga una estrella de seis puntas. Es segundo teniente de Infantería, joven, animoso, con ilusiones y, sobre todo, con un alto sentido del deber.

Cuando abandona el patio del Alcázar, lleva un oficio en su cartera militar en el que campea este nombre: Regimiento de Infantería de San Fernando número 17. La sede de esta unidad es Madrid.

¡Alférez de Infantería a los dieciocho años! La Villa y Corte conoce bien a este apuesto militar, alto, erguido, gallardo. Es inflexible en el cumplimiento de las Ordenanzas; nadie como él era riguroso y exacto en los actos castrenses, en las formalidades de la Parada, mirando y revisando los «mauser», las cartucheras, las mochilas, los uniformes de los soldados. Pocos eran tan severos como el alférez Moscardó cuando descubría una manchita en la ropa, una diminuta oxidación en la bayoneta. Su propia vestimenta era impecable, con la tirilla asomando los cuatro milímetros reglamentarios, el farboquejo ajustado matemáticamente a la medida del mentón y la visera del ros tapando la ceja derecha, como mandan los cánones. Sus soldados, a imagen y semejanza del superior, salían siempre del cuartel tal que si fueran a una boda; se deslumbraban las cornetillas del cuello, lanzaban destellos las ho-

jas de las bayonetas, los correaes, las mochilas...

El alférez conoce la vida alegre de Madrid de finales de siglo. Son los tiempos de Frascuelo, del Guerra, de Lagartijo. Son los días también de la Tubau y la Guerrero, que atenazan las gargantas de los espectadores, en tanto que la Valverde les divierte con sus evoluciones en bicicleta sobre el escenario. Pero el alférez Moscardó quiere cambiar esa vida amable por la vida de la guerra. En Filipinas se han sublevado José Rizal y otros cabecillas, y bajo el cielo profundo del archipiélago, el Ejército está luchando para restablecer la paz. Moscardó no se resigna a estar ausente del frente de batalla y pide ir voluntario al Ejército del Pacífico. Es destinado al batallón Expedicionario número 7, pero cuando va a realizar el embarque en Algeciras, el mando da contraorden por haber cesado las hostilidades en las islas.

Vuelve Moscardó a Madrid para incorporarse al batallón de Cazadores de Barbastro número 4. En esta unidad va a permanecer dieciocho años seguidos.

LA LLAMADA DE AFRICA

El día 4 de agosto de 1906 es un día de júbilo para los oficiales del batallón de Barbastro. En la iglesia de San Marcos, de Madrid, José Moscardó Ituarte va a contraer matrimonio con una joven bonita y dulce. Es María Guzmán Palanca, nacida en La Habana. Mujer sencilla y buena, excelente ama de casa, cumplidora de sus obligaciones, distinguida y de inteligencia despierta. María Guzmán Palanca es el ideal de la madre y de la esposa, de sólidos principios religiosos y excelente educadora de los hijos. La Providencia había reservado para José Moscardó la digna esposa de un héroe.

PERMANECE EN MADRID

Tres años después del matrimonio, y luego, Africa. La guerra es allí dura y difícil; el terreno reseco del Rif va a ser una nueva Academia para formar los cuadros de mando del Ejército. En 1909, José Moscardó marcha con su batallón de Cazadores de Barbastro a Melilla. En Quebdana y Nador, en Atlaten y el Barranco del Lobo está el capitán Moscardó con



su compañía de fusileros granaderos. Aquel alférez moreno y espijado es ya la figura firme y sentada de un capitán de la Infantería española. Por su serenidad ante el peligro, por su pericia en el mando, por su conocimiento del arte de la guerra y por su elevado concepto del deber, es Moscardó síntesis de todas las virtudes del infante. Ante sus superiores, las tres estrellas de este oficial son emblema de seguridad y de eficacia.

Después de un período en Madrid, vuelve el batallón de Barbastro a África, encuadrado en la brigada que manda Miguel Primo de Rivera. Esta sangrienta etapa de la guerra empieza en Tetuán y llega a Laucién, pasando por Ben Karrich. Termina en abril de 1914, cuando el capitán Moscardó asciende por méritos de guerra al empleo de comandante. Gana en esta campaña los entorchados de jefe y varias cruces militares, recompensa a su arrojo y pundonor.

No quiere el nuevo comandante dejar su batallón de Barbastro y consigue continuar formando en sus filas. Mandando a esos soldados está en África hasta últimos de 1920; seis años más de combates y servicios cara al enemigo. En diciembre es ascendido a teniente coronel. El nuevo empleo exige su traslado a la Península, dejar la tierra africana.

Mas el espíritu del teniente coronel queda entre los riscos abrazados por el sol de Marruecos. Los tres años que ha de permanecer en España pasan lentos, consumidos por la impaciencia. Es a comienzos de 1924, cuando Moscardó vuelve con su regimiento de Infantería Serrano número 69 nuevamente a África. Y está en las acciones de Kobadarsa, Xauen, Kudia-Tahar, Bu-Zeitum... La geografía de la guerra sabe bien del comportamiento del teniente coronel. Su historial militar es modelo del honor castrense; su limpia espada no conoce un acto que no sea honrado y digno. Moscardó es ya ejemplo de buen soldado entre la pléyade de buenos infantes españoles.

LA REPUBLICA SELECCIONA A SUS PRIMERAS VICTIMAS

El Madrid de los tiempos en que Moscardó se casa en la iglesia

madrileña de San Marcos ha pasado a la historia. El Madrid de ahora es el de las Casas del Pueblo, de la C. N. T., de la U. G. T., de los guardias de asalto y de los «jazz», del «chibiri» y de los peinados a lo «manolo». Es el Madrid de la II República, que acaba de ser proclamada entre olor a churros y aguardiente.

Moscardó es ya coronel y está en Toledo de director del Colegio de María Cristina, para huérfanos de Infantería. El nuevo régimen pronto afila sus uñas para hundirlas en la entraña del Ejército. Sabe que los militares jamás consentirán la aniquilación de España, y por eso, los españoles que han dado su sangre en África, en Cuba, en Filipinas, son las primeras víctimas de la República.

Moscardó estaba en posesión de una ejecutoria tan limpia, que se convierte en seguida en blanco del régimen. Corre todavía el mes de mayo de 1931, cuando Moscardó es degradado al empleo inferior, después de llevar dos años de coronel. Pretexto: de no poseer aptitud para el mando. Para la República, el comportamiento de José Moscardó en África no merece la gratitud de la Patria.

Moscardó es repuesto en el empleo y destinado como director de la Escuela Central de Gimnasia de Toledo y asume las funciones de comandante militar de la plaza. Ya está el jefe de Infantería con el empleo y en el lugar marcado por la Historia para la gran gesta del Alcázar. Sólo falta que los acontecimientos sigan su curso, que el marxismo del mundo entero continúe su labor corrosiva sobre el cuerpo dolorido de España. Falta que las banderas rojas de todas las checas y de todos los bajos fondos de Europa y Asia, de América y África, se enarbolesen para lanzarse sobre los últimos despojos de España. Todo está a punto, muy pronto, para poner sitio al solar de la Infantería, cuna y reducto de la independencia nacional.

Franco ha alzado ya en pie de guerra al pueblo español; desde Marruecos, desde Canarias hasta Galicia, la buena nueva de la liberación del país ha sonado. El camino heroico para sacudir la tierra de España de la podredumbre que el marxismo internacional ha volcado sobre ella, está iniciado. El coronel Moscardó está también en su puesto.



El heroico general visitando las tumbas de los voluntarios españoles de la División Azul que murieron en el frente ruso durante la última guerra mundial

LA INFANTERIA ESPAÑOLA, CARA AL MUNDO

La historia de la epopeya del Alcázar se ha escrito así. Cuando se produce el Alzamiento, el coronel Moscardó está en Madrid con su hijo José, alumno alférez de Infantería. Moscardó preparaba su viaje para asistir a la Olimpiada que se iba a celebrar en Alemania. Apenas iniciados los acontecimientos, el coronel sale de Madrid para ir a Toledo, a su puesto de mando. Su hijo se queda en Madrid.

Una vez en Toledo, Moscardó se instala en el Gobierno Militar, del que pasa al Alcázar por haber dispuesto la concentración de fuerzas allí. Se publica el Bando de Guerra, y la ciudad queda sumada al Movimiento en la mañana del 21 de julio. Antes había habido un forcejeo con Madrid, que pedía la entrega de las armas depositadas en la fábrica de la Vega.

Moscardó da orden de trasladar a la Academia todas las municiones de aquel centro, y 700.000 cartuchos son almacenados en los sótanos del edificio. Mientras tanto, las fuerzas de la Guardia Civil de la provincia se siguen concentrando en la capital.

Las fuerzas a las órdenes de Moscardó ocupan los puntos estratégicos de Toledo para asegurar su defensa. A las 15,30 de ese día, un avión enemigo bombardea el Alcázar por primera vez, y los marxistas de la capital rompen el fuego. Una columna procedente de Madrid intenta forzar la entrada al casco urbano, sin conseguirlo.

Al día siguiente, 22 de julio, la columna enemiga comprende el



El general Moscardó con el niño Restituto Alcázar, nacido durante el asedio

ataque con artillería, aviación y coches blindados. El coronel dispone entonces la retirada hacia el Alcázar de todos los destacamentos, a excepción de los de la Radio y el Banco de España. La Academia empieza a ser bomba de aca- da sin descanso por piezas de artillería y aviación, se producen las primeras bajas y se queda sin suministro de fluido eléctrico. El cerco del Alcázar era ya un hecho glorioso.

Entre las piedras de la Academia quedaban 1300 hombres y 500 acogidos, entre ellos mujeres y niños. Allí, ese puñado de españoles iba a realizar la más hermosa gesta de los tiempos modernos, una epopeya que culminará con el sacrificio del hijo del coronel, antes que manchar el honor de las Armas. La Infantería española, cara al mundo entero, asombrado y atónito, haciendo frente a la oleada marxista internacional, se transforma en portaestandarte de la dignidad y de la espiritualidad de la raza humana.

La familia del coronel Moscardó no ha tenido tiempo de buscar amparo en la Academia. En Toledo quedan a merced de las turbas la madre y los hijos. Luis, de diecisiete años, y Carmelo, de catorce. El mayor, Miguel, era oficial de Regulares y se hallaba en África. José se había quedado en Madrid, y Maruchí, la única hija, pasaba una temporada en Portugal.

El día 23 de julio, a las diez horas, el jefe de las milicias rojas llama por teléfono al coronel Moscardó. El trato que propone es respetar la vida de Luis contra la entrega de la fortaleza. La respuesta de Moscardó la ha grabado la Historia.

José Moscardó Ituarte es va una figura de leyenda, símbolo de la independencia de la Patria, héroe de la misma estirpe de los héroes de la Mitología. El convierte el Alcázar en otro Partenón, ante el que los hombres deben acatar el imperio de lo sobrehumano. Hace del Alcázar un templo imbatido ante el fuego y la metralla, el avión y el tanque, el fusil y el altavoz, el gas y la dinamita, la tentación y la amenaza, el hambre, el sueño, la luz y el aire... De todas las pruebas ha de salir victorioso el Alcázar.

El sitio del Alcázar llega a ser la máxima atracción de un turismo cruel. Toledo, a una hora de automóvil de Madrid, se transforma en el centro de reunión de personajes y personajes, de curiosos, de criminales, que acudían al olor de la sangre y a la espera del botín. Los domingos, las expediciones comprendían cientos de milicianos y milicianas. Los sitiados veían con los gemelos a esas mujeres bebiendo vino en el castillo de San Servando, bailando con la lidadesta, disparando ellas mismas las piezas de artillería.

Marxistas y comunistas, de todas las naciones venían a Toledo para presenciar el sacrificio de los defensores, ansiosos de ser testigos del hundimiento del reducto de la Infantería española. El heroísmo de Moscardó y de sus hombres, de cara al mundo, era la más apasionante distracción para el marxismo internacional. Europa, ciega y sin querer dar-

se cuenta, asistía impasible al espectáculo de la agonía del Alcázar, al último altar erigido al espíritu y a la dignidad del hombre... Moscardó, entre el fuego y la metralla, padre ya sin un hijo, era la efigie que simboliza la independencia de España.

MOSCARDÓ, GENERAL DE LA RECONQUISTA

Cuando el día 28 de septiembre la liberación de la fortaleza es un hecho, Moscardó está demacrado, con las huellas del sacrificio sobre su rostro. Los ojos, velados por la tristeza, tienen sus retinas llenas de unas visiones que no olvidará jamás. Aquellos sesenta y dos días de asedio son otras tantas cruces en su corazón. ¿Qué se hizo de aquel Moscardó alto, fuerte, de salud entera, de semblante vigoroso? Ahora es un hombre enjuto, con palidez de anemia, sucto de polvo de ruinas y humo de pólvora. Este era el hombre con el que los rojos intentaban saciar el odio; un militar digno, sencillo, numilde, quebrantado por la traegida del Alcázar y por el sacrificio de su hijo...

Después del abrazo de Franco, de Varela, de todo el Ejército, Moscardó sólo piensa en seguir combatiendo. Como auténtico jefe que es, no cree nunca que una vez conquistado un objetivo llega la hora del descanso. En este mundo nada está ganado definitivamente. El mayor peligro, decía Napoleón, está en el momento de la victoria, pero este peligro no reza para José Moscardó Ituarte: sabe que un militar no llega a un resultado y que cada mañana, desde el despertar, deberá recomenzar la obra.

El ya general Moscardó se incorpora, bajo el mando de Franco, al Ejército de operaciones. El frente nacional de Soria queda bajo su dirección, y ocupa numerosos pueblos.

Un año más tarde, mandando el Cuerpo de Ejército de Aragón, y con la Laureada sobre su pecho, rompe las líneas enemigas y establece la cabeza de puente de Balaguer. En diciembre de 1938 avanza hasta el Llobregat y posteriormente libera todo el territorio hasta la frontera francesa, por el paso de Arés. Terminada la ocupación de Cataluña, se traslada con su Cuerpo de Ejército al frente de Guadalajara, y desde allí inicia el avance que pone término a la ocupación roja en Cuenca y su región. Al frente de las tropas nacionales se distingue por sus excelentes dotes de mando y concepción estratégica de la guerra moderna.

EN LA LINEA RECTA DE LA INDEPENDENCIA ESPAÑOLA

La paz no va a significar el descanso para Moscardó. En febrero de 1939 asciende a general de división, y el 29 de marzo, a raíz de la liberación de Madrid, es nombrado jefe de la Casa Militar del Jefe del Estado y en mayo de 1941, jefe de las Milicias de F. E. T. y de las J. O. N. S.

Para estímulo de los soldados de la División Azul, va Moscardó a Rusia, donde aguanta el fuego de los mismos fusiles que apun-

taban a las piedras del Alcázar. El general es para todas las órdenes que le da el Generalísimo un puntual cumplidor.

En junio de 1943 asciende a teniente general, y es designado para desempeñar la Capitanía General de Cataluña. Su lealtad, su firmeza y su valor son puestos a prueba nuevamente en ese cargo, con ocasión de la agresión marxista al territorio español, organizada y armada en el país vecino. Es Moscardó en esos días críticos de 1945 el mismo jefe que defendía la fortaleza del Alcázar. Es infatigable, recorre los puestos de peligro, está siempre alerta para recibir los embates del enemigo y prevenir sus sorpresas. Moscardó se multiplica con el mismo temple de los días toledanos, porque sigue siendo el infante español de la defensa y de la libertad del suelo patrio. En el Alcázar luchaba simbólicamente por la independencia de unos palmos de España; en las fronteras del Pirineo lo hacía en defensa de las tierras de Cataluña y de las de toda la Península. Fiel siempre a sí mismo, cuando en 1945, el marxismo intenta otra esocada contra el corazón de España, el marxismo tropieza con el pecho laureado del teniente general Moscardó. Y tiene que bairse en retirada.

Pasa el general a tierras del Sur, a la Capitanía de Andalucía, una vez que el peligro de las fronteras con Francia se ha eliminado. Desde el 6 de abril de 1946 hasta el 26 de octubre está en Sevilla. En esta última fecha pasa a la reserva.

El 18 de julio de 1948 es honrado con el título de conde del Alcázar de Toledo, con grandeza de España. Así la gesta se perpetúa con las sucesivas generaciones.

EL HEROE, EN SU TUMBA NATURAL

Cuando el 12 de abril de 1956 le sorprende la muerte, Moscardó está al frente de la Delegación Nacional de Deportes, función que desempeña desde 1938. El general sabe que nada está ganado definitivamente y se consagra día tras día a formar las nuevas juventudes en el amor al deporte, al aire libre y al sol. A los veinte años de la gesta del Alcázar, Moscardó continuaba trabajando para España.

José Moscardó Ituarte ha ido ahora a descansar definitivamente al Alcázar, su tumba natural. El general del Alcázar está cerca de Zocodover, de la Posada de la Sangre, de la casa del Greco, de los largos callejones de la ciudad. Está el general del Alcázar como símbolo de la independencia de España y del honor de su Ejército, en el centro geográfico de la Historia de España.

EN

LA ESTAFETA LITERARIA

encontrará la actualidad nacional y extranjera de las Letras y las Artes

MR. COLES, UN PERIODISTA INGLES, ESPAÑOL HONORARIO

**"FRANCO DE ESPAÑA"
ES LA PRIMERA BIOGRAFIA
COMPLETA DEL CAUDILLO**

**SE TRATA DE UN
ESTUDIO OBJETIVO
Y HONRADO**

SIDNEY, Frederick, Arthur... muchos nombres son éstos. Y complicados. Yo digo scla-mente:

—Mister Coles...—para evitar jaleos.
Y él sonríe.

Mister S. F. A. Coles sonríe desde su metro y muchos centímetros de estatura. Tiene los ojos azules y redondos como los de un niño pequeño aunque él tenga unos... ¡cualquiera lo sabe! Estos hombres rubios altos tan delgados... Puedo decir que representa unos cuarenta años y a lo mejor me equivoco en veinte hacia arriba o en diez hacia abajo. Lo que sí sé es que tiene un aspecto muy juvenil, que habla con la vehemencia de un muchacho de veinte años, que es ágil de maneras.

Hemos salido a pasear un rato por este nuestro Madrid nada primaveral que disfrutamos. Si

quiero ejercer de «Cicerone» quedo bastante decepcionada. Mister Coles conoce no sólo Madrid, sino los trucos de Madrid. Mister Coles conoce, además de Madrid, España.

PAISAJE Y ALMA

Con sus ojos prensiles persigue cada detalle. Y una vez que lo capta, no lo olvida.

—La profesión...

El hábito de la profesión sí. De su ajetreada profesión. Que es la mía.

Y así, mister Coles y yo, un par de periodistas, vamos cam-

biando impresiones calles arriba, calles abajo. Tan pronto en la terraza de un bar archiconocido, como parados en un cruce de peatones.

Mister Coles, periodista inglés y español honorario, me va contando.

ESPAÑA 1936 DESDE EL CAIRO

Bueno será ajustar aquí que mister Coles ha sido el primer extranjero en escribir una biografía completa del Jefe del Estado español. El libro «Franco de España» ha sido publicado en In-



Mister Coles se siente a gusto en España. Le agrada pasear por las calles de Madrid y trabar conversación con las gentes

glaterra con extraordinario éxito y agotada la primera edición en muy poco tiempo.

Mister Coles me explica este largo interés por los problemas de España, esta larga curiosidad que ha ido a desembocar en el estudio biográfico de nuestro Caudillo.

—¿Por qué, mister Coles?

—Habrá que empezar por el principio...

—Empecemos.

—Mi primer contacto con España ocurrió durante los años 1932-33. Estuve entonces en Madrid como corresponsal de Prensa, bajo la República.

—¿Qué podía sentir un extranjero ante España en aquellos tiempos?

—No sé qué sentirían los otros, pero sé lo que sentía yo. Y yo sentía que algo muy hondo y muy trágico estaba pasando para los españoles. Algo demasiado terrible para ser concreto, flotaba en el ambiente.

—¿Su punto de vista?

—Por difícil que parezca, supe muy desde el principio que yo podía entender perfectamente el punto de vista de los españoles «aun» en las cuestiones de conflicto con los ingleses.

—¿Estaba aquí cuando estalló la guerra de Liberación?

—No. En julio del 36 yo había sido trasladado a Egipto.

Desde Egipto nuestro periodista sigue con interés creciente la guerra de España. Para él, que conocía casi palmo a palmo nuestro suelo, que había llegado a calar y a comprender el alma española, la contienda no era algo externo. Su interés iba mucho más allá de la mera curiosidad.

—Desde allí, instintivamente, estuve al lado de los nacionales, en contra de las opiniones de otros muchos.

—¿Su máximo interés?

—La figura del Generalísimo. Nada había más discutido. Pero desde cualquier lado que lo mirara, yo veía siempre claro: un patriota, un gran patriota.

—¿Para los demás?

—Era casi imposible ver claro. Ellos no conocían España como yo ni sus problemas, ni habían respirado aquel ambiente de tragedia que había yo respirado antes. Además, la propaganda republicana hacia todo lo posible porque la opinión del mundo no viera claro lo que había ocurrido en su país.

Se interrumpe:

—A pesar de todo...

—¿A pesar de todo?

—Por la figura del Caudillo, aun por los más contrarios, se sentía una admiración involuntaria. La empresa era tan gigante...

Mister Coles con su cartera y yo con mi paraguas, vamos charlando y curioseando escaparates. Que, en ocasiones, es como curiosear España.

Para la pregunta elijo un cruce.

—¿Pensó entonces que iba a escribir un libro sobre él?

—No. Jamás lo hubiera pensado. Yo no era entonces lo que se ha llamado a «franquista», sentía simpatías por los nacionales, pero ya digo que la propaganda republicana y comunista no dejaba ver claro.

Poco a poco la verdad de la

España Nacional se fué revelando a sus ojos.

—La treta comunista estaba tan clara...

Y entonces mister Coles comenzó su labor de defensa de la España Nacional. Conferencias, artículos, artículos y conferencias. Hasta más de cien conferencias sobre España tiene el periodista en su haber. Porque mister Coles se sintió obligado a aclarar nuestra verdad a los demás.

Poco a poco iba conociendo mejor al Caudillo de España.

—Durante la guerra y, sobre todo, una vez acabada, reuní una gran cantidad de impresiones y anécdotas sobre el Jefe del Estado español.

—¿Por qué medics?

—Unas veces me las contaban amigos españoles de la Embajada de Londres o de diferentes



Mister Coles dialoga con nuestra redactora por el madrileño paseo de Recoletos

Embajadas. Otras veces me venían por el lado contrario.

—¿Conclusión?

—Muy clara. Le vi energético y sencillo como he visto luego a Su Excelencia en realidad.

—¿Y el libro?

—El material y la documentación los reuní y estudié en Londres y en España, consultando fuentes nacionales lo mismo que rojas.

—¿Cómo se decidió?

—Me lo pidió la editorial de Neville Spearman. El editor, como yo, creía que ya era hora de que el mundo viera claro que lo que se había debatido en la guerra de Liberación era la salvación de España del comunismo.

Cuando le pido una definición de su obra, dice:

—Un estudio completamente objetivo y honrado.

EL ASPECTO FISICO DEL JEFE DEL ESTADO ES EXTRAORDINARIO

Con su cartera abarrotada de notas y documentación, el año 1954 mister Coles viene a España a conocer a Su Excelencia.

—La entrevista está relatada en el libro.

—¿Le vió tal y como se lo imaginaba?

—Sí.

Me cuenta su primera impresión ante la mirada recta del Jefe del Estado español.

—He comentado esta impresión más tarde con todos cuantos amigos tengo que le han conocido, españoles y extranjeros, y siempre hemos llegado a la misma conclusión. Su Excelencia es extraordinariamente humano y cortés. Como hombre, de una sencillez asombrosa. A pesar de estas cualidades que resaltan en su personalidad, se le siente muy firme, muy fuerte, con un control de hierro de sí mismo.

La entrevista la solicitó entonces mister Coles para hacer un retrato personal para su libro. Hoy en día, con el libro editado ha venido a España a ofrecérselo.

—En esta segunda entrevista, por gentileza del Ministro de Asuntos Exteriores le he visto sin intérprete.

Hace un alto ante un escaparate.

—Perdóname... la curiosidad.

Luego sigue:

—La impresión ha sido tan extraordinaria como la primera vez.

—¿Qué le asombró?

—En primer lugar, su aspecto físico. Con veinte años de responsabilidades y preocupaciones y una guerra de tres años, a los sesenta y tres años de edad Su Excelencia puede ser tomado por un hombre de cuarenta años.

La impresión de mister Coles es viva.

—Imagínese... antes de recibirme a mí había concedido audiencias durante cuatro horas, en estas cuatro horas la mayor parte del tiempo está de pie, y los asuntos que le ocupan son de lo más heterogéneo. Con todo, su aspecto no era en absoluto el de un hombre cansado.

Hay más que decir:

—Sus maneras son acogedoras. Habla de un modo realmente musical.

Aún vuelve sobre el tema de la gran resistencia física de nuestro Jefe del Estado.

—Estos casos son rarísimos. Por regla general, los Jefes de Estado, los políticos con cinco a diez años de responsabilidad se han agotado. En Inglaterra, con la excepción de Churchill, la mayoría de los primeros ministros se han tenido que retirar por causas de salud al cabo de unos cuantos años de vida política.

Al margen del diálogo: el periodista se refiere al Jefe del Estado con tal respeto y admiración, que es de hacer notar.

«FRANCO DE ESPAÑA», ESPAÑOL EXTRAORDINARIO. «NO IMPORTA»

Sobre el velador humean los pocos británicos cafés que mister Coles y yo estamos dispuestos a tomar.

—Quisiera que me contara todas sus impresiones, sin dejar una, sobre esta importante entrevista.

Y mister Coles me sabe decir: —Estuve con Su Excelencia unos veinte minutos. El ejemplar, especialmente encuadernado, que le ofrecí le gustó mucho. Dijo «gracias» y «con mucho gusto».

Las frases en español, entre su charla inglesa, quiere mister Coles que las apunte.

—«Con mucho gusto»—insiste—, lo dijo sonriendo.

Apunto el detalle y me emociona esta particularidad, esta minuciosidad entusiasta con la que nuestro periodista guarda las impresiones de estas entrevistas como en una cámara fotográfica. No. No sólo las guarda sino que las transmite. Y para que no se pierdan las escribe, las relata para el mundo.

—Su mirada recta—recuerda— es la de un gran hombre.

Yo, aun reclamo:

—Más...

—Es un español extraordinario. Su temperamento para mí es poco corriente entre ustedes. La mayoría de los españoles reaccionan muy de prisa, extraordinariamente de prisa, sin reflexionar apenas.

—¿En cambio?

—El no. Su Excelencia es un hombre reflexivo, flemático, podría decir, en cierto sentido, lo que no es una cualidad típicamente española.

De sus impresiones y anécdotas recogida de aquí y de allá, el biógrafo nos relata una, para él de las más significativas.

—De su gran voluntad, dominio de sí mismo y resistencia para el trabajo se cuentan muchas cosas. Hay una sencilla anécdota que para mí es más reveladora que otra alguna.

—Esta es:

—A uno de nuestros mejores pintores le había sido encargado un retrato de Su Excelencia. En la entrevista que el artista y el Jefe del Estado sostuvieron para determinar días y momentos en las que Su Excelencia habría de posar para el cuadro, el pintor sugirió:

—Podría hacerse en tres días, posando Su Excelencia una hora diaria, o bien en dos días si Su Excelencia no cree que no se ha de fatigar demasiado en sesiones de hora y media cada día.

El Jefe del Estado reflexionó un momento. Luego preguntó:

—¿Y no podría hacerse en un sólo día en una sesión de tres horas?

Ahora mister Coles comenta entusiasmado su anécdota.

—¿No es reveladora? Imagínese usted al pintor creyendo que cada sesión de hora y media sería extraordinariamente fatigosa para Su Excelencia y a Su Excelencia escogiendo mejor una sola sesión de tres horas. El artista creo que argumentó: «Pero Excelencia... ¡tres horas es demasiada fatiga!» y él contestó: «No importa».



La conversación con Mr. Coles es siempre grata. Es hombre cordial y fácil a la sonrisa

MAS LIBROS SOBRE EL CAUDILLO DE ESPAÑA, SEGUNDA PATRIA DE MISTER COLES

Este libro, esta biografía completa de nuestro Caudillo va a ser traducida al castellano.

—¿Más libros sobre España?

—Sí. Mi «Spain everlasting» se publicó ya en 1946. Está basado en mis viajes por la Península.

—¿Por qué cree que España es difícil de entender por los extranjeros?

—Por su profundidad. España tiene pasión para la vida y pasión para la muerte. Y lo expresa así.

—España... es mi segunda patria.

La escogió libremente hace muchos años. La escogió como segunda patria entre otros muchos —¿cuántos?—países.

—¿Cuántos? He estado en treinta y cuatro países y he vivido y trabajado en una docena de ellos por lo menos.

—¿Qué escribirá ahora, mister Coles?

—He pedido permiso a Su Excelencia para publicar un libro con impresiones y anécdotas de políticos, militares, pintores, escritores, gente de todas clases que hayan estado a su lado y le hayan conocido. Tendría que hacer una labor de recopilación de im-

presiones ahora que los protagonistas viven. Algunos, como el general Moscardó tan recientemente, es pena que hayan desaparecido.

—¿Conoció usted al general?

—Fui una de las últimas personas a las que recibió. El domingo anterior a su muerte y permanecí con él durante una hora. A mi pregunta de su opinión sobre el Caudillo de España contestó: «Es sencillo, pero firme».

FINAL CON LIMPIABOTAS

Estamos ya de pie. El periodista mide con sus largas piernas la calle de Alcalá. En un cruce se detiene un momento con el guardia urbano. Le gusta charlar con todos, obtener una impresión completa de nuestro país.

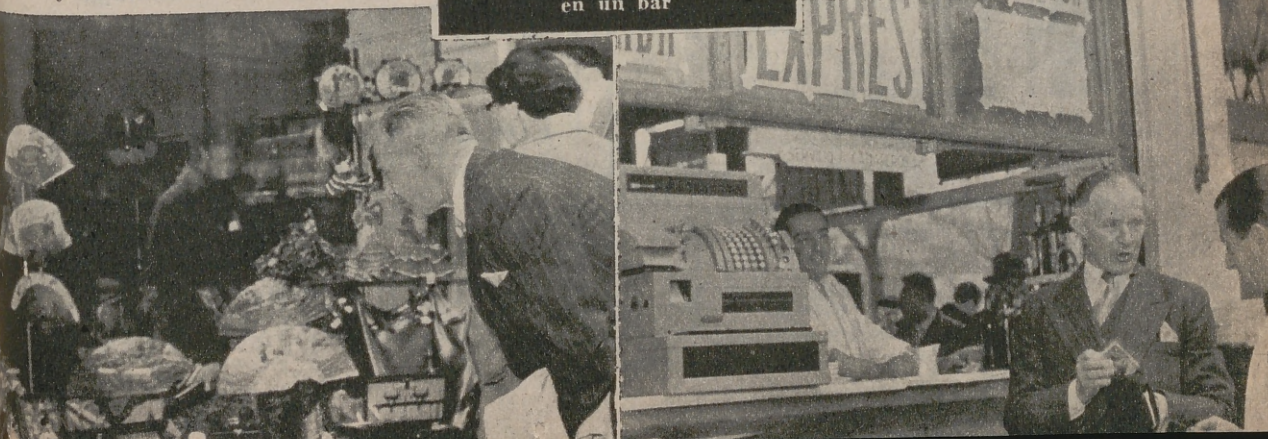
Mister Coles en Madrid, quiere ser un madrileño más. Un madrileño que viaja en Metro, y sabe perder el tiempo tomando café con sus amistades españolas, como cualquiera de nosotros. Un madrileño honorario que cambia impresiones, con el camarero, con el urbano y tiene un poco también la manía de los limpiabotas.

—¿«Limpia», señor?

Y mister Coles se deja abrillantar sus zapatos calmamente en la mismísima Cibeles.

Maria Jesús ECHEVARRIA
(Fotografías de Aumente.)

El paseo tiene frecuentes detenciones. Unas veces es un escaparate de artículos típicos, otras, el refrigerio en un bar



QUEDAN DOS SORTEOS...

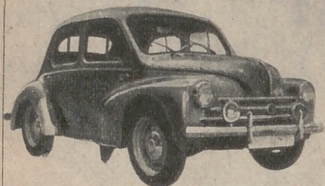
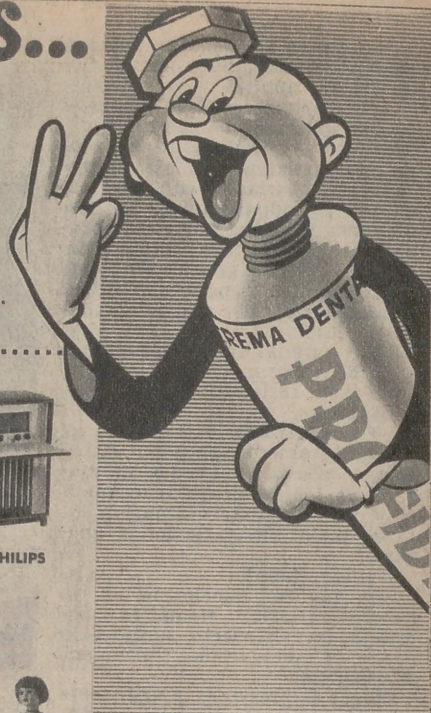
... y muchas posibilidades para que su cupón resulte favorecido con uno o más valiosos premios del

5º Concurso PROFIDÉN

¡ ENVIE TODOS LOS MESES CUANTOS CUPONES DESEE !

*

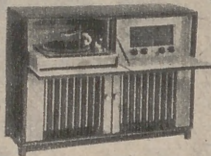
Para participar, soliciten las bases a su proveedor habitual de dentífricos.



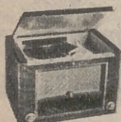
8 Coches RENAULT 4 C.V.



8 Motos VESPA



8 Radiogramolas PHILIPS



8 Receptores portátiles PHILIPS



8 Receptores portátiles PHILIPS



8 Relojes sobremesa



48 Relojes CERTINA



240 Balones CONDOR



64 Bicicletas BH



240 Muñecas LILI

¡ Y MILES DE EQUIPOS DE HIGIENE DENTAL Y CEPILLOS PROFIDÉN

PUBLICIDAD

DE LA CAMPAÑA PROFIDÉN DE HIGIENE DENTAL

LABORATORIOS PROFIDÉN, S. A. - INVESTIGACIONES Y PREPARACIONES ODONTOLÓGICAS - Apartado 7051 - MADRID

DELINEANTE

MECANICO, EN CONSTRUCCION Y GENERAL

GRATIS recibirá equipo completo de dibujo compuesto de 17 piezas, entre ellas compás, tiralíneas y bigotera. Además 137 láminas de toda clase de elementos, 15 láminas de rotulación y 32 planos, con sus lecciones correspondientes.

✉ Cursos por correspondencia

ROTULACION

200 LAMINAS con modelos de letras, orlas, adornos y anagramas, quedarán de su propiedad. Con nuestras lecciones, escritas por Rotulistas profesionales, aprenderá todas las técnicas: al pincel, a la pluma, al aerógrafo, al grabado, delineada y dibujada, realizadas sobre madera, papel, cartón, cristal, telas y lonas.



Pida folletos **GRATIS** y sin compromiso a
Fantanella. 15 Dep 86 BARCELONA

OTROS CURSOS: DIBUJO ARTISTICO Y COMERCIAL • TOPOGRAFO • DECORACION • PINTOR DECORADOR • APAREJADOR • TECNICO DE LA CONSTRUCCION • BORMIGON ARMADO • MAESTRO ALBANIL • TECNICO MECANICO • MOTORES • MECANICO DE COCHES • ELECTRICIDAD • CARPINTERIA Y EBANISTERIA •

RECETARIO DE COCINA

ENTRE MESES SOPAS HUEVOS ARROZ PESCADOS VERDURAS CARNES Y AVES SALSAS EMBALADOS POSTRES

Siga mi ejemplo, adquiera estos productos

PUDINES Royal
RIERA MARSÀ S.A.
BARCELONA - MADRID - VALENCIA - SEVILLA

VALE

Formulario de cocina

Si recorta usted este vale y lo remite a **PUBLICIDAD RIEMAR**, calle Lauria, 128, 4.º, Barcelona, acompañando cinco pesetas en sellos de Correo, recibirá un valioso

FORMULARIO DE COCINA de un valor aproximado de 25 pesetas.

Esta publicidad está patrocinada por **INDUSTRIAS RIERA MARSÀ, S. A.**

EN EL BIMILENARIO DE SU MUERTE

MOTIVOS PARA UN TRIPTICO Y PALABRAS DE JULIO CESAR

Por Pedro DE LORENZO



Una escena de la película «Julio César»

YO pintor, puesto a celebrar bimestre por el aniversario de Julio César, compondría un tríptico al modo primitivo.

Imagínate tú, y a mano izquierda, una pintura de paisajes, un paisaje con la figura de César, las entreluces del amanecer...

A la derecha según miras, se te ofrece otro asunto; su corte clásico: la columnata, el frontis, blancas togas de los senadores. Entreluces de atardecida pintan en el romano mármol las sombras de un crepúsculo escarlata. En la tribuna de los Rostros, mirando al pueblo, se recorta la silueta de César: la calva poderosa y pálida; en una mano la corona de laurel.

Entre las dos tablas, centro de la composición, el principal motivo del tríptico. Si para el paisaje, a tu izquierda, me pides título, yo te daría: *El veloz*. Si gustas de también nombrar la hoja que da a tu derecha podrías escribir: *Un poder deseado*; o aun a costa de la eufonía: *El poder tardío*. Pero si lo que buscas es un lema para la tabla central, ponte estas palabras: *La muerte no esperaba*. En su disposición, ¿no te recuerda a un Greco muy famoso? Tal me parece «El entierro del conde de Orgaz». Abajo, medianoche cerrada; rayan la tiniebla, esplenden los hachones de los conjurados: bultos que se adivinan, torvos, sin luz sin sueño, al acecho. En la mitad alta del cuadro, clara serenidad de mediodía; ni una sombra; en el azul, terso, el círculo celeste de un medallón; al relieve, las blancas líneas del César, severo el perfil, como haciéndose para siempre.

Tú dices los detalles exactos. Entonces me tendrás que aguardar. Así. Cierra un poquito el tríptico: las dos hojas laterales —el crepúsculo de la mañana y el véspero— frente a frente. Eso es. Y ahora...

«EL VELOZ»

¡Qué quieres! El mote no es ceca mía; de esa manera te llama



Julio César, según un grabado que ilustra un libro impreso en el año 1683

na Cicerón. Yo por mí para lema de este primer cuadro elegiría tres palabras del propio César. Muy sabidas. Quitara *Veloz*, pondría: *Veni, vidi, vici*, aquella carta de urgencia para Amincio, apenas derrotado el Rey del Ponto.

Desde luego, el asunto de la pintura es anterior a ese momento; el asunto es éste: entre las dos luces del amanecer, frente al fosco mar bravecido, en la costa de Apolonia, César con impaciente pie, dando compás al pensamiento, marca las arenas de la playa. Solo adelantándose a unos cuerpos tendidos, que duermen, César ante las olas encara un rostro lívido, una raída faz iluminada; lícido, en la fiebre de los ojos se traiciona; te revelan, esos ojos, su secreto de esfinge. Acecha la más fugaz calma, para alzar a sus hombres y hacerse al mar, a la caza de Pompeyo. La ima-

gen de César, ávido, tenso, te parece imagen de fugitivo, no de perseguidor. *Fugit...*

Es que toda su juventud «la pobre loba», lejana y casi muerta, ha sido eso: largo exilio hurtándose a la implacabilidad de Sila. «El que ha mordido la tierra —exclama Paul Claudel— conserva su sabor entre los dientes.»

Ve tú esa esfinge, con la blanca sangre del que una vez se halló proscrito, esa expresión atrozmente atenta, centinela de su secreto, faz de adaptado en lucha silenciosa, año tras año. Y, sin embargo... Mira cómo llamean, en esos ojos inapagables, la rabia creadora, la ambición de poder. Ya, la juventud perdida, lejos quedó —la pobre loba— [muerta.]

Se le hace tarde. Mucho y se le hace tarde, porque su ambición se mira en el espejo de Alejandro, muerto para la inmortalidad antes de los treinta y tres años. ¿Tarde? Pues ¡a galope! Pero, ¡cuidado!, el corazón en su sitio, la consciencia alerta. Un solo fallo y se te hunde, abrumado de culpabilidad. Burla a Sila, escapa a los piratas—luego, vuelve por ellos y los cuelega—, no disputa el primer puesto en el ágora a Cicerón; instintivamente, se disminuye: «no hacerse temer». Nos da que se divierte, joven, y minucioso prepara su terreno: prodigo, es candidato al Tribunalado militar. Ya cuenta con los votos del pueblo. Ya está en contacto con las armas.

¡Ea!, de prisa. La primera con-



JULIO CESAR



quista, su propia juventud; más bien, reconquista: la reconquista del tiempo perdido, ¡qué lejos, todavía, el esbeto: Marcel Proust! Aceleradamente, César: asceta de la voracidad.

Aprendió a galopar con las manos cruzadas a la espalda. Está preparado y lo sabe. ¡Pronto, al rescate de su destino! Elegido cuentero, se le manda a provincias. Por entonces, envidada. No importa; César pronuncia la oración fúnebre, se esfuerza el corazón, y parte a la lejana España. Viene y va. De nuevo se casa. Una única reflexión le tortura el alma: su juventud perdida. Piensa:

—A mis años, Alejandro era inmortal. Si yo ahora muriese, ningún escritor me recordaría.

Una única imprudencia le delata: es pretor; en audaz finta ha eludido su riesgo de catilinario, su «compromiso»; remontando los Alpes, a la vista de una aldea de bárbaros, miserables, escondida en la fragosidad de la Naturaleza, con imprudente sinceridad, César exclama:

—Pues yo más querría ser entre éstos el primero, que segundo en Roma.

Estas palabras, si las dice camino de Roma, ¡cómo hubieran torcido su destino! Pero va de campaña. Cuando torne a Roma tendrá cuarenta años. Y todavía le costará llegar a consúl. ¡Prisa, prisa, cómo no! Fino, pálido, nervioso, incisiva la voz, sorda y acero los fillos de su voluntad, en atrevido pacto concierda a la Banca y a las Armas: Craso, Pompeyo. Nada para sí: él a las Galias. Y nunca más veloz: marchas forzadas, rápidos ataques, la maniobra y la sorpresa; viajero sin fatiga, desde el caballo dicta de letras y política: comentarios, órdenes, mensajes para Roma. ¡Veloz?

Rámpago de la guerra, en sólo horas apontona un río, cruza el Aous; el secreto de la esfinge ahora se llama Gemetria. Galos, germanos, Bélgica, Britania. A 30 kilómetros ¡rizada, como un fuego vengador, de aquí para allá, apocalíptico fantasma que se multiplica. ¡Y nueve años así!

Pendiente de Roma, en esos nueve años ni un instante se ha perdido de vista. Sólo que, ¡a ver!, ¿qué pasa en Roma? Es el pavor de la ciudad al genio de la guerra. Roma conspira contra él. Quizá con la terrible justicia que presiden los astros, impasibles. Antes, ¿no conspiró contra Roma? Conspira. Ya pasa el

Diversos retratos de Julio César a través de los siglos

Rubicón. Esto se titula «Marcha sobre Roma». Una lección, modelo de celeridad...

Pero tú ya te cansas, la fatiga te borra los colores de esa pintada hoja. Mira, pues, la de enfrente. Este cuadro se podría denominar:

«EL PODER, TARDIO»

Es terrible. Es el drama del poder deseado y la victoria tardía, como un cuarto acto, ya la pieza acabada, un acto más después del desenlace. Todo se te presenta igual: la misma caridad de entreluces, los tonos aquí levemente cálidos. Pero si aquella es luz de crepúsculo, incierta, livida, esta nueva luz tú la ves tenuemente bañada por la tristaza del ocaso.

Lo que en la hoja izquierda bravo cantil, altas olas de espuma, albos rugientes, a tu derecha es una tabla sosegada, la columnata, esbelta; el blanco, togas de senadores, elegantes ademanes de cisne, espajo de marmoles. Rugir, la ola del pueblo. Ya no está César en pie. Ya caída. Se sienta en silla de magistratura vitalicia. Pero vacía. Aclamado Rey, la ola a sus pies, baja ola, embravece. Ese laur entre los dedos, fincs, marmóreos; la pálida calva poderosa, los ojos grises, más apogado; más frío el temple de su alma.

¡Qué apretados los días de estos años! Todo se ha hecho tardado para él. Cuando el pronunciamiento de Pompeyo le pone en rebeldía, César ya dobla el cabo de su medio siglo. Es la noche del 11 al 12 de enero. Horas antes, al atardecer, han sonado las trompas y ha reunido a sus legionarios. Pocos. Apenas la 13 legión, acampada en Rávera, bajo los espectros del futuro, Paolo, Francesca, los conderados por Dante. En la plaza del campamento, una inflamada alocución a los milites. El mismo les exhorta —¿pues quién?— a defender contra los enemigos del pueblo, el nombre, el crédito, el honor del César.

Aquella noche, vanguardias de la décimotercera legión atraviesan un riachuelo con manos aguas que rigores: el Rubicón se llama y sus caudales, pocos, sirven para confín de la República. Ya están en tierra prohibida. Ya avanzan, al margen de la ley.

Sólo César advierte —lo advierte, lo calla— que, desde este momento, el general nueve años victorioso en las Galias, es apenas un cabecilla rebelde. *Alea jacta est*: la suerte está echada. Amanece. En el oro frío de la mañana se recorta una ciudad, propicia a la ira y a las historias de celos de los Malatesta: Rimini.

Del Rubicón al Senado, una espectacular marcha sobre Roma. César muy pronto va a exclamar:

—Uno es el tiempo de las armas, otro es el tiempo de las leyes.

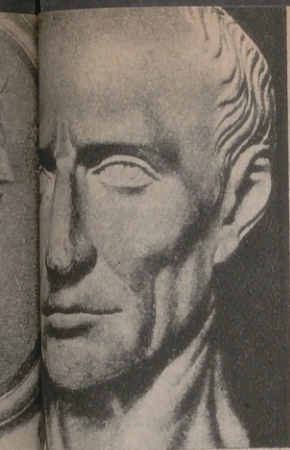
El tiempo de las armas le espolea. Sesenta días incruentos y toda Italia en su poder. Ninguna otra campaña como ésta, guerra civil, ha impuesto un más frenético ritmo a su prisa. Las legiones manibran, seducidas, a impulsos del genio de las batallas, raudas, con la belleza y el riesgo de la exhalación.

Torna a las Galias. Vuelve a Roma. En Marsella es proclamado dictador, en tierra francesa. Para nada. Apuntis de política popular. A los once días, abdica. Otra vez a las armas. Persigue a Pompeyo con más celeridad que nunca.

El 9 de agosto, año 48, se llama Farsalia. Desembarca en las ardidas arenas de Africa. El demonio del mediodía accosa al hombre: pasión de poder, en las rutas de Alejandro; pasión de saber, que le lleva a las fuentes del Nilo; pasiones de varón frívolo en su ritmo loco; en Alejandro cuatro años; Cleopatra. ¿Qué hace que no vuelve?

Pero sí. Caer sobre el Rey y Farnaces y recobra su derecho al mote ciceroniano: *El Veloz*. Es cuando escribe: *Veni, vidi, vici*. Es cuando, de improviso, reaparece en Roma. Apenas a dar razón de sí. Africante de Africa. ¿Hay que enfrentarse, con Esipión? Acude, le deiróta. Ofrece a Roma el exotismo de su desfile de elegantes. ¿En España le aguardan los hijos de Pompeyo? A España. Y la cita se registra así: Batalla de Munda 17 de marzo del 45, antes de Cristo.

Con las mieles del triunfo y la vendimia, en el cofio de su vida, se instala en Roma Indiscutido y solo. El poder, vitalicio. ¡Ay, tanto se lo han hecho deseear, le llega tan tardí! Legisla en Roma y no se hace. Para el nuevo año —ahora 2000— se propone un marzo marcial: una campaña de Oriente. Saldrá para Macedonia el día 18. Y...



Todavía un mom nto. mira. Esto es lo que se llama:

«LA MUERTE NO ESPERADA»

Y es muy hermosa tabla. Abajo, negra noche, llamante de antorchas y temerosa, de bultos blancos que se conjuran y tiemblan. ¡Cómo corta las tinieblas el filo de ese puñal, culebrina de luz, amenazando al cielo! A esa misma hora, en sobremesa de amigos, César responde a una pregunta importuna: «¿Inoportuna?»

—¿Qué muerte es la mejor?
—La improvisada, la más rápida.

Veloz en la vida, aborrece de la muerte lenta. A este propósito se hablaba: mañana son los Idus de marzo. Hay un malagorero viento que agita las clámides conspiradoras. En la soledad de su cuarto, César, luego, se estrema. ¿Por qué le acuden aquellas memorias de mocedad? Esta cruel estampa: la sangre, los cuerpos en el mármol frío. Vuelve a ver las figuras de los catilinaros. Y no, no es horrible esa muerte, a punta de acero, sobre las heladas losas marmóreas; en la yacente nieve de la toga, la sangre seca y oxidada, palidecido rojo que se amarillea...

Arriba, en la cimbra, en el azul purísimo, un medallón, círculo celeste para la efigie de César, intemporal, por encima de los hombres y de las edades, con su secreto de esfinge, ahora talla eterna.

Porque lo que vale, su gesto. Ese gesto de gran desdén. Todo aquí desdén de mocedades, que era desdén por Sila, desprecio a los piratas que le raptan, desacato a la ley dictada. Rebeldía contra las flaquezas del cuerpo, nervioso cuerpo, débil, de palúdico rostro en punta. Desdén al oro, que prodiga en vicios y en virtudes. Desdén por la oratoria, no se resienta Cicerón. Desdén, el gesto de elegancia con que aparta las espadas que le ofenden, a la puerta del Senado, tras la defensa de Catilina el violento, el discontento, en derrota. Desdén al poder y desdén al reino, cuando clama:

—Yo no me llamo Rey, sino César.

Desdén al triunfo, cambiando por unas elecciones de comicios el desfile de la victoria en Roma. Desdén a la malaventura que le auguró Idus de muerte. Desdén por la misma muerte. Desdén a la traición y a los traidores y al propio hijo Bruto.

Pero, cruzando ese círculo celeste del desdén, una saeta. Símbolo para Césares la saeta, veloz, que Castiglione vierte a fórmula de Renacimiento y de cortesía. Y Quevedo a estoico teorema: *Docto simbolo desta verdad, es la saeta:*

*Con la pluma vuela el hierro
Que ha de herr.*

Las Armas y las Letras, clave del César. Y marca o emblema con que, yo pintor, signaría el triptico, ahora ya plegado, para conmemorar la gesta de Julio César en el bimilenario de su muerte.

II

A los dos mil años de su muerte gustarías desencamar de entre los surcos de estas páginas la palabra, ya que la voz no, de Julio César. Conjurándose en frase, las palabras no sólo significan, determinan el carácter de un pueblo, te dan la cifra de una época. Hay la frase reveladora del sentir de un hombre. Hay el hombre constructor de frases: sentencioso, al modo grave; bizbirondo, a la última.

Julio César, entre las ricas variantes de su personalidad, servía a una extraña ley expresiva. Esta es la ley; ajenas a la calidad de la materia, prevalecen las gracias del acuñamiento. Las palabras se le sobresaltan y contraen alianzas hermosas: ya hitos para la referencia o troqueladas frases con el sello de la eternidad.

Apenas —hombre— muere, su nombre —César—, elevándose a concepto, se propaga por los siglos y las generaciones: *el César, el Imperator.* Es el Verbo divino y dice: «A Dios lo que es de Dios y al César...» Es en el circo, y los gladiadores lo invocan para la cortesía de venia: «Ave, Caesar, los que van a morir...» ¡Morir! A los dos

mil años de su muerte, las razones o rigores contra casada en entredicho acarrearán esta cita: «Porque la mujer de César no sólo ha de ser honesta...» Y en decisiones heroicas, viejos clarines proclaman el paso del Rubicón.

Más explicativo que el Índice, a la manera clásica, si yo hubiera de escribir una «Vida de Julio César», a la cabeza de cada capítulo traería la frase característica del episodio revivido. Abro una popular biografía. Los capítulos se suceden: «...Pompeya. Cónsul. Galias, Triunviro. Rubicón. Farsalla. Egipto. Munda. Conjuración. Muerte.» Una cadena de momentos estelares. Puesto a escribir, yo antes invocaría, y ahora escucho, la voz de veinte siglos, que en el capítulo «Pompeya», por ejemplo, se levanta y dice:

—La mujer de César no consiente ni la sombra de una sospecha.

Voz caminante en el primer viaje a España, voz fantasmada por el eco de los Alpes, confesional voz que resuena:

—Pues yo más querría ser en-



El actor José Bruguera en su interpretación de Julio César durante las representaciones que tuvieron lugar el pasado año en el Teatro Romano de Mérida

tre éstos el primero que el segundo en Roma.

Voz de Cónsul, desolado por que el poder le tarda y se entristece. Y entre penas y lutos, roquécida, sube a justificar:

—Y que yo no haya hecho todavía nada digno de memoria!

Voz de mando, que se articula al gesto de Cortés y ordena quemar naves; retirar los caballos para prevenirse de una huida, a la vista de los helvecios:

—Este lo emplearé en la prsecución, después de haber vencido; ahora vamos al enemigo.

Decisoria voz íntima, murmullo apenas, que acompaña los cascos de los escuadrones rempliendo las claras aguas del Rubicón:

—La suerte está echada.

Voz que le pide cólera a los dioses, bíblica voz estruendosa, que la ira ahoga, y salta de columna en columna por el templo del Erario, cuyos mármoles todavía se miran en el Foro romano; dramática v. z. conquistadora:

—Unos son los tiempos de las leyes, otros son los tiempos de las armas.

¡Palabras de Julio César! Encuchándolas, memoro. Y por carta de marear o reloj de príncipes, esas palabras se me presentan en cuadro de capítulos breves; cuatro puntos cardinales, de orientación, en busca de su figura, de su gesta. Lo primero, la muerte:

EL PENSAMIENTO DE LA MUERTE

No hay ejercicio revelador, clave al secreto de una personalidad, como el examinar su pensamiento de la muerte, la imagen que de su propia muerte se figura el hombre en la carrera de la vida.

Se va, César, en hora crepuscular; acaso la presidente. Su poder es absoluto, pero le amaga un clima de recelos, un venenoso aire de conspiración. Instado a que designe guardia personal, sin arrogancia, sereno, con meditado cálculo, responde:

—Más vale morir de una vez que temer a la muerte cada día. Siglos acá, y en tierras de Chile, un extremeño labra este mote en su escudo:

El Teatro Romano de Mérida durante la representación de «Julio César», dirigida por José Tamayo



La muerte menos temida da más vida.

Rumores de conjuración, indomados, rondan su mesa. No siembre se está para desoir insidias. Sospecha de Casio. Los amigos sugieren: ¿Antonio Dolabilla? Pero, no, César insiste:

—¿Qué os parece, que trae Casio entre manos? Porque a mí no me agrada mucho el verte tan pálido.

Palúdico, el rostro amarillo, la fiebre en los pulsos, hombre del Pontino—lodo de muerte, que se promete desecar—, pálido, César, como en un espejo, da con la frase:

—Temed de los hombres pálidos.

Víspera de su muerte, y en sobremesa, traba charla entre cónsules. Se discute sobre cuál sea la buena muerte. César escuchaba. Con aborrecimiento recuerda las disposiciones de Ciro, Rey de Persia, preparándose el propio funeral, y la páginas de Jenofonte le hacen horrible aquella muerte lenta. César es requerido. La palabra sutil, la voz segura, se decide por esta muerte:

—La inesperada, la más rápida

Apenas unas horas, y el destino se la otorgó. Su muerte más propia, la muerte que brotaba de su vida, y que en esa vida ponía rúbrica de sangre y rigor, sentido y urgencia. Por el patrón de esa muerte mide su voluntad de ser:

SU AFAN DE GLORIA

Es él, que se mide—te lo he dicho—, que se mira sobre un espejo tentador y único: Alejandro. Alpes arriba, Pirineo abajo, por la espaciosa España, César, en los descansos de la marcha, se aparta y lee unos papeles: «Efemérides», un diario de Alejandro. Largo rato pensativo, cuentan que hasta lágrimas derramó. Y como los amigos se admirasen de qué podría ser, César les dijo:

—¿Pues no os parece digno de pesar el que Alejandro, a esta edad mía, reinase ya sobre tantos pueblos, y que yo no haya hecho todavía nada digno de memoria?

En derrota los ejércitos de la coalición africana, César los persigue desde Tapso, rinde a Utica

ca y recibe la noticia del suicidio de Catón, fugitivo. Con desencanto, el vencedor exclama:

—Yo no quería, Catón, que vieras la gloria de esa muerte, como tú no has querido que yo tenga la de salvarte la vida.

Una gloria de popularidad que le sería muy grata en el desfile del Triunfo. Generoso con Catón, el austero, príncipe de los conceptos romanos y héroe del destino; Catón el prócer, varonil, ungido por el decreto de la muerte; la difícil muerte...

Pero todo esto, ¿no te parece más propio de una Victoria? He ahí unas posibles razones, unas cuantas frases, en las que César mismo se te confiesa:

ALMA DE VENCEDOR

Ha abdicado a la s mana y media de gobierno. Vuélve a las armas. Blanco y enigmático, certelante, como un dios de las batallas.

En Brindisi, la impaciencia no le deja aguardar a sus legiones: esforzadas en la lid, pero con la fatiga de las marchas. Cuando la tropa alcanza Brindisi, César ha partido. Ya está en la costa de enfrente. Se despierra. En navecilla de ramos baja por el Aous. La barrasca cierra junto la desembocadura. El barquero de la vuelta, va a subir; a contra corriente César, con el rostro comido por la rabia, a la luz de la luna, se descubre, conminatorio:

—Sigue. ¡Sin miedo! Ten fe que llevas contigo a César y a su fortuna.

Indomable, su voluntad le sitúa por encima de los límites del hombre; insensible. ¿pero lo digo?, inasequible al desaliento.

Los primeros choques, en Farsalia, amenazan acabar en catástrofe. Sus legiones han huido. Han arrojado las insignias y han huido. ¿El enemigo? Lo ha visto a las puertas mismas del campamento. Y en ese instante crítico, los clarines de Pompeyo que tican a retirada. César respira. Todavía en el pasmo de la sorpresa, admite:

—Hoy la victoria era suya si hubiera tenido alma de vencedor.

Alma de vencedor. Es eso. Nunca ha luchado en superioridad, ni aun con fuerzas iguales. Le asistía su alma, impasible al parecer, con vocación de imperio. Sin una arruga la frente, finos los dedos, largos y marmóreos; los ojos grises, alto y cortado el tono de su voz, César, genio de las reservas, triunfa porque sabe aguantar y es suyo el último cuarto de hora. Lanza en Farsalia sus reservas, ligeras, contra la poderosa Caballería de Pompeyo; es ese momento en que todos le juzgarían ya perdido. Y entonces, de su «alma de vencedor» arranca este coraje, da este grito:

—El hierro, a los ojos.

Presumidos, los jóvenes patrióticos pompeyanos saben morir. Narcisos, no soportan la posibilidad de un rostro estigmatizado. Les falta corazón ante el hierro que amenaza a sus ojos. Vuelven la cara, huyen; su Ejército en espantada. El mediodía abraza. Es el 9 de agosto del año 48.



Fragmentos de «Las glorias de César» (Biblioteca Nacional de Madrid)

César brinca a Egipto. Hora de amor, de mieles de otoño y el último zumo en las vendimias. Esa hora, y hay minutos para la sabiduría; para la diplomacia: pugna sutil con el espíritu de Oriente; para la política: idas y venidas, fulgurantes apariciones de César en Roma. Es también la hora H, la victoria: desbarata a Escipión.

Pasa a España, y esto es lo que se llamaría Munda, 17 de marzo del 45, día por día casi un año antes de su propia hora mortal. A punto de sesentón, frenético, pelea; personalmente. Corre entre sus vanguardias. brama:

—Si habéis perdido la vergüenza, cogedme y entregadme a esos mozuelos.

A un desaporado que huye le agarra en el aire, le hace volver la cara:

—Ahí está el enemigo.

Fué su ocasión difícil, la más comprometida. Recordándola, comenta:

—Muchas veces combati por la victoria; aquella fué la primera vez que luché por la vida.

Y ahora estas pocas palabras. Pero yo más bien las ordenaría capítulo aparte. Un capitulillo que se podría titular:

REALISMO POLITICO

Victorioso en los llanos de Farsalia, recorre el campamento de Pompeyo. Tal vez cree acabada la guerra de liberación. Es un atroz paisaje. Los muertos le rodean. César alza su espada, imprecatorio y terrible; clama:

—Esto es lo que habéis querido. A tal estrecho me habéis traído. Pues si yo, después de ganar para vosotros las mayores guerras, hubiera disuelto el Ejército sin duda me habríais condenado.

Toda la verdad, César. En su secreto motivo de alzamiento vive ese realismo político, de alma fría, que no le consiente ilusionarse ni le permite soñar un futuro sin fuerza. Por su gloria de hombre se quedó sin derecho a retirada, sin posibilidad para su vida, sino la de morir en las armas. Su triunfo le desposó con la renuncia a la «pax romana», la ciudadanía.

Y no se engaña. Cuatro años después, en el último acto de la tragedia, bajo un azul de primavera y en la plaza de Sevilla, entre el luto de los vencidos, ante la cabeza del hijo de Pompeyo clavada en alta pica, César es esta voz cavilosa, monitoria:

—Y de quién os figurabais vencedores? ¿No hacíais cuenta que aun destruyéndome a mi quedaban todavía diez legiones al pueblo romano, capaces no sólo de resistiros a vosotros, sino de sepultar al mundo en sus ruinas?

No hubo en la tierra laurel bastante para honrarle. Roma lo exalta a divinidad. Es cuando alguien le propone esta miseria:

—El pueblo te corona, te nombra Rey.

Y entonces él, como un rayo:

—Yo no me llamo Rey, sino César.

Napoleón, y aceptó que lo coronasen. Beethoven trabajaba en la «Sinfonía heroica»; ya se la había dedicado. Aquel día, con ademán rabioso, borró la dedicatoria. ¿Rey? ¡Res! ¡Res! ¡Res! sólo había uno. Y puso: «A un militar ilustre.»

Aquí ya te dejo. Hubiera gutado de otra época para ofrecerte las palabras de César en su latín ecuestre, cuando no el alicismo de su prosa, dercha y clara. Hubiera preferido ir diciéndote:

—Jucta alea est.

Que, en latines de Suetonio, vale por «la suerte está echada». Un bobo afán de nuestro tiempo se presume de rectificar tópicos. Es lo que hace quien se va a una mala traducción de P. Utarco, para pinchar la frase y, poseído de originalidad, sonreírse de la tradición, escribiendo:

—Tirado está ya el dado.

¡Quién hubiese la ventura de aquel laconismo cuando César, en tierras de Armenia, escribía:

—Veni vidi, vici.

Todavía tontos te dirán:

—Eso, Anibal.

O, en fin, como cifra de su muerte, inesperada según la soñó, repentina y a su gusto, las variantes de aquel dolor viendo venir a Bruto:

—Tu quaeque, fili...

Shakespeare, Quevedo; y lo deforman. Ya no te digo los enemigos, cazadores del tópico. Porque el tópico es malo. Pero hay algo peor, y es el antitópico. Lo que a Forner, nacido en Mérida—la Emérita, y en año centenario del Emperador—, inspiró aquella hermosa fábula del «Asno erudito»... Y aquí paz, porque pluma tenemos y, si Dios lo quiere, años por delante; algún año todavía.

INGLES
FRANCES
ALEMAN

CON DISCOS
NORMALES O MICROSURCO
SIN DISCOS

Poliglophone

CCC

Nombre _____

señas _____

población _____

solicita información
GRATIS sobre la ense-
ñanza de idiomas.

CENTRO DE CULTURA POR CORRESPONDENCIA

CCC - S-156 - SAN SEBASTIAN

corte o copie este cupón



LOS ESPAÑOLES QUE VIVEN EN EL NORTE DE AFRICA

**Fez - Mequinez - Uxda - Marraquex
Chauia - Tiflet - Bu Aam**

Por Luis Antonio de Vega. (Enviado especial.)

«O es la primera vez que hago referencia a Mohamed el Gorfti, que fué una especie de Iparraguirre del Imperio, que recorría las tierras llanas (siempre tuvo escasa afición a la montaña y a los *chleuj*, aunque su apellido como *chleuj* lo sitúa, El Gorfti, o sea el nacido u oriundo de Benig Gorfet en la Yebala próxima al Garb).

Mohamed el Gorfti era un rapsoda urbano. Iba de una medina a otra con su *guembri*, que es una especie de alevín de guitarra. No actuaba en las plazas públicas como los *zefes*. Considerábase con una categoría superior a la de los otros trotacaminos, y donde tocaba su ins-

trumento y cantaba sus coplas era en los cafetines frecuentados por los menestrales de la más elevada menestralía marrueca. En ocasiones le invitaban a las casas de los ricos y era un número más en el programa entre la orquesta que actuaba con música afroandaluza y las *zejas* que bailaban sobre las alfombras bordadas, con menudos pies.

Una de las canciones de El Gorfti, que no conozco completa, comenzaba así:

«El Gorfti calculcum
ma tecun chi, Magreb,
shaida hetta aiuni
ichufú sombrero
áala sombrero.»

Y que traducido a lengua castellana dice así:

«El Gorfti os lo dice. No será feliz Marruecos hasta que mis ojos vean sombreros sobre sombreros.»

El Iparraguirre enturbantado hablaba de sombreros y no de «chapeaux», porque esta era una palabra que no había entrado en el Imperio. Para El Gorfti y para sus contemporáneos existían tres razas y dos idiomas: el *meslem* (o musulmán), el *alijudi* (judío) y el *esbaniul* (español). El *meslem* hablaba la «aarbia» o el *chleuj* y el *esbaniul*, según el decir hebreo, hablaba la «lingua polida de Castiella», y el judío hablaba, indistintamente, el *esbaniul*, el árabe y el *chleuj*, si bien su barrio murado solamente se expresaba en *esbaniul ladino*, llamado también «jaquetilla».

Los franceses, para expresar que un individuo tiene insuficientemente lograda su carta de naturaleza, dicen «que no tiene tierra del país en las suelas de sus zapatos».

Nosotros tenemos tierra de Marruecos desde mucho antes: que El Gorfti entretuviera los ocios de los ricos musulmanes de los menestrales con sus coplas y su alevín de guitarra.

No es oportunidad de señalar parentescos raciales. Nos vamos a limitar únicamente a señalar cuál es la vida que llevan nuestros compatriotas en el Africa del Norte, de donde proceden, y por qué se cantó a la felicidad que podía llevar a Marruecos el sombrero y no a la que pudiera proporcionar el «chapeau».

DUROS ESPAÑOLES DE PLATA

Antes de la recogida de la moneda *hassani*—de la acuñada en los tiempos de Muley Hasán—podían verse duros españoles de plata no sólo en Tánger o en Tetuán lo que hubiera resultado menos extraño, sino en Fez en Marraquez, en Mequinez. Nuestro duro tenía cinco pesetas y el marroquí cuatro; pero, en cambio, cada peseta suya valía cinco reales y la nuestra solamente cuatro. De aquí que rechazaran las monedas españolas de peseta y dos pesetas, que valían, respectivamente, un real y dos reales menos y admitiesen el duro que valía los mismos reales que su *er rial* no siendo obstáculo el que figurasen los rostros de Don Amadeo o de Don Alfonso XII. Eran aceptados como moneda corriente en el comercio y a la par con los *hassanis*, por los mismos que a las sotas a los caballos y a los reyes de las barajas de los señores Comas, Guarró y Heraclio Fournier les tachaban las caras porque en el Korán está escrito que no debe ser reproducida la figura humana.

Llegaban españoles, únicamente españoles, a los puertos marroquinos comerciaban con judíos y árabes y no se tomaban ninguna molestia en hacer cambios de moneda. Pagaban en duros con el sello del Rey o del Gobierno provisional... Y algunos de estos mercaderes se quedaban allí y por esta causa se encuentran viejas familias españolas en Mazagán, en Mogador, en Aga-

dir-Irir y en el interior del Imperio... Como dato curioso señalaremos que vivían siete familias cristianas españolas, las siete en el barrio de los andaluces antes de que los franceses entraran en Fez y que durante las matanzas de 1912 ni un solo español resultó muerto ni siquiera agravado por unas turbas de incontratables, en las que figuraban adeptos de las terribles cofradías hammacha y aissaua.

Antes de presentar a las colonias españolas de las ciudades de la costa, principalmente a las de Rabat y Casablanca quiero dar un pequeño paseo por las aljamas del interior.

SIETE APELLIDOS DE VIEJA CEPA

Siete apellidos he encontrado ser los más corrientes entre nuestros compatriotas de vieja cepa marrueca los Atalaya Orive, Contreras, Vargas, Ruiz, Masas y Sastre.

Estos fueron seguramente quienes introdujeron el idioma en el Imperio, incluso en los nombres de las monedas. La peseta se llama en árabe «bisita» que significa exactamente igual. Ya es sabido que en su idioma se desconoce el sonido *p*, que lo sustituyen por la *b*—Isbania por España—y que la *e* y la *t* se representan con un mismo signo gráfico—el segundo del *arakatu*, que no son propiamente letras—y en labios marroquíes tienen una pronunciación confusa. Lo que sucedió fué que los mahometanos equivocaron los nombres del vellón y del real, y al duro le llamaron *er rial*, y al real le denominaron *billón* por la misma razón fonética antes expresada.

En Fez en Marraquex, en todas las poblaciones de la costa y del interior, al café se le llama *kahua*; pero al café establecimiento se le llama y se le llamó café. Parece que el edificio de Correos debería llamarse *Dar er reka*. Pues no, señor, se llama *Corrio* (Correo) y no «Poste».

Nunca he sabido cómo se dice silla en árabe. Siempre, y en todas partes, la he oído llamar *silla*.

En Fez existía, a principios de siglo un bazar que se llama Bazar Español, y que me aseguran era sucursal del Bazar Español de Tánger. A los lugares donde se vendían hierbas medicinales les llamaban *buticas*.

Eran españoles los franciscanos—la *frailia*—que no se dedicaron a la catequesis de árabes ni de judíos; pero que, junto a sus pequeñas iglesias, abrieron escuelas a las que acudían los hijos de los españoles y los de los hebreos, antes de que se inaugurasen las de la A. I. U. (Alianza Israelita Universal), que fué el vehículo por el que penetró el idioma francés en las juderías marruecas, aunque sin desplazar al español ladino, que era el único que se empleaba como lengua corriente.

Los franciscanos—recordemos al padre Luis de Oleaga y al padre Lerchundi y al padre Sarrionandía—instalaron botiquines, hospitales a los que podían acudir todos los enfermos sin distinción de razas ni religiones.

Eran en Marruecos, todo lo que significaba civilización y cultura europeas. Nunca fueron inquietados por los árabes ni por los israelitas. Les estimaba—y les continúa estimando—todo el mundo. Una avanzada española con habito y cordon.

NO VINIERON POR VEREDAS RENEGADAS

Veamos lo que era y lo que es nuestra colonia civil.

Se ha dicho que los españoles del viejo Marruecos entraron en el territorio sultani por veredas renegadas y que procedían del presidio de El Hacho y de los fugados del Fijo de Ceuta.

En primer término, las evasiones fueron muy pocas. Corría graves riesgos el presidiario que se decidiera a pasarse al moro, según el giro de la época, porque el moro por cobrar la prima que daban en Ceuta lo entregaba al español, y no siempre lo entregaba vivo. El que se pasaba al moro se pasaba al moro del todo... Cambiaba de nombre, de nacionalidad de religión y como todos los renegados se llamaba Abd al Allah (lo que no significa que Abd al Allah sea nombre únicamente de renegados). Dejaba de ser español y a las dos o tres generaciones nadie sabía que entre sus ascendientes existió uno fugado de El Hacho o del Fijo de Ceuta.

Que a nadie desorienten los apellidos Torres, García, Medina y Aragón, que son los cuatro más corrientes de origen español entre los musulmanes de Marruecos. No tienen nada que ver con los presidiarios. Estos lo que procuraban era eludir toda huella y con el nombre nuevo adquirían un nuevo apellido para que no los identificasen.

Tres orígenes tiene nuestra colonia en Marruecos... Los establecidos en fechas remotas, los que llegaron más tarde, cuando la época de la colonización franco-española, y los que huyeron de España durante la guerra de Liberación o próxima a terminarse.

Elijamos una ciudad típica, la vieja capital del Imperio: Fez.

Yo estuve por primera vez en Fez el año 1926. Me sorprendió, paseando por la Judería, ver un cartel que decía: «Posada de Antonio». En la segunda ocasión que me presenté en la ciudad de Mul y Idriss me alojé en la posada de mi compatriota. Antonio era un hombre de más de cin-

cuenta años, cerca de sesenta, a quien hacía treinta «se le había ido un poco la mano» de jardo bastante muerto a un carabnero de La Línea de la Concepción empeñado en no permitirle pasar un alijo.

En 1926 vivían en Fez cuatrocientos españoles de los cuales uno era médico y otro dentista... La población francesa se acercaba a los dos millares pero no vivían en la medina, sino que se habían construido una ciudad en miniatura llamada Ville Nouvelle... Que hubiese un médico y un dentista español no tendría nada de extraño. Eran dos hermanos, creo recordar que se apellidaban Altamira y de lo que tengo la seguridad es de que eran de Almuñécar, en la provincia de Granada y que llevaban más de veinte años en Fez... Es decir el primer médico que hubo en el Imperio (el primer «tebib nsarani») era español, y el primer dentista, como lo fueron el primer comerciante, el primer posadero el primer camionero.

Hay que evocar el Fez de 1904 para pensar lo que debía ser la vida de aquellos hombres.

Los almuñecaranos ejercían su profesión poco menos que claudesantemente. Los ricos que se hallaban enfermos les llamaban. Se vestían de moros iban con mucho misterio a las casas. Además de médico y dentista eran boticarios. Antonio me dijo del doctor:

—Los amigos que se ha ganado ese con el sello «Yer».

El dentista llegó a extremos pintorescos en el desempeño de su profesión. Tenía que sacarles las muelas a las moras sin que se quitasen el velo. Les recortaba un agujerito y por allí metía las tenazas.



Una comida típica marroquí en una ciudad del norte de Africa

DOS MIL ESPAÑOLES EN FEZ

Los cuatrocientos españoles que vivían en Fez el año 1926, son dos mil en el año 1956. En este aumento de peninsulares en la vieja capital del Imperio no influyó nuestra guerra civil. Algunos disidentes de la Causa Nacional en el Protectorado, marcharon a Tánger, más tarde, la casi totalidad a Casablanca, y cuando las autoridades francesas comenzaron a hacerles la vida incómoda, se trasladaron a Méjico.

La población española de Fez no fueron espontáneamente—nos referimos, claro está, a las inmigraciones posteriores a 1926—, sino llamados por sus parientes y amigos establecidos a la sombra de la Karauina.

En la misma línea que gallegos y asturianos que residen en América y se encargan de buscar acomodo y colocación a sus paisanos. Este caso pudo darse en África porque Fez, que parecía ser una de las ciudades que menos posibilidades ofrecía a la inmigración española, resultó un éxito de aclimatación y de trabajo. Los españoles de Fez se hicieron cargo, en gran parte, del ramo de la construcción. Eran aparejadores, maestros de obras, se quedaban con contratos y en Fez se construyó mucho. Por una parte, los judíos que deseaban abandonar el Ava Piest y que les construyesen villas. Por otra, los franceses, que con arreglo a su método de colonización creaban una ciudad separada de la otra ciudad—en Fez la Ville Nouvelle, en Marraquex El Gueliz etc.—menos en Rabat y Casablanca, donde se edificó a la manera española es decir, con la nueva población pegada a las murallas de la medina.

En Fez hay muchos garajistas, camioneros y almacenistas españoles. En la época de la construcción acelerada, algunos abrieron almacenes a la buena de Dios y donde podían: en un fondak moruno aprovechando un cobertizo en unas ruinas del Mellah.

Después se extendieron a la cíclopea Mequinez, donde también se siguió el método francés de crear en África ciudades europeas apartadas de las indígenas y contribuyeron a que surgiera el Meknés La Fayette y el Quartier Reservé de la ciudad de los aissausas.

Las empresas turísticas La Valenciana y la C. T. M. confiaron, casi exclusivamente a conductores españoles los servicios de línea y de abastecimiento y carga. Podía asegurarse que siempre que se viera rodando un autobús, una camioneta o un camión por una carretera, el chófer era español.

En Fez se distinguen dos barrios enormes, puede decirse que dos ciudades que, en un tiempo, incluso estuvieron separadas por una muralla interior en la que se abrían varias puertas de comunicación. Son Fass el Bali y Fass el D'riedid (el Viejo y el Nuevo Fez). Los españoles vivían todos en Fass el Yedid o en la Judería. Nuestro pueblo posee unas facultades de adaptación

extraordinarias y la capital del viejo Marruecos no constituyó una excepción.

LOS VALENCIANOS DE UXDA

Otro de los lugares donde existe una población española importante es Uxda. Posiblemente por su proximidad al Oranesado. Constituye un centro de caminos y vías férreas y también de contratación, por una parte, entre Marruecos y Argelia, y por otra, entre la región costera agrícola y la de las altas llanuras, las mesetas propicias a la ganadería.

Sus transportes ferroviarios se utilizan para el acarreo de los productos extraídos del subsuelo marroquí, que se exportan por el puerto de Nemurs que pertenece a Argelia. También Uxda tiene más de argelina que de marroquí. Esta debe ser una de las causas de que la casi totalidad de los vecinos españoles sean levantinos (en el resto de Marruecos son más numerosos los andaluces que los de todas las demás regiones).

A Uxda llegan la antracita de Jerada, el cinc y el plomo de los yacimientos de Sidi bu Bekker, el manganeso de las minas de Bu Arfa; pero los españoles se desentienden bastante del comercio de estos productos, y la mayoría se dedica a la agricultura, lo mismo que en el limítrofe Orán. Realmente en nada se parece a las otras ciudades de Marruecos. Fué la primera medina de la que se apoderaron los franceses, y los que se acercaron en ella no mostraron excesivas preocupaciones por respetar el carácter indígena. Inmediatamente la convirtieron en una de tantas poblaciones de la zona argelina de Es Sahel.

A Uxda la denominan la «Sórdida». En Fez había catalanes, vascongados, santanderinos—sin contar un número muy importante de andaluces—y por eso, quizá, fué la industria de la construcción la que prefirieron. En Uxda, como ya he señalado, casi todos son valencianos y lo que les tentó fué la agricultura. La labor realizada por esta gente dura de Levante es, sencillamente, portentosa... Entraron en el Marruecos oriental con un aprendizaje de África realizado en Orán y pusieron en valor campos en los que, hasta la llegada del valenciano, no habían existido más que palmitos, pitas y chumberas.

En cambio, apenas intervinieron en la creación de los nuevos barrios cuando la medina — la «Sórdida»—fué abandonada.

En un principio se instalaron en el barrio moro... Después elevaron casitas en el campo, fincas de labor, y varios, que consiguieron enriquecerse con un trabajo rudo, se han instalado en las villas que forman la mayor parte de la avenidas de Uxda.

LA COLONIA ESPAÑOLA DE MARRAQUEX

Marraquex recoge una colonia española poco numerosa, pero muy trabajadora. En 1945, cuando yo estuve por última vez, me instalé en el hotel Dukkala—en la medina árabe, no en El Gueliz europeo—y allí se alojaban también, cuando iban a la población, un padre y un hijo mar-

ceños, de Alcantarilla, que traficaban en días útiles. Bajaban hasta los oasis y las palmerías del Este y del Mediodía con camiones que llenaban de frutos. Me sorprendió, porque Marraquex es una ciudad que está llena de dátiles. Hay un zoco entero donde no se vende otra cosa. Llegaban de todas partes a lomos de dromedario.

Les manifesté mi extrañeza de que se dedicaran a semejante negocio, cuando la baratura del género lo tenía convertido en la alimentación de toda la población marroqueña. Me explicaron que hay diversas clases de dátiles, que el que se vende en los zocos de Marraquex es de una calidad muy inferior, impropio para la exportación. Ellos habían por decirlo así, acotado sus palmerales por la zona de Erful, y colocado gente de Alicante, que se preocupaba de los abonos y del cuidado que había que dar a los árboles. De Marraquex los enviaban a Casablanca, donde se ocupaban de manufacturarlos y exportarlos a Francia. Habían conseguido un tipo de dátil que podía competir con el de Biskra.

—¿Son muchos los españoles diseminados por las palmerías?

—Alrededor de cuarenta.

Realmente no eran muchos; pero seguro que en las palmerías no había más europeos que los alicantinos. No me competía darles consejos y menos en una materia que conocían y yo no, pero me pareció que, puesto que se ocupaban de la selección del dátil y de su transporte a Marraquex y a Casablanca, les hubiera convenido ocuparse también de su manufactura y exportación. Podía ser un excelente negocio, dado el precio infimo a que les sale el fruto.

Eran gente acomodada, con buenas cuentas corrientes, y los que vigilaban los dátiles ganaban jornales interesantes y un tanto por ciento de los beneficios.

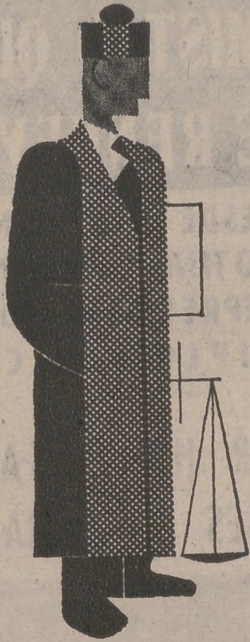
También bastantes viticultores de la Chaula eran, hace diez años, españoles. Supongo que lo continuarán siendo. En Sidi Larij elaboraban un vino parecido al riojano, aunque no tan bueno... En cambio preparaban uno achampanado, casi igual que el del Condado gallego. Había con los españoles que poseían viñedos y me dijeron que no lo podían exportar a Francia porque era un vino que se mareaba mucho.

Españoles hay en todas partes de Marruecos. Me detuve, en una ocasión, un par de horas en Midelt. El dueño de la cantina era andaluz y andaluz también un señor que se dedicaba a la cría de cochinos y que me dijo que los cochinos marroquíes eran unos marranos serios, todos negros y todos de poco volumen. Midelt se encontraba en la misma línea de la distancia.

EN EL OASIS DE BU AAM

Encontré a un español incluso en Bu Aam que era un oasis que cada mañana y cada tarde cambiaba de manos tan pronto era francés como se apoderaban de él los disidentes acaudillados por Ben Kassen. Allí vi a un árabe que se había sentado bajo

LA NOVELA DE LOS ABOGADOS: *René Vigo*



HOMBRES DE NEGRO

UN MENSAJE HONDO, PROFUNDO, CONMOVEDOR, QUE PONE AL DESNUDO TODAS LAS GRANDEZAS Y MISERIAS DE DOS PROFESIONES

Estas dos novelas han sido traducidas a todos los idiomas cultos, alcanzando el más sensacional éxito editorial de todos los tiempos. También se ha verificado una excelente película basada en la admirable obra «HOMBRES DE BLANCO»

DOS LIBROS TREMENDAMENTE SINCEROS, VIGOROSOS, RUDOS, HUMANOS, DE UNA CRUDEZA SIN AMBAGES

Precio de cada ejemplar:
60 PTAS.

**LUIS DE CARALT
EDITOR**

LA NOVELA DE LOS MEDICOS: *André Soubiran*



HOMBRES DE BLANCO

una palmera alta y contemplaba cómo sus dos mujeres, con la colaboración de una asna, labraban un pedazo de tierra, mientras un dromedario enano daba vueltas a una noria sacando agua para el riego.

Era una estampa demasiadas veces contemplada y que no hubiera llamado mi atención, si el moro no hubiese gratificado a sus esposas con un vocablo que tiene el mismo significado que Hijas de la Dulzura, pero dicho en español, lo que amenguaba bastante la expresión poética.

Me acerqué a él y le tranquilicé diciéndole que cualquiera que fuese su historia podía estar seguro de que no les iría con el cuento ni a los disidentes ni a los franceses. El compatriota me hizo dos preguntas encantadoras.

—¿Deserción?... ¿Homicidio?

Me di cuenta de que sería inútil hacerle creer que lo que me había llevado hasta Bu Aam era simple curiosidad.

En su vida había ciertos episodios que no tenía un exclusivo interés en que se divulgaran. En las noches barcelonesas anteriores al Gobierno de don Miguel Primo de Rivera, arrancó gritos a las pistolas de la C. N. T., después Legión Extranjera y, más tarde, fuga. Se encontró en Casablanca con una documentación que no le pertenecía, y con bolsillos suficientes para guardar billetes de Banco, en el caso de que hubiera poseído alguno. Pero si le faltaba algo tenía la seguridad de que le expulsarían de la ciudad, porque no se había tomado la molestia

de presentarse en el Consulado español ni en ninguna oficina francesa. Como en diez años de permanencia en Africa había aprendido el árabe y se defendía bastante bien con el chleuj, juzgó que lo más conveniente era emigrar hacia el Sur.

Había peleado a favor de los franceses en el norte de Mauritania y en contra en el mediodía. Se casó con dos mujeres. «porque

era demasiado pobre para no tener más que una», y llevaba afincado dos años en aquel palmeral sobre el que un día sí y otro también silbaban las balas.

La existencia de tres o cuatro compatriotas se hallaban en condiciones parecidas a las del que residía en Bu Aam fué lo que debió crear la historia de los doscientos esclavos españoles del Sahara.



Los niños de la colonia española en Rabat asisten a una fiesta infantil que les dedicó la Junta de Damas de la Beneficencia Española en aquella ciudad marroquí

AUSTRIA Y ESPAÑA:

UNA VIEJA AMISTAD QUE SE RENUEVA

DESDE 1918, VIENA NO TENIA EN MADRID REPRESENTACION DIPLOMATICA



El nuevo embajador de Austria celebra una entrevista con el Jefe del Estado español, Generalísimo Franco

EL SEÑOR WILDNER HA PASADO LA MAYOR PARTE DE SU CARRERA EN PAISES MUSULMANES

ESTOY muy contento de ser el primer embajador de Austria en España desde 1918, porque hasta ahora el ministro austriaco en París atendía también la Misión diplomática en Madrid.

El señor Wildner es un hombre alto, de porte elegante, que nos habla flúidamente y sin prisas en un francés perfecto, en los salones de un gran hotel madrileño.

Gran señor de la diplomacia, y más concretamente de una diplomacia que ha dado figuras tan destacadas como la de Metternich, el nuevo embajador de Austria en España nos parece que sabe conjugar la circunspección necesaria con la simpatía.

Desde 1915 está al servicio del ministerio de Asuntos Exteriores de su país, al que ha servido como secretario de Embajada, como agregado, como ministro y como embajador. En los últimos años de la primera guerra mundial estuvo en Constantinopla, y a la terminación de la primera guerra mundial fué nombrado ministro de Austria en Turquía.

Posteriormente ha estado acreditado en Irán, Afganistán, Egip-



El señor Wildner llega al Palacio de Oriente para presentar sus credenciales

to, Líbano, Siria, Jordania e Irak. Está considerado como un técnico en cuestiones musulmanas, pese a que, además de en países del Próximo Oriente, estuvo también como ministro de Austria en Atenas y últimamente como em-

bajador austriaco en Río de Janeiro.

—En países musulmanes pasó la mayor parte de mi carrera.

UN PARENTESIS: EL «ANSCHLUSS»

Quando se produce el «Anschluss» austroalemán, la anexión de Austria a la gran Alemania hitleriana, don Clemente Wildner deja de actuar en el servicio diplomático y vive privadamente en Viena.

Las viejas cervecerías, los rincones y regazos románticos de la gran ciudad imperial, los jardines públicos con sus grandes ruedas de feria o norias gigantescas para desafiar el vértigo, los quioscos de música para el deleite y hasta la emulación de la



La carroza del embajador ha atravesado las calles de Madrid como prólogo a su presentación ante el Jefe del Estado

ciudad más musical del mundo, en la que las orquestas tienen partidarios tan entusiastas como pueden tener en otras ciudades los equipos de fútbol, los teatros, la Ópera...; en fin, Viena con su espíritu eterno.

Durante el paréntesis de tiempo en las Misiones diplomáticas le sorprenderían al señor Wildner las movilizaciones militares, el esfuerzo de la guerra, los años difíciles y hasta las inquietudes de la última hora bélica, que tenían que terminar en el gran choque que sobre el fino espíritu vienés produciría la ocupación rusa y esos últimos años que se evocan en la música del «Tercer hombre» y en la imagen inolvidable del «Jeep» para cuatro.

Nos habla el señor Wildner con la cordialidad característica del genio austriaco. Una cordialidad que confirmamos plenamente en el hombre que representa a la nación austriaca en nuestro país.

VICTORIA SOBRE LO ADVERSO

«Los austriacos son los más cordiales hombres sobre la tierra...», escribió desde América el famoso compositor Nicolás Lenau. Y todo esto que era entonces sigue siendo también hoy, con mayor mérito, porque las penalidades que han pesado sobre la población austriaca no han podido convertirla en un pueblo de amargados ni antipáticos. La aristocracia de ese pueblo—tan decantada y pulida por una larga y brillante historia—ha podido más que la adversidad, de la que ha vencido la eterna «Austria feliz».

Como hemos dicho, al hablar con el embajador de Austria en España nos damos cuenta de que esa elegancia y sencilla cordialidad austriaca tiene en don Clemente Wildner una buena representación humana.

—En la vieja amistad entre Austria y España, ¿se prevén nuevos lazos de intercambio espiritual y material para el futuro? ¿Cuáles son los principales puntos de este intercambio sobre los que se centra seguramente la atención diplomática de Austria en Madrid?

—En las relaciones entre Austria y España no existen, felizmente, problemas políticos. Por eso estoy convencido de que los antiguos lazos de estrecha amistad podrán formar la base sobre la cual las relaciones culturales y económicas se desarrollen nuevamente y tomen incremento.

Y lo cierto es que los viejos lazos de amistad, de relación política y de familia que han existido entre Viena y Madrid son una buena base sobre la que asentar una nueva misión diplomática, por eso las palabras del embajador no suenan a tópico más o menos obligado.

Saltan a la conversación los esfuerzos para la creación del nuevo Ejército federal austriaco.

—Ahora que Austria organiza su Ejército federal hasta en aquel país neutralizado es cuestión del día el tema militar. Las penalidades de la pasada guerra, ¿han producido alguna laxitud entre una parte de los jóvenes austriacos en lo que a las cuestiones militares se refiere?



Nuestro fotógrafo sorprende al nuevo embajador austriaco disponiéndose a tomar el ascensor en el hotel donde reside

—Personalmente no he podido conocer nada que pueda interpretarse en este sentido. Al contrario la necesidad de crear un Ejército austriaco para la defensa del país y de su neutralidad es aceptada generalmente por nuestro pueblo.

LA CIUDAD QUE LLAMA DE LEJOS

Nuestro interlocutor conoce bien los problemas militares. Durante la primera guerra mundial sirvió a su país en el regimiento número 1 de hulanos; con él tomó parte en muchos ataques en el frente ruso de los Cárpatos, donde cayó herido. ¡Aquellas cargas románticas de la elegante caballería austriaca! En los primeros tiempos y en los frentes menos apretados y agobiantes todavía pudo el Imperio austrohúngaro hacer alguna vez la guerra romántica y confiar plenamente en aquella vieja seguridad de que Viena no puede tomarse por asalto. El respeto reverencial de Viena, la ciudad que llama siempre de lejos, podía más que los odios circunstanciales de los beligerantes, y quizá por eso en uno de los primeros aeroplanos que se dedicaron al combate el supernacionalista italiano Gabriel D'Annunzio tuvo un día la peligrosa ocurrencia de desfogarse contra los Habsburgos sobrevolando Viena para bombardearla con inflamados sonetos y delicadas poesías.

Esas imágenes de una guerra con fondo de vals se nos evocan al hablar de cargas de hulanos que iban a la muerte con la elegante tranquilidad con que hu-

bieran hecho una parada frente a los jardines del palacio de Belvedere.

—La Escuela Española de Equitación de Viena, ¿puede considerarse como el mejor centro del mundo para la formación de jinetes y selección de caballos de silla?

—La Escuela Española de Equitación de Viena representa un don precioso que Austria ha recibido del pasado y que guarda con todo cuidado. Además de constituir los ejercicios de la Escuela Española un espectáculo maravilloso para el amante de la equitación clásica, da a los espectadores de hoy la imagen viva de los cánones más puros del adiestramiento y compenetración de jinetes y caballos.

El embajador austriaco es un buen jinete—como corresponde a un antiguo hulano—, y nos habla de este tema con un cierto entusiasmo. La equitación y la ca-

No deje de leer

LA ESTAFETA LITERARIA

que próximamente volverá a aparecer

za son dos arraigadas aficiones del embajador.

COMO UNA CAJA DE MUSICA

Aquella águila bicéfala, aquella doble Monarquía, que durante mil años cumplió su misión en Europa y a cuyo tronco gigantesco la Historia de España debe sus figuras reales más señeras, envejeció en la capital de los valses, dándole la razón a la frase de Montesquieu que dice que «sólo en Viena es hermoso envejecer».

—La ocupación soviética que siguió a la última guerra mundial, ¿ha dejado algunas huellas en la población austríaca?

—No.

La respuesta del embajador de Austria ha sido terminante. No queremos insistir más sobre este tema y volvemos a la luminosidad de una capital que resucita con el reconstruido teatro de la Opera.

—El gusto y la «afición» vienesa por la música y los festivales, ¿ha aumentado o disminuyó en los últimos años?

—Viena puede siempre ser llamada la ciudad de la música. Como antes, los vieneses aman ahora la música y el teatro.

Nápoles es una ciudad canora, pero Viena es como una gran caja de música, ya que aquella ciudad es no solamente el corazón de Austria, sino también de todo el mundo musical. Parece que Viena se da cuerda a sí misma para preparar la gran parada de los violines. Y esto no lo dice el embajador austríaco, sino nosotros, como un pipero a la capital de su país.

—¿Quiere explicarnos el por qué este año se celebra en Viena y no en Salzburgo la Fiesta Internacional de Mozart?

—Sería un error el creer que solamente Viena y no Salzburgo conmemoran el aniversario de Mozart. Con motivo de cumplirse los doscientos años del nacimiento del gran músico, el Año de Mozart ha sido inaugurado en Salzburgo con un acto oficial, seguido de grandes representaciones musicales. Estas conmemoraciones que dieron principio en Salzburgo, lugar de nacimiento del gran músico, terminarán en Viena bajo el signo del Año de Mozart.

ESE TEATRO DE TEMA ESPANOL

Como el embajador dijo antes que los vieneses aman la música y el teatro, queremos hacerle una pregunta sobre uno de los más célebres dramaturgos de su país.

—El poeta y dramaturgo austríaco Grillparzer, autor de obras tan celebradas como «La judía de Toledo», tiene una marcada predisposición por los temas españoles. ¿Se le puede considerar como un intérprete del gusto popular por el teatro de nuestro Siglo de Oro?

—Franz Grillparzer es el último autor dramático clásico de Austria. Su obra constituye un bien común del pueblo austríaco. Esto es cierto, pero yo no me atrevo a pronunciarme sobre la cuestión de si puede o no considerarse como representante del gusto po-

pular por el teatro del Siglo de Oro de España.

Con sus teatros reconstruidos, Viena, la segunda capital europea en extensión, ha resucitado de sus mismas cenizas. Especialmente evocadora ha sido la reconstrucción del gran Palacio de la Opera, que se vino abajo por los últimos cañonazos de la pasada guerra, enterrando entre sus ruinas y hierros retorcidos los recuerdos de las grandes noches rutilantes. La Opera de Viena no quiso rendirse, y prefirió sumergirse por bombardeo e incendio, replegándose en sí misma como lo hizo también esa catedral de San Esteban, que ardió como un gran incensario de la religiosidad austríaca, y en cuya reparación meticulosa se interfiere después todo el país.

MERCANCIAS VIA TRIESTE

Aunque no hemos oído hablar de reivindicaciones austríacas de ninguna clase por sí las hubiera, queremos preguntarle al embajador sobre un punto muy delicado. Trieste, fué, además, de una salida al mar, algo así como el San Sebastián mediterráneo de la Corte austrohúngara. Rodado de pinos, y junto a las rocas costeras del Adriático, hay un palacio con nombre español y lleno de nostalgias austríacas: el palacio de Miramar, que, con nombre mallorquín, mandó se edificara el archiduque Maximiliano de Austria. Desde aquel castillo de verano, Maximiliano partió un día para Méjico para ser Emperador. Allí, los revolucionarios de Benito Juárez fusilaron al archiduque en el cerro de la Campana, asombrados de tener en el punto de mira de sus fusiles nada menos que a un Habsburgo.

Sobre aquella antigua Corte

Gran señor de la diplomacia, el nuevo embajador de Austria en España sabe conjugar la circunspección necesaria con la simpatía



imperial veraniega le preguntamos al embajador. He ahí un punto casi indiscreto:

—La política, por buena que sea, no puede cambiar las realidades económicas. El puerto de Trieste continúa siendo la salida natural de los productos austríacos hacia el Mediterráneo. ¿Existe hoy algún problema económico sobre este punto?

—Hace solamente algunas semanas que ha sido concluido un acuerdo entre Austria e Italia, en el que los problemas relativos a la exportación de mercancías austríacas vía Trieste han sido reglados.

LO QUE NO SE PUEDE HACER EN LA PRIMERA SEMANA

En los salones del hotel, en la placidez de la primavera, española, es fácil y agradable esa conversación sobre cuestiones diplomáticas con el embajador austríaco. El señor Wildner nos dice que es la primera vez que está en España, y que está encantado de nuestro país. Una de las primeras cosas que hizo al llegar a Madrid fué visitar el Museo del Prado, al que ha vuelto después varias veces. «Se necesita mucho tiempo para verlo detenidamente», dice.

Respecto a aspectos concretos de su misión en nuestro país nos dice que el tratado de comercio entre Austria y España, que ha entrado en vigor recientemente, es una buena base para el futuro. «Ahora hay que esperar», añade.

Por lo que se refiere a las relaciones espirituales, el señor Wildner piensa crear una Sociedad austroespañola de cultura. «Pero esto no se puede hacer en la primera semana.»

La intensificación turística; el intercambio de noticieros cinematográficos; la relación musical; las becas y el trasiego de estudiantes, son otros puntos que están en la cartera del embajador.

Todo eso son necesidades que el embajador apunta para el futuro de su misión en España, pero antes será preciso crear el órgano material y propio de la representación diplomática.

—Espero que la próxima vez podré recibirle en la propia Misión diplomática de mi país en España—nos dice, aludiendo a que Austria no tiene todavía Embajada material.

Se han fumado varios cigarrillos austríacos en una entrevista que duró tres cuartos de hora. El fotógrafo tiró suficientes placas, y nosotros hemos acordado muy distintas cuestiones por lo que, llegada la hora, nos despedimos de ese embajador de Austria, que, por su preparación diplomática y por muchos motivos históricos y actuales, va a tener una gestión en España de tanta bondad en los frutos, como la hay siempre en los augurios entre dos países de glorioso contacto histórico, doble corriente de simpatía, elegancia espiritual y hasta de similar bandera.

Francisco COSTA TORRO

EL MEJOR REGALO: UN LIBRO
EL MEJOR LIBRO: en BIBLIOTECA INTERNACIONAL



La colección que ha cristalizado el deseo de millares de lectores

**MAS CALIDAD
 MENOS PRECIO**

Ofrece a todos sus lectores para el mes en curso y en un ininterrumpido afán de superación otras cuatro sensacionales novelas, que unen a su insólito precio de 25 pesetas el prestigio de unas obras de reconocido renombre internacional.

ERNEST HEMINGWAY

LOS ASESINOS

Una muestra brillantísima del genio del gran escritor, Premio Nóbel de Literatura.



ELIZABETH GOUDGE

LA CIUDAD DE LAS CAMPANAS

Un canto apasionado a los más puros sentimientos del hombre.



FRANK GRUBER

LA LLAVE Y LA CERRADURA

El más audaz delito que se ha perpetrado nunca.



W. R. BURNETT

MUROS DE ADOBE

Un relato magistral y sangriento de la última guerra de los apaches.



La colección de un precio:

25 PESETAS

y que le ofrece además la posibilidad de lograr

UN LIBRO COMPLETAMENTE GRATIS

¡Rellene este Boletín!

Sírvase inscribirse como lector de la BIBLIOTECA INTERNACIONAL y remitirme el Boletín mensual de obras seleccionadas. Esta inscripción se halla libre de toda clase de obligaciones por mi parte. Ustedes se comprometen a remitirme COMPLETAMENTE GRATIS un ejemplar de la citada colección, elegido por mí después de haber adquirido, solicitándolos directamente a LUIS DE CARALT, EDITOR (Ganduxer, 88. BARCELONA), 10 ejemplares sin distinción de series.

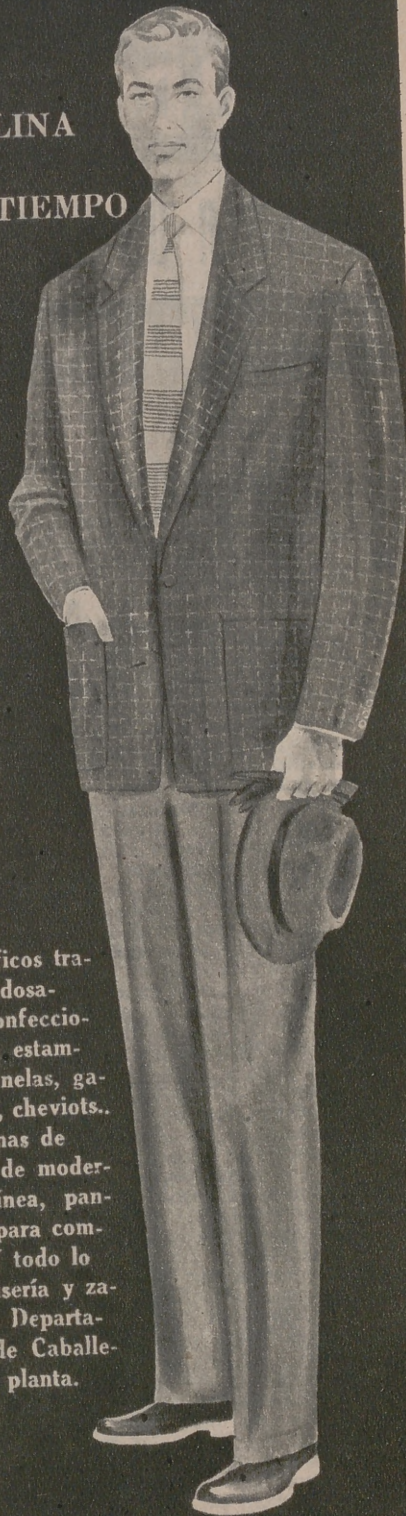
Para iniciar los beneficios de dicha inscripción deseo me remitan contra reembolso, libre de todo gasto y al precio de 25 pesetas, las obras señaladas.

Nombre y apellidos del adherido:

Domicilio y localidad:

ES UNA SELECCION DE LUIS DE CARALT

MODA MASCULINA PARA ENTRETUENDOS



Magníficos trajes cuidadosamente confeccionados en estambres, franelas, gabardinas, cheviots. Americanas de "sport" de modernísima línea, pantalones para combinar. Y todo lo de camisería y zapatería. Departamento de Caballeros, 2.ª planta.

Galerías Preciados

EL GRAN MAESTRO Y SU DOCTRINA

CARTAS A UN UNIVERSITARIO

Por BARTOLOME, obispo de Menorca

Al carísimo en Jesús A. P. D., estudiante universitario.

Las antiguas relaciones de nuestras familias creo me dan un título para dedicarte las presentes líneas, invitándote a considerar muy atentamente conceptos que han de ser gratos e interesantes a todos, pero más gratos, interesantes y oportunos a los que por su cargo docente o por sus estudios mayores merecen el honorable calificativo de intelectuales.

Da pena el pensar pueda haber entre vosotros quienes padecen en su espíritu la perturbación e inquietud causada por el vacío de la verdad religiosa, que que no han estudiado bastantemente, o han incurrido en libros que la deforman. Adviertan ellos cómo por encima de las nebulosidades, vacilaciones, negaciones de tantas filosofías aberrantes, se alza nuestra religión católica mostrando a todos, cual una de sus notas más íntimas y características, la de una serena intelectualidad objetivamente afirmativa para la mente y el corazón. «En Cristo hay el Sí», escribió profundamente San Pablo (2 Cor., 1, 19-21). «Pensamiento admirable! —prosigue un sabio comentarista—. Jesucristo es el Sí absoluto y universal, el Sí de las promesas divinas, el Sí de las aspiraciones humanas, el Sí de los oráculos proféticos, el Sí de las esperanzas de Israel, de los suspiros de todas las naciones. Es el Sí de la verdad incommovible, el Sí de la felicidad eterna: suprema afirmación de la verdad, plenitud desbordante de la vida. No hay en Jesucristo un No desesperante: en él todo es Sí.» (Bover).

¿Quién dudará, pues, en hacerse discípulo de tal gran Maestro? El todavía nos habla por su Iglesia y en los Santos Evangelios, que ésta nos ofrece y enseña. Leedlos y meditadlos devotamente, ayudándoos de un buen comentario; y así leed y medita, si cabe, con más estudianto reverencia el Evangelio de San Juan, en razón de la sublimidad de su doctrina simbolizado por el águila; el águila evangélica, que noblemente campea en el escudo y bandera de España, la que fué y ha de continuar siendo la nación teológica por excelencia. No degeremos de las grandezas de nuestros mayores, dejándonos llevar de cualquier viento de doctrina.

Imposible hacer aquí una síntesis de la doctrina de Cristo, ni un bosquejo de su atrayente y adorable persona. Toda la vida pública de Jesús fué un continuado y variadísimo magisterio, ejercido de palabra y obra con maravillosa pedagogía. A las sencillas turbas de Galilea les hace asequibles los altos conceptos espirituales con símiles de las cosas pequeñas que tienen a la vista: un día les apuntaba al lirio purpurecente de aquellos campos, vestido por la Providencia de Dios con más hermosura que Salomón en medio de su gloria; muchas otras veces les habla en parábolas dogmáticas y morales tejidas con escenas de la vida popular: tal la dulcísima parábola del pastor que viene exultante de gozo llevando sobre sus hombros la oveja perdida y hallada, figura de la solicitud y alegría del Corazón de Jesús por la penitencia del alma convertida.

Pero en Jerusalén, centro religioso e intelectual de la nación, el magisterio de Cristo toma un vuelo

más alto y mayestático. Mirad unos ejemplos de su grandiosidad y belleza, que podemos contemplar sobre todo en el Evangelio de San Juan. Un día se celebraba en el templo, concurridísimo de fieles de todas partes, la ceremonia del agua, conmemorativa de la que fluyó milagrosamente de la roca durante la peregrinación del pueblo por el desierto, y en aquel momento litúrgico de profundo silencio general, Cristo, puesto de pie, clama. «El que tenga sed (sed de justicia) que venga a mí, y beba»; es decir, aquella roca del desierto y esta ceremonia con que ahora la recordáis, son figura profética de mi persona: «la roca era Cristo», repetirá San Pablo. El día siguiente con intención maliciosa le presentan en los patios del templo una mujer adúltera para que la juzgue, y Cristo se inclina y escribe con el dedo una vez y otra vez sobre las polvorientas lápidas del pavimento, y erigiéndose la perdona; significando con todo esto que El era el Dios que escribió con su dedo una vez (Ex. 31, 18 stes.) y otra vez (Ex. 34, 1-4) el Decálogo sobre las tablas de piedra, y se reveló por fin misericordioso y perdonador de su pueblo (Ex. 34, 5-9), que había adúlterado pasándose a la idolatría. Afirma que es la luz del mundo y lo prueba iluminando luego los ojos de un ciego de nacimiento; que él es la resurrección y la vida, y lo demuestra seguidamente resucitando a Lázaro cuatriduano ya en su sepulcro. Sí, maravillosísima pedagogía, con plenitud de doctrina, con probativa fuerza de milagros.

Resumiendo las actividades de su vida, al ser interrogado por Pilatos, Jesús responde: «Yo para esto he nacido, para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad, y todo el que es (amante) de la verdad oye mi voz» (Jo. 18, 37). No lo era Pilatos, y aun reconocida su inocencia, condenó a Cristo a morir en cruz.

Con frase exactísima dijo San Agustín: «Lignum... morientis... cathedra Magistri docentis». En la Cruz, a mitad del palo erecto, sobresalía ordinariamente una estaca «sedile», asiento del Crucificado. Cristo, el gran Maestro, sentado así en la cruz, como en elevada cátedra, dió la última solemnisima lección pública en su vida mortal, dióla con supremas palabras, dióla repitiendo a gran voz el comienzo del salmo davidico 21 (que alguien ha dicho la cruz de la corona real de David), visión profética, a la distancia de mil años, de la Pasión de Cristo con sus detalles minuciosísimos que entonces a la vista de todos se cumplían: su gemido de desamparo (v. 2; Mt. 27, 46); sus manos y sus pies taladrados (v. 17; Luc. 23, 33, etc.); su desnudez y visible descoyuntamiento de huesos (v. 15-18); su sed abrasadora (v. 16; Jo. 19, 28); los mismos gestos y palabras de befa en torno de la Cruz (v. 8, 9; Mt. 27, 39-43); la repartición de sus vestidos y el sorteo de su túnica (v. 19; Jo. 19, 23)...; y tal descripción se completa en la segunda parte del salmo con la visión adelantada que en la cruz debió de tener Cristo de la futura Iglesia que saldrá luego de su costado abierto, la Iglesia con sus rasgos de catolicidad, de perpetuidad, de magisterio, de oración y de reino de Dios con el sacrificio y banquete eucarístico, rasgo este último que ha recogido la liturgia y que Santo Tomás puso como el más teológico y magnífico de los invitatorios en el oficio del «Corpus Christi».

Parece este vaticinio un desafío de Dios a la incredulidad de todos los siglos. El misterio de la cruz, «escándalo para los judíos, locura para los gentiles, es fuerza de Dios, sabiduría de Dios» (I Cor. 1, 23-24) y está inundado de luz de profecía. La profecía es un milagro de orden intelectual. Que abran, pues, los ojos y miren y examinen los que se precian de intelectuales, y verán. La gracia de Dios no falta a los que sinceramente buscan la verdad. Y ante los brazos abiertos de Cristo crucificado no podrán menos de rendirle su mente y su corazón, e imprimiendo un beso al Crucifijo, decirle el Sí de inteligencia y de amor con que toca corresponder al Sí que es Cristo para nosotros, y entregarse sin reservas.

Te escribo estas líneas el Viernes Santo después de la adoración litúrgica de la cruz de Cristo. La carta te llegará tarde; mas siempre será oportuna porque todos los días son días de la cruz de Cristo: El conserva las cicatrices gloriosas de su crucifixión aun después de resucitado.

Te he venido citando a San Pablo. Quizá en otra carta te hable de él. Es un apóstol que no llamado por Cristo desde las redes de pescador. En sus mocedades había sido un distinguido universitario de las altas escuelas teológicas de Jerusalén, concurridísimas de todas las naciones.

TRANSISTORES Y VALVULAS ELECTRONICAS • LAMPARAS INCANDESCENTES, FLUORESCENTES, DE MERCURIO Y DE SODIO • PLANCHAS SUPERAUTOMATICAS • VENTILADORES

En marcha hacia el futuro

Núm. 6



Puede ser que algún día...

esta niña sea auxiliar competente y entusiasta en la sala de rayos X de algún hospital o clínica. Al servicio de la sanidad nacional o de una gran empresa industrial, dispondrá de modernos productos Philips, tales como aparatos de rayos X para diagnóstico y terapéutica, intensificadores de imagen e isótopos radiactivos, que hacen posible la observación de procesos antes invisibles al ojo humano.

Con sus aparatos casi mágicos, Philips brindará a esta muchachita la posibilidad de realizar delicadas misiones con precisión y con seguridad absoluta.



PHILIPS
CONTRIBUYE A UN MEJOR MUNDO DEL MAÑANA

INSTALACIONES TELEFONICAS • PROYECTORES DE 16 mm • APARATOS DE RAYOS X Y MEDIDOS • AMPLIFICADORES, MICROFONOS Y ALTAVOCES • EQUIPOS DE CINEMASCOPE

TODA PERSONA QUE ENVIE UNA COLECCION COMPLETA DE ESTOS ANUNCIOS AL APARTADO DE CORREOS 14.063, MADRID, AUNQUE SEAN DE DIFERENTES PERIODICOS, RECIBIRA UN OBSEQUIO «PHILIPS». (ESTA COLECCION CONSTA DE DOCE ORIGINALES)

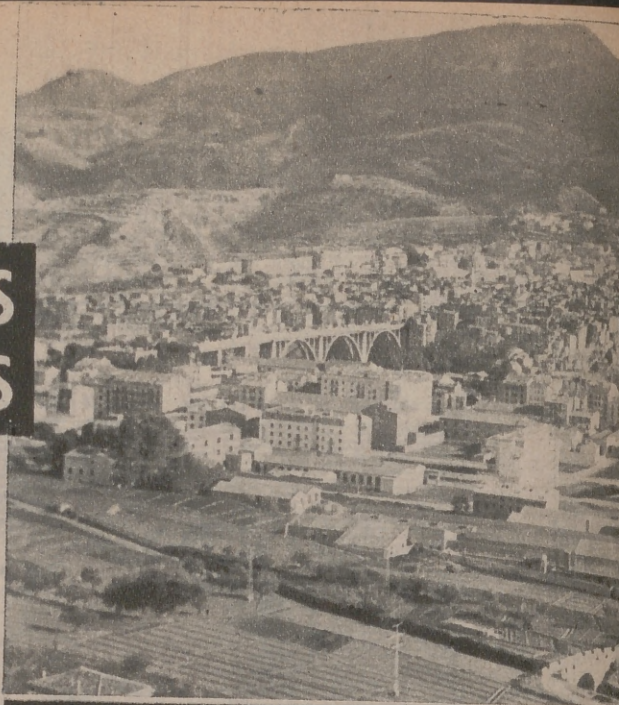
TRANSISTORES DE TELECOMUNICACION • PRODUCTOS FARMACEUTICOS Y QUIMICOS • APARATOS DE MEDIDA • ELECTRICOS Y EQUIPOS DE SOLDADURA • MAQUINARIAS DE CINTA

MOTORES ELÉCTRICOS DE AVIACIÓN • APARATOS PARA SUBMOS • DISCOS • BOMBAS DE ALTA EFICIENCIA • APARATOS DE INTERFONOS • ISOTERMOS RADIATIVOS • RADAR • REPRODUCTORES DE RAJDO Y TELEVISION

ALCOY

LA CIUDAD DE LOS DOS MILAGROS

EL ESFUERZO DE ESTE PUEBLO SE PUEDE CONTEMPLAR EN CUALQUIER MOMENTO



Vista general de Alcoy, la industriosa ciudad ceñida por los brazos de los ríos El Molinar y Barchell



El castillo que se levanta delante de la iglesia para las fiestas

LAS FIESTAS DE MOROS Y CRISTIANOS (22 - 24 DE ABRIL) REVIVEN UNA JORNADA DEL SIGLO XIII



Dos de las comparsas que toman parte en el fabuloso desfile de Moros y Cristianos. En total



25 las asociaciones de festeros

entre inocentes y procaces, que sonrientes, se dicen y escuchan.

Aquí, en esta plaza de Alcoy, hay un ejemplo claro del carácter alcoyano. Si queréis, un ejemplo negativo, de triste recuerdo, pero ejemplo, al fin y al cabo. Esa iglesia nueva del fondo, que, como he dicho, es la de Santa María, desapareció durante la guerra. Pero no de la misma forma que otras muchas de distintos lugares. Alcoy tiene fama—merecida fama—de ciudad laboriosa, de ciudad industrial. Su esfuerzo se puede contemplar en todo momento. Pues bien; en aquellos malos tiempos de revolución, los rojos determinaron que la iglesia les estorbaba. Pero no fué incendiada, sino desmontada piedra a piedra. Esto es, con trabajo. Hasta aquellos hombres, y en aquellos momentos, pensaron que las piedras si no valen para una cosa, valen para otra.

MAQUINAS, FABRICAS Y NUMEROS

Desde esa plaza de España, andando, andando, recorreríamos 114 kilómetros antes de llegar a Valencia y en otra dirección, 395 antes de estar en la Puerta del Sol de Madrid. Desde esta plaza hago mis pequeñas incursiones por Alcoy, la villa que fué ciudad, por la Real Gracia de Isabel II.

En una de mis salidas, recorro las fábricas de Papeleras Reunidas debido a la amabilidad de don Enrique Albornoz. Me acompaña uno de los grandes capitanes de esta industria: don Tomás Ivorra. Las máquinas duermen su sueño dominguero; no obstante, algunas son despertadas para que yo las contemple en pleno funcionamiento. Pisos y pisos; naves y naves. Complicada maquinaria. Fumadores, ¡recordad que el 90 por 100 del papel que usáis en vuestros cigarrillos, sale de aquí! Algunas máquinas llevan en su patente de invención un apellido alcoyano.

Estas fábricas de Alcoy están limpias y cuidadas como los muebles de un hogar. A ciegas, sin conocerlo, se podía suponer para esta ciudad un riesgo: la dictadura de la máquina. Sin embargo, a poco de estar aquí, de recorrer sus grandes instalaciones industriales, nos damos cuenta que el espíritu de estas gentes no ha sufrido la merma que a veces el aparato industrial lleva consigo. Todo lo contrario: nos atrevemos a pensar que su sensibilidad —Alcoy ha dado muy buenos músicos y poetas— al contacto con la máquina, la ha humanizado. De la misma manera que los primitivos jerarquizaron al caballo, haciéndolo entrar en la Historia.

Soy poco amigo de cifras. Sin embargo, debo reconocer que los números, a veces, encierran mejor que cualquier literatura el espíritu y la realidad de un lugar. Por eso, a continuación doy unos datos que representan con más claridad que una historia de mil páginas lo que estos altos números encierran.

PARA ir a Alcoy desde Madrid se pueden elegir diversos procedimientos. Uno de ellos, quizá el más rápido, sea utilizar el enlace ferroviario de Játiva. A pesar de eso, yo aconsejaría a quien allí fuera por primera vez que se llegara hasta Alicante y que cogiese el autobús de línea. Es buena espalda el azul y culto Mediterráneo—más culto cuando en sus orillas tiene palmeras—. Enfilaremos una carretera cuyo primer tramo lleva los nombres más dulces de la topografía española —Santa Faz, Muchamiel, Jijona— y cuyo último trecho se encrespa, se retuerce dramáticamente por el Barranco de la Batalla, apodado nostálgico, cuya grandeza inhóspita nos desnuda el alma de gangas y de ideas postizas. Y después de un recorrido de 54 kilómetros llegamos a Alcoy, una ciudad cercada de puentes. Yo he oído que da suerte atravesarlos. De todas formas, no estoy seguro de ello. Lo que sé a ciencia cierta es que

las más hermosas ciudades del mundo tienen puentes. Los arcos de un puente. Los arcos de un puente forman siempre un garbato poético. Sus ojos son sentimentales y sabios—¡vieron pasar tanta agua!—; pero hay algo más: bajo el puente corren las venas de la vida, su riqueza. Los frutos y las fábricas son consecuencia del agua.

El Molinar y el Barchell cificen a Alcoy como brazos de amante. Luego se unen, formando el Serpis. Sobre el Molinar se alza el airoso viaducto, que allá, por 1901, puso la primera piedra don José Canalejas.

EL CORAZON DE ALCOY

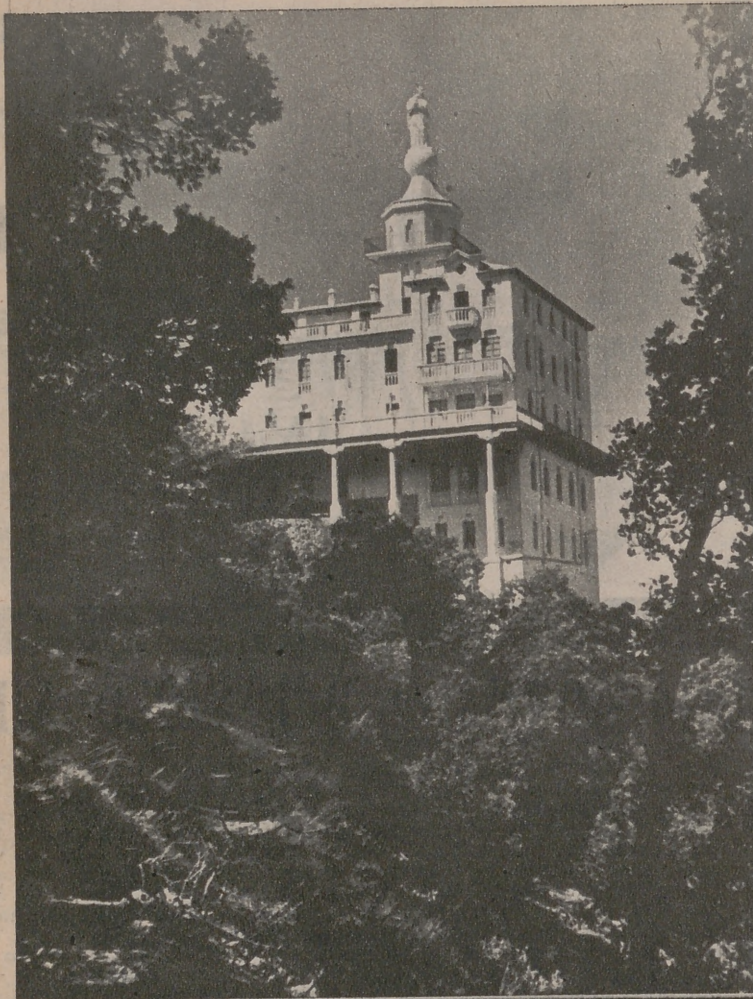
Adentrándonos por las calles, pronto llegamos a la plaza de España. En uno de sus laterales, el Ayuntamiento; al fondo, la parroquia de Santa María. Nos encontramos en el corazón de Alcoy, ese corazón jubiloso de las fiestas,

solitario en las horas de trabajo, durante la oscura noche de nuestra guerra.

Cuando yo era pequeño soñaba con tener un raro oficio, poco frecuente en la ilusoria ambición de los niños: «ordenador de títulos». Significaba un puesto con atributos para dar nombre a ciertas cosas que yo creía que no la tenían o para cambiar aquellos que me parecían feos. Si yo hubiera alcanzado ese sueño, hoy a todas las plazas Mayores de España las pondría el mismo nombre, ese precisamente: plaza de España, pues nuestro país, reducido a esquema, es un conjunto de plazas con arcos, con piedras más o menos antiguas, con diálogos de preocupaciones locales y con algo más; con algo prodigioso, con lo que aun no tiene precio, con lo que se hace de balde y es un goce para sus protagonistas: con las mozas y los mozos charlando castamente ante los ojos de todos, de esas cosas,



Esta fotografía de la avenida del Generalísimo nos da buena idea de la moderna urbanización de Alcoy



«Fuente Roja», un paradisíaco lugar habilitado para hotel ante la afluencia de forasteros que, cada año en mayor cantidad, acuden a Alcoy

La población de Alcoy no llega a los 50.000 habitantes y, sin embargo la matrícula de su Instituto Nacional de Enseñanza Media, pasa de los 2.000 alumnos dato que pregona bien a las claras su espíritu cultural. Ahora vamos con la industria. Las Empresas dedicadas a tejidos, géneros de punto, hilados, trapos, tintes textiles, regenerados de lana y algodón, suman 364. A la metalurgia y similares hay dedicadas 106. Al papel, 10. A la artesanía textil, 139. Si sumamos a estas cifras otras de varias especialidades y de pequeñas industrias, rondará un total de 1.016 Empresas, en las que trabajan 17.695 obreros. Añadamos que Alcoy satisface al año una cuota sindical de 3.000.000 de pesetas.

Más representativa es aún la relación que transcribo, de la cual los alcoyanos deben estar muy satisfechos, pues constituye un índice de su capacidad de producción. Cogiendo como base uno de los últimos años, comparemos la tributación general de España y la que proporcionalmente se satisface en Alcoy:

Presupuesto nacional de España: 26.000.000.000.
 Habitantes: 29.000.000.
 Coeficiente tributario: 896.
 Tributación de Alcoy al Estado: 125.000.000.
 Habitantes: 45.869.
 Coeficiente tributario: 2.725,15.

Diferencia de coeficientes: 2.725,15 — 896 = 1.829,15 pesetas.

Exceso de tributación de Alcoy sobre promedio nacional: 1.829,15 × 45.869 habitantes = 83.901.231,35 pesetas.

UNA CIUDAD CON DOS HEROES

Alcoy tiene dos héroes: uno, histórico de carne y hueso: mosen Torregrosa, el que supo aunar el esfuerzo de los alcoyanos, en defensa de su fe y de sus hogares. Aquel hecho de armas ocurrió en abril de 1276. Gobernaba estas tierras cristianas Jaime I el Conquistador, cuando Alcoy fué atacado por las tropas moras, acaudilladas por Al-Azraq.

El otro héroe de Alcoy, es un héroe de dibujo celestial. Cuenta la Historia que con motivo de esta batalla que señalábamos, San Jorge, en el momento crítico de la lucha, se apareció tras una nube cegadora, montado en brío y blanco corcel, sembrando la confusión en las filas moras, dirimiendo la contienda a favor de los cristianos. Quiero subrayar la calidad de héroe que, para los alcoyanos tiene San Jorge, aquel Santo que en vida fué primero oficial de armas del Emperador de Roma y más tarde mártir de Cristo. Yo le he visto desfilar por las calles de la población sobre su encrespado caballo, arrojando flechas a los infieles —postura de

héroe— y he oído las ovaciones —ovaciones al héroe— que la gente, enardecida, le dedicaba.

EL PEREGRINO PENITENTE

En la iglesia del Patrono de Alcoy está enterrado Casimiro Barelo, penitente que vino a morir a esta ciudad. Es una bella historia que voy a transcribiros. A mí me la contó, con su estilo nervioso y agudo de antiguo y buen periodista, el vicario de San Jorge, don José Botella.

En los últimos días de febrero de 1864 entró por las calles de la ciudad este extraño y luminoso personaje. Barelo era un peregrino italiano que había recorrido las naciones latinas, dando ejemplo de acendrada fe y religiosidad. Casimiro había nacido en Cavagnolo y allí, un buen día, dejó a su familia y novia, para recorrer el mundo en constante peregrinar. Caminaba descalzo y su único alimento lo constituían mendrugos de pan duro. Apenas habían transcurrido dos semanas desde su llegada, cuando el 9 de marzo murió, atendido por fervorosos alcoyanos, a quienes su historia había fortalecido con el ejemplo más completo de las tres virtudes teológicas.

Es curioso que sea precisamente en Alcoy donde se apagará aquella luminaria, encendida un día lejano en tierras de Italia, dando fin a una historia, en pleno desmelenamiento romántico, que tantos malos ejemplos de pasión insana produjo. ¡Qué bella estampa la de este peregrino, protagonista de un romanticismo religioso, muriendo en Alcoy, en una hoguera de amor de Dios.

LA CIUDAD META

Alcoy tiene su ventaja o su inconveniente: depende de cómo se mire. Para mí indudablemente, es una ventaja. Alcoy es una ciudad meta; una ciudad final de trayecto. Quiero decir, que no es necesario pasar por ella para ir a otro sitio. Me gusta este tipo de ciudades en que para conocerlas es necesario el deseo de querer hacerlo. Las gentes aquí andan por las calles como si lo hicieran por su propio huerto o por su propio jardín. No tienen el aire indeciso de los viajeros. Son gentes en su casa. Quizá por eso, Alcoy me parezca recatada y honesta donde los unos se conocen a los otros y se respetan. Las ciudades de paso tienen un aire distinto; un aire frívolo cuando no amoroso, pues la gente es más propicia a ser bravucona e impúdica, donde se siente viajera, donde no tienen raíces. Además, en esas ciudades, un aliento de improvisación lo rodea todo. Aquí, no. Aquí es justamente lo contrario. Estas fiestas que voy a tratar de relataros —sé lo difícil que es cortar lo que eminentemente tiene calidades plásticas— no tiene nada de improvisado. Todo está medido y contrastado de antemano. De ello se encarga, con celo y cariño singulares, la Asociación de San Jorge.

PREPARANDO LAS FIESTAS

El suponer que esta Asociación es un Comité que funciona exclusivamente durante las fiestas, es

no conocer la grandiosidad de éstas. Cuando vi su envergadura, la riqueza que en ellas se pone en juego la disciplina y ese cúmulo de belleza y de gracia que forman su trenza mágica, me imaginé que tras aquello, alguien había trabajado denodadamente. Y así es. A la Asociación pertenecen todos los festeros y funciona los doce meses del año, durante los cuales se van perfilando los más mínimos detalles.

Los 52 domingos del año se reúnen los festeros en su comparsa respectiva y la falta de asistencia, es sancionada con una pequeña multa, disciplina necesaria que en abril da su esplendoroso fruto. Sobre las comparsas existe una especie de Estado Mayor, formado por delegados de cada una, autoridades y personalidades de la ciudad, que es el encargado de laborar pacientemente el programa que tendrá vigencia cada año.

MOROS Y CRISTIANOS

Las Fiestas de Moros y Cristianos comprenden siempre los días 22, 23 y 24 de abril, a excepción de aquellos años en que la Semana Santa coincide con esas fechas. El pregón o proclamación oficial de las Fiestas, se efectúa el Domingo de Resurrección con el acto llamado la Gloria. Abre marcha un escuadrón de clarines, los heraldos de la ciudad y un festero de cada una de las 25 comparsas. Esta comitiva, al son de la música, recorre las calles más importantes.

Las fiestas en sí, se inician el 21, con la del Pasodoble, que consiste en el desfile de las 25 bandas de música, que van a intervenir en los días sucesivos en las «entradas». Después, los festeros se reúnen en una cena de confraternidad, acto muy típico que se denomina «Nit de l'olla». Si alguien me pidiera que pusiera un ejemplo de camaradería limpia y entrañable, sin duda alguna diría que esta cena. Agradezco mucho que el Alcalde, Enrique Oltra Moltó, me invitara a la comparsa de Abencerrajes. Allí, en torno a una mesa bien surtida, cuyo principal plato fué la famosa olla, vi al ingeniero y al obrero al patrón y al técnico, hablando con esa naturalidad que es chorro de agua limpia, de todo lo divino y lo humano.

Después de la cena iba a decir que desfiló la comparsa pero debo escribir desfilamos, ya que fui empujado a ello. Poniendo la verdad en las cuartillas, confesaré que al principio me dió bastante vergüenza ser un actor más en aquel ensayo general, pero luego el rubor me desapareció e incluíso llegué a creerlo el acto más natural del mundo: marcar el paso bajo la luna, por la plaza de España.

Enrique Oltra, ese Alcalde joven, inteligente y activo, representación innata de las virtudes que tradicionalmente corresponden a los Alcaldes de Celtiberia, me contó, para que mi modestia fuera mayor y el hecho de desfilarse insignificante, que personajes importantes habían desfilado por estas calles en una noche parecida. (Creo recordar los nombres de don Miguel Primo de Rivera, de don Federico Mayo, siendo director del Instituto Nacional de la Vivienda, y de don Francisco Sintes, siendo director general de Ar-

Las fiestas de Alcoy destacan por el buen gusto y la riqueza de los desfiles

chivos y Bibliotecas) Yo pienso ahora que quien desfila por un pueblo, en la paz o en la guerra, lo recordará para siempre.

Al día siguiente, con el alba, suena el Himno Nacional. Las campanas de todas las parroquias, echadas al vuelo, mientras se izaba el estandarte cristiano en la torre del castillo.

Este castillo no crean que es de verdad y entre riscos alzado. Pero, aunque no lo sea, se le parece mucho. Se instala todos los años en la plaza de España y es como el núcleo central de las fiestas. Después de rezar el sargento cristiano el avemaría, es tocada lo que se llama la primera diana por las veinticinco bandas de música.

LAS ENTRADAS

A las diez hacen su entrada las comparsas del bando cristiano. Este desfile es de una brillantez, extraordinaria y de una plasticidad singular. Comienza la diligencia con que los alcoyanos acudieron en defensa de la villa, concentrando las fuerzas de las aldeas próximas. A esa misma hora el representante del entonces alcalde de la villa se dirige desde la fortaleza, con su séquito, a esperar al capitán, al que le entrega las llaves del castillo. Entonces éste se apea delante de la iglesia de San Jorge, siendo recibido por Mosén Torregrosa, con quien entra en el templo para pedir a San Jorge el triunfo de sus armas. Por la tarde las fuernas m a hometanas hacen su entrada, simbolizando el sitio puesto a la villa por las



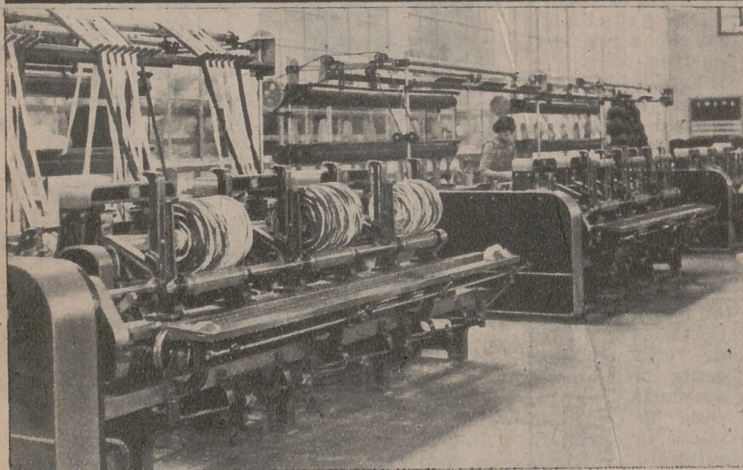
fuerzas de Al-Azraq. En esta entrada se conjugan propiedad, riqueza y pintoresquismo. Escuadras de esclavos negros, prisioneros cristianos, carrozas, jinetes... Para dar una idea aproximada del gigantismo de estos actos, diremos que en ellos intervienen



Toda la ciudad está representada en las comparsas, que casi siempre son asoci-



Chimeneas y talleres, en modernos edificios industriales, proclaman la pujanza de la industria alcoyana



el sitio puesto a la villa por las unos dos mil festeros, que cada traje cuesta, como mínimo, dos mil pesetas; que los gastos totales de las fiestas se elevan a la redondez global de dos millones, que en las entradas se utilizan unos trescientos caballos, los camellos que han podido ser contratados y, según me han contado, algunos años desfilaron incluso elefantes.

Yo contemplé las entradas desde la pina calle de San Nicolás, y puedo asegurar que ante mis ojos pasó durante horas el espectáculo más bello que la imaginación del hombre ha sabido crear por lealtad a su orgulloso recuerdo.

Los alcoyanos aquel día me hicieron vivir intensamente una jornada del siglo XIII. Todo en aquellos desfile sonaba a una autenticidad sorprendente. Los nombres de las comparsas cristianas eran: andaluces, asturianos, cides, labradores, guzmanes, vascos, mozarabes, astures, navarros, tomasinas, montañeses y cruzados. Unos nombres con definidísimo sabor a historia. Otros, guardadores del misterio de un pueblo. Nombres de motivación real y nombres de oscura y mágica raíz.

Las comparsas del bando moro se llamaban: llana, judíos, domingomiques, chano, verde, magenta, cordón, ligeros, mudéjares, abencerrajes, marraquex realistas y berberiscos. También en ellas, como habréis visto, títulos de un claro y rotundo porque sí, y otras de un porque sí localista, tal vez más sabio y entrañable.

En la mañana del día 23 fue trasladado San Jorge, desde su iglesia, a la parroquia de Santa María. Aquí se celebró la misa mayor, durante la cual oí cantar el emocionado «Wali», del músico alcoyano Espi.

Este fue un día podríamos decir de descanso si lo comparamos con el precedente y con el que sigue, el 24, en el que se iba a celebrar el simulacro de la batalla que entonces se libró frente al portillo de San Marcos.

LA BATALLA

Disparando los arcabuces en un fuego incesante, las comparsas se despliegan en guerrilla por las calles de la población. A las diez cesó el fuego y se posesionaron del castillo el capitán y el alférez cristianos—personajes que cada año se eligen por riguroso orden entre las comparsas—, verificándose a continuación lo que se llama «la estafeta». Uno de los oficiales moros, montado a caballo, llega hasta la plaza y exige la rendición de la fortaleza. El caudillo cristiano rechaza la pretensión. Concedido el parlamento y llegadas las fuerzas moras cerca del castillo se verifica la embajada del moro, bello romance de autor anónimo que suena en el ámbito de la plaza con la rotunda fuerza de nuestro mejor teatro clásico. Terminado el parlamento se celebra la batalla denominada alardo, que finaliza con el asalto y la victoria del ejército moro, que ocupa el castillo, izando en sus almenas la verde bandera de la media luna.

Por la tarde se realizó lo mis-

mo, pero al revés: «la estafeta» y la embajada fueron del cristiano, seguidas de otras batallas, que ahora es adversa al bando moro, al que se arroja de la fortaleza, izándose en la misma, de nuevo, la enseña de la cruz.

Y a las nueve en punto de la noche, a los acordes del Himno Nacional, interpretado por todas las bandas de música que han intervenido en las fiestas, tiene lugar la aparición de San Jorge sobre las almenas del castillo, entre nubes de incienso y luces multicolores. Este momento es de una gran emoción y en él llega el fervor de los alcoyanos a su grado máximo. La plaza de España y las calles adyacentes estaban ocupadas totalmente por la multitud, que aplaudían la representación del milagro.

San Jorge es interpretado anualmente por un niño. Su traje es costoso, hasta el extremo que los organizadores permiten que el mismo niño represente dos años seguidos el papel. Es digno de ser reseñado el caso de don Adolfo Bernabéu, que después de representar su hijo un año a San Jorge, al siguiente le cedió el honor al hijo de uno de los obreros de su fábrica.

Para dar una idea en cifras del realismo de la batalla que en este día se celebra, diré que en ella intervienen setecientos arcabuces, que se utilizan unos dos mil kilos de pólvora y que suenan más de setecientos mil disparos.

Este ha sido el relato desnudo de unas fiestas que por lo singulares y la fuerte personalidad de sus protagonistas figuran a la cabeza de las fiestas de España. Su esplendor corre parejo de su antigüedad, ya que parten del año 1284, en que con ocasión del paso por Alcoy del Rey Pedro I de Valencia y II de Aragón los alcoyanos, presididos por Mosén Torregrosa, acordaron celebrar con simulacros y festejos la conmemoración de la batalla que había tenido lugar seis años antes.

Desde entonces hasta hoy ha llovido mucho sobre la tierra y sobre la frente de los hombres; pero ese tiempo no sólo no ha logrado borrar el recuerdo de los alcoyanos, sino que lo ha hecho más vivo, más fertilizador, hasta lograr darnos este espectáculo perfecto de grandiosidad, de belleza y de gracia.

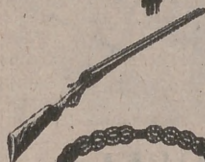
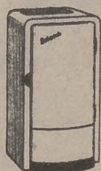
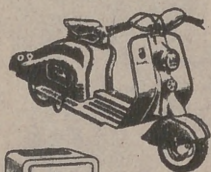
EL OTRO MILAGRO

Este año, dado que la afluencia de forasteros ha ido creciendo, se ha habilitado el hocel de la Fuente Roja, ese paraje virginal que tanto recuerda a un paraíso sin pecado.

Ahí precisamente, en la Fuente Roja, se realizó el otro milagro. Y si el de San Jorge es el milagro épico de un siglo de luchas, en la paz de 1653 donde ahora está el santuario, sobre el bulbo de los lirios, apareció erabada la imagen de la Inmaculada, adelantándose en dos siglos a la proclamación del Dogma.

Este es el otro milagro alcoyano, su milagro lírico. Alcoy, ¡bien tranquila puedes dormir guardada por dos milagros!...

Vicente CARREDANO



Y
10.000
pesetas
en efectivo.

brandy

SOBERANO

del que solo cabe decir:

¡grato aroma!
¡qué color!
¡grados justos!
¡buen sabor!
¡viejo origen!
¡sí, señor!
eso es el SOBERANO
de los coñacs, ¡el mejor!



Y además... este noble Brandy le obsequia con su gran QUINIELA SOBERANO, que consiste en un boleto que usted deberá rellenar, escribiendo el nombre de los premios que todas las semanas se ponen en juego, en el orden que prefiera, y comprobar si acertó o no cada semana escuchando la emisión de los viernes, a las 11,30 de la noche, de la Cadena de Emisoras de la S. E. R., o por la Prensa de su localidad

Con cada botella 30 boletos y por cada copa un boleto. Los premios semanales son: una MOTO Scooter Lambreta - Un FRIGORIFICO Edesa Un VIAJE a París por once días, dos personas, con Viajes Meliá - Una PULSERA de oro, de Villanueva y Laiseca - Una ESCOPETA de Casa Ugartechea - Una RADIO con pick-up Philips Un MUEBLE BAR Alfa y 10.000 pesetas en metálico, a repartir entre los acertantes no agraciados con los premios anteriores

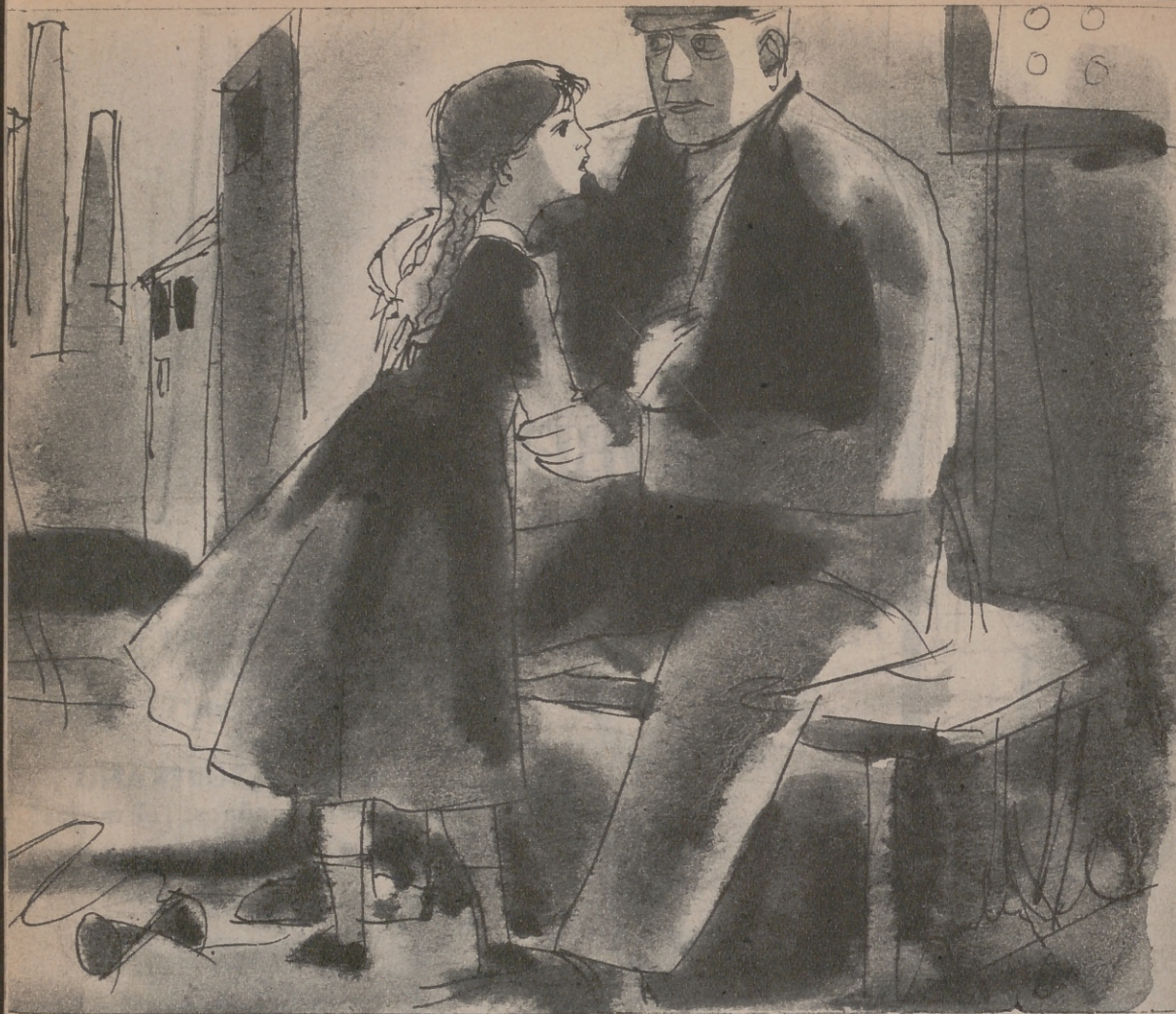
La QUINIELA SOBERANO es ya famosa en toda España

GONZALEZ BYASS

Escuche todos los viernes, a las 11,30 de la noche, el gran programa de González Byass, por Radio Madrid



"HARGO" PUBLICIDAD



LA JOROBA

NOVELA
POR
NOEL CLARASO

NADIE ha escrito jamás esta historia. No se puede escribir. Se han hecho varios intentos y se ha fracasado siempre. Acaso porque en la historia es mentira todo desde el principio hasta el fin. Con una sola verdad pequeña se puede escribir una historia grande y larga, como la de cualquier hombre o la de cualquier país. Sin ninguna verdad, sólo se puede esperar; no en vano, tal vez, pero sí en lo incierto. Esto es lo que hacemos todos, y tú, lector, más claramente, si has leído hasta aquí.

NO se me puede discutir el derecho a dar, a cualquier cosa que escribo, cualquier forma que se me antoje. Y si alguien me lo discute, perderá la paciencia y el tiempo. Mi lema de esta noche es «desendurecer la acción y la tesis, impregnándolas de una atmósfera de poesía que les aumente la calidad estética y les preste alcornia de símbolos perdurables». La de mañana será la que el milagro quiera. Nosotros, los escritores, vivimos de milagro.

Tomo los problemas reales del mundo que me rodea. El otro, si existe, no me importa. Los envuelvo en humos de irrealidad y de poesía, los toco de misterio y les doy así resonancia de caracolas de mar, que en todas las playas del mundo suenan igual.

Creo en lo real y creo en el cuento. Y sé que la fusión de lo real y lo misterioso, de lo cotidiano y lo inefable, es el horno donde se cuece la más universal de las literaturas. Y tiende a la universalidad, porque hace frío y me apetece el calor del horno.

Y ahora, lector, antes de empezar, te revelaré un secreto. Si no te aprovecha, te auguro un brillante porvenir: el mundo al revés es el único que tiene sentido. El lenguaje, los gestos y las formas del mundo actual no están en armonía con el orden del Universo. Vivimos sumergidos en pleno absurdo, en pleno reinado de lo irrisorio. La vieja significación del mundo ha muerto y es preciso buscar lo esencial por el camino de la irrealidad.

¿Crees que es fácil proyectar un poco de nuestro universo interior sobre la página blanca? Si lo

crees, bendita sea tu fe. Si no lo crees, trata de creer otra cosa, porque el alma sin fe se siente incómoda y en disposición de admitir como verdades las más descabelladas tonterías.

Mini tenía una historia casi ensangrentada. Nadie supo toda la historia de Mini. Ella, sí. Y en esto Mini era un ser distinto de los demás. Los que la trataron supieron que no era posible llegar hasta ella. Y, sin embargo, todos la querían, porque Mini era, por imposición de su naturaleza, un ser amable.

Quiero que el lector sepa toda la historia de Mini. Pablo, el protagonista de este cuento, de quien se hablará cuando sea tiempo, no la supo. Otras veces es el lector quien no sabe nada y lo espera todo del libro. Aquí el lector será el único que lo sepa todo. Paso a paso, es claro. Y lo ha de saber, porque si no lo supiera no comprendería, y todo mi trabajo habría sido inútil.

Mini nació pobre, en una casita fea, junto a una fábrica grande. Su padre era el encargado de la fábrica. Su madre, una vecina que murió poco tiempo después de dar a luz. Mini, desde que viro al mundo, fué distinta de cuantos la rodearon e hizo siempre una cosa distinta de la que ellos esperaban que hiciera. ¡Pobrecita Mini!

Rompió a hablar con la palabra «azul». Creció, más que bonita, insuperable. Todo era exquisito en ella: los ojos, la voz... Su padre la miraba en silencio, se rascaba la cabeza y mascaba a la vez la duda y el cigarro. Mini nunca quería salir a la

calle, ni ver a nadie, ni saber nada de nada. Todas las mocitas de su edad ganaban el pan con el sudor de sus frentes. Ella, no. Al cerrar la noche dolían los ojos de tanto mirar el lucero de la tarde. Y al abrir la mañana le dolían los sueños de ser tantos en su pequeño cielo, como eran las estrellas en el cielo grande.

Un día la vió el dueño de la fábrica. Era un hombre en plena madurez, emprendedor y decidido. Mini tenía entonces dieciséis años. El dueño de la fábrica cuarenta y cinco. Le llevaba, sacada la cuenta, veintinueve. Mini estaba sola en el pequeño jardín de la fábrica, puesta toda su atención en algo que sólo ella era capaz de ver.

—¿Quién es?

—Mi hija.

—No.

El encargado dijo que sí, que era su hija a pesar de todo. El dueño de la fábrica habló a solas con Mini. Ella nunca le contestó. Le miraba y se esforzaba en pensar en otra cosa.

—Me llamo Baltasar y lo tengo todo menos mujer. ¿Te quieres casar conmigo?

Mini nunca dijo que sí. Una voz, como un acericillo lejano, le decía por dentro: «No puedes comprometer tu corazón.» No le salió así la única vez que habló; que jamás las verdades se dicen igual que nos suenan por dentro.

—No puedo amar a este señor.

No podía. El encargado de la fábrica repitió la misma idea a Baltasar, con otras palabras:

—Mi hija es muy niña para un hombre tan hecho.

—No importa. Su corazón despertará con el tiempo y yo estaré allí.

Sucedieron muchas cosas en pocos meses, y Mini, una tarde, se encontró mujer de Baltasar, en una casa grande y rica, con vestidos, criados y coches, dueña de todo y con el implacable deber de hacerse digna de todo. Lo supo hacer por instinto, y a los diecinueve años era tan soberbia señora como la que más. Con dinero, silencio y un alma fuera de serie no es tan difícil como a primera vista parece.

Un día se cumplió el presagio de Baltasar y el corazón de Mini despertó. Ella estaba, entonces, en plena juventud resplandeciente. Despertó en manos de otro hombre que le supo hacer el último sueño; un hombre también un poco fuera de serie, aunque en otro sentido, que se llamaba simplemente José, sabía música y no decía nada que tuviera sentido común. Un hombre hecho todo él para ser añado, sobre todo por fuera.

Baltasar andaba metido en nuevas empresas arriesgadas y apenas le quedaba tiempo para su mujer. Le acariciaba el rostro, le miraba los ojos y era feliz. Sólo le pedía la presencia en la casa, allí, a cualquier hora. Y el cuerpo siempre y el alma nunca. Existen hombres que tratan así a sus mujeres magníficas, como si ellas estuvieran vacías por dentro.

José veía a Mini con frecuencia, en todas partes, a todas horas. Nada le impedía hablar con ella. Día tras día la bañaba en el aire venenoso de las palabras sin sentido y le decía una y otra vez:

—No puedo vivir sin ti. Te espero siempre... Quiero que lo sepas... Cuando sea que lo decidas me encontrarás dispuesto.

Mini se negaba obstinadamente a obedecer el impulso de su corazón. Se pegaba a Baltasar y le decía:

—Llévame contigo siempre.

—¿Por qué?

—Tengo miedo.

—No seas niña.

No la llevó. Se ausentó una vez sin ella, y otra, y otra... Ni le arrancó palabras que estuvieran a punto de nacer. No quiso admitir ni la sombra de una idea nueva en su cabeza tan clara de hombre de negocios.

Un día, Mini recibió un regalo: una llavecita de oro. Con una carta escrita, al parecer, sin miedo: «Esta es la llave de mi casa. Vivo esperando oír el ruido de la puerta que se abre.»

Y otro día, Mini sucumbió. Puso todas sus otras fuerzas contra el amor y la venció el amor. Verídica ya, rogó a Baltasar que la llevara lejos, por mucho tiempo, con él. Y Baltasar, que no podía quitar un minuto a los negocios, le dijo lo de tantas veces:

—No seas niña...

La misma tarde, Mini salió de su casa. Sin nada más que el vestido más simple. No quiso llevar nada. Sólo, en el hueco de la mano, la llavecita

de oro. Llegó a la casa que sólo conocía de lejos. Antes de abrir miró el espacio, hacia donde estuvo su otra vida, y murmuró apenas una palabra de adiós: todo lo que le había pertenecido. Abrió la puerta y entró. Conocía la distribución de la casa de tantas veces como José se la había explicado. Abrió otra puerta y se detuvo en el umbral de la tercera. Allí estaba José—para qué decir cómo—con otra mujer.

Ninguna palabra salió de la boca de Mini. Ni vió a José, que trataba de impedirle el paso hacia fuera. Ni le oyó la voz, ni le sintió las manos. José había dejado de ser para ella un hombre vivo de carne y hueso. Y en la calle otra vez, sin la llavecita de oro, se vió a sí misma pecadora, abierta e inheridas incicatrizable, derrumbada la paz convertida la claridad de la risa en tenebroso llanto. Ni ella supo cómo, se encontró dentro de una iglesia, en manos de un cura viejo ciego. Y allí confesó el pecado que no había llegado a cometer.

Pidió consejo y le recibió bueno. Pero no le bastó. La culpa, para ella, estaba toda entera dentro y necesitaba expiarla toda para sentir que podía merecer el perdón.

—No podría vivir con él así si él no me perdona.

—No puede perdonarte si no sabe nada.

—Le contaré todo y, si no me perdona, me irá. Merezco que no me perdone jamás.

Vacío de amor el corazón, oía los latidos en hueco, como las horas de un reloj misterioso. El cura aprobó su decisión y le bendijo. Y Mini anduvo lentamente hacia su casa. Sólo pensaba todo lo que diría y cómo lo diría todo. Ni una sola vez pensó las consecuencias. Sentía, como una asfixia, la absoluta necesidad de la presencia de Baltasar, y de la voz de Baltasar, y de las manos de Baltasar.

No advirtió que había mucha gente en la casa. Señores desconocidos le tomaron, las manos y le decían cosas absurdas. Leoncía, la vieja criada de Baltasar, al abrazarla, le llenó el cuello de lágrimas calientes.

La llevaron a la habitación. Allí, en la cama, todavía sucio de sangre, estaba Baltasar muerto. Un trozo de una caldera que estalló en la fábrica le había partido el pecho.

Mini tardó días en recobrar todo el sentido. Tardó meses en pronunciar la primera palabra. Dijo «azul» una mañana, después de mirar el cielo mucho rato. Tardó años en tratar a la gente... Un día sintió a lo largo de todo el cuerpo el deseo de sol, de aire húmedo y de agua fría. Algo en ella estaba resucitando. Abrió el balcón y estuvo mucho rato mirando el espacio, a lo lejos.

Tenía veintitrés años cuando tomó en alquiler la casa de Boronia llamada «Villa Maga». Para estar más al sol, para respirar más aire húmedo, para bañarse en el mar... Sentía renacer una nueva vida en ella y necesitaba rodearse de un paisaje nuevo. En Boronia sólo se supo, al principio, que una forastera joven y hermosa, con una criada virja por toda compañía, se había establecido en «Villa Maga», una de las casas de la pequeña ciudad que se alquilaban con muebles.

Boronia era una pequeña ciudad junto al mar. Su nombre «Boronia» conserva la belleza de los esfuerzos primaverales que todos apreciamos fuera y sentimos dentro. Boronia tomó su nombre del maíz y del pan de trigo y de maíz, y de las migajas calientes de toda suerte de pan. De boronia, que es mijo, maíz, pan y migaja, se hizo Boronia, que fue una pequeña ciudad creada por un sueño.

Boronia no existe. Tampoco existe Mini, ni existe Pablo. Todo son imágenes nacidas al milagro de la fantasía. Cuando terminemos de soñar soñaremos sobre ellas, y las formas de contornos inciertos que flotan en el aire recuperarán la pérdida transparente.

Mini, en Boronia, llamó la atención a los hombres y despertó la envidia de las mujeres. Muchos la amaron, los más tímidos le escribieron poemas y los más atrevidos la esperaron en la calle para contarle su amor. Como si el amor se pudiera contar. Todos fracasaron, y Mini apenas se dió cuenta de ellos.

Había en la pequeña ciudad un hombre excepcional que se llamaba Pablo. Le hablaron mucho de Mini antes de que tuviera ocasión de conocerla. Tanto le hablaron, que antes de verla la cara y oírle la voz ya la empezó a querer. Así tomó la costumbre de pensar en ella sin conocerla y hasta de referirse a ella, y en todo Boronia nació un

aire favorable a la aventura de amor. Decía la gente:

—Amará a Pablo cuando le conozca. Seguro.

Todas las mujeres habían amado a Pablo y él lo sabía. No correspondió a ninguna porque tenía alma de héroe, y su pequeño destino era ser amado sin amar jamás. Pero Mini era una mujer única, si no en el mundo, en Boronia. No se supo si Pablo la amaría de veras, porque esto la gente no lo sabe jamás, pero se temió que hiciera todo lo posible para conquistarla, satisfaciendo así su instinto de elegido y en honor del buen nombre de la pequeña ciudad.

Se conocieron una mañana en la playa. Mini bajaba a la playa muy de vez en cuando. Y en seguida corría la voz. Una mañana corrió hasta los oídos de Pablo:

—¡Está sola en la playa!

Pablo acudió a cumplir su misión sin titubeos. Tenía confianza ciega en sí mismo y desconocía el fracaso. No le importó que otros le acompañaran. Sabía que los destinos se cumplen siempre y consideraba que la posesión de Mini sólo era cuestión de tiempo.

Sobre la arena, un albornoz, un sombrero, las zapatillas, una toalla, las gafas de cristales oscuros... Mini estaba en el agua sola. Nadaba bien, despacito. Pablo y los otros que le acompañaban la vieron desde la orilla. Esperaron allí, sin atreverse a hacer ningún comentario que explicara la situación.

Pasó un tiempo. Mini se acercó nadando a la orilla. Se irguió al hacer pie. Se sacudió el agua del cabello, se frotó el rostro y los brazos. No miró a los hombres que la esperaban, como si no los hubiese visto. Pablo dió una orden breve:

—¡Vosotros, quietos!

Y avanzó solemne y fabuloso hacia la orilla del mar. Allí coincidió con la mujer. Quedó sobrecogido al verla de cerca, tan impresionantemente bella. Le pareció muy niña y muy hondamente mujer el mismo tiempo. Pablo, a pesar de su copiosa experiencia, titubeó al empezar. Simplemente, dijo:

—Buenos días.

Mini le miró el rostro sin inmutarse. Pablo conocía cómo se iluminaban los ojos de las mujeres que le miraban el rostro. De aquella luz retentiva tenía el suyo resplandeciente. Pero en los ojos de Mini sólo descubrió indiferencia. Ni tan siquiera la natural sorpresa.

—¿Quién es usted?

Pablo, sorprendido por la llaneza de la pregunta, dijo simplemente un nombre y un apellido, los suyos. No se le ocurrió otra cosa. Mini dejó de prestarle atención.

—No le conozco.

—Lo sé.

—¿Qué quiere de mí?

Pablo recobró apenas una pequeña parte del aplomo que tanto éxito le había valido en otras ocasiones, entreabrió la boca en una sonrisa atrevida y soltó la voz. Es un arma blanca la voz. Pablo lo sabía y esgrimió la suya:

—Todo. Mi deseo desde ahora sólo tiene una forma: tú.

—¿Por qué me tutea sin conocerme?

—Nunca he sabido hablar de otra forma a las mujeres a quienes he de amar inevitablemente.

Mini sólo hizo una pregunta rápida y seca, en voz alta casi en un grito:

—¿Es tonto?

Cruzó aprisa la playa hasta sus cosas, se calzó las zapatillas, se cubrió con el albornoz y echó a andar, huída, sin volver la cabeza.

Pablo ni se atrevió a dar la cara a sus amigos. Puso gesto de atleta y echó a correr por la playa, como si disputara los 100 metros con su sombra. Se sentía humillado e inútil. Se detuvo lejos y trató de descansar al sol. Pero su agitación angustiosa no cedió ni un punto. Una mujer le había despreciado. Ni tanto; ni le había mirado, ni visto siquiera. Y Pablo sabía—esta es una verdad que los hombres saben de golpe y en seguida—que había conocido a la única mujer a quien podía de veras amar con toda su capacidad sentimental.

La noche cogió a Pablo camino del bar. Los que le veían pasar le compadecían todos. Ya la historia de lo ocurrido estaba dando las siete vueltas a la pequeña ciudad. Y a nadie sorprendió que Pablo pidiera de beber fuerte, ni que pidiera más y más, hasta que perdió la noción de la realidad, se hartó de disparatar y de cantar, y a última hora se durmió de bruces sobre la mesa. Sus amigos le llevaron en volandas a su casa.

Así empezó la tragedia. Pablo trató de convertirse en la sombra de Mini. No lo consiguió, porque ella no se dejaba ver. Pablo llamó a «Villa Maga» decidido a todo, hasta a implorar. Nunca le abrieron las puertas. Pablo escribió una carta tras otra. Se las devolvieron todas sin abrir. La pasión, con el tiempo, en vez de desvanecerse, crecía. Y una noche Pablo, en el bar, anunció a sus amigos.

—La vida ha dejado de tener sentido para mí. Huelo la muerte en el aire...

Asustaba verle. Se temía que pudiera ocurrir una desgracia. Todos pensaban que Pablo merecía otro trato de más favor, y Mini fué perdiendo la estima de forastera distinguida en que la tenía Boronia. Sólo los viejos sesudos alegaban en defensa de ella que la mujer, en los países civilizados, es libre de disponer de su corazón. Eso ya lo sabíamos, aunque en el fondo sea una tontería.

Un día Mini recibió una carta. No había remittente y no la pudo devolver. La abrió por simple curiosidad. Después del primer párrafo salió al jardín y la terminó de leer allí, sentada en el césped. Le gustaba el frescor y el olor de la hierba, que le hacían pensar las cosas mejor y verlas más bonitas.

«Señora de «Villa Maga»: Lo pongo así porque no le conozco el nombre. La gente, que todo lo comenta, habla de usted. Dicen que vive siempre sola, en una decidida soledad, encerrada en su casa la mayor parte del día, acaso encerrada también en sí misma. Todos pensarían que así no puede ser feliz, y a todos, aunque no la concierne, les daría mucha pena.

«A mí también... Pero yo no puedo decir a nadie este sentimiento, porque otra soledad, mas irremediable que la suya, me impide el tra-o con los hombres. Soy un ser desgraciado. Fatalmente, porque mi cuerpo lo es, con una joraba que lo deforma y que sólo puede ser la burla de mi prójimo. Me insulta ser compadecido y sólo encuentro fría compasión a mí alrededor. Sé ahora que tiene más frío la compasión que la indiferencia, sobre todo cuando es para siempre, sin término posible. Y esto es lo peor de todo: que ha de ser siempre así hasta el último día.

«Yo nunca puedo ser amado, y mi corazón yace tan encerrado en la prisión oscura, que jamás se oírán sus voces ni se sabrá jamás si suspira o canta. Digo esto aquí y cierro con ello la puerta del único tema vidrioso para no insistir en él jamás. Como si no existiera la palabra amor, así vivo y así he de vivir. Se entiende por fuera en lo que se ve y se oye.

«Pero la soledad pone todas las noches un rocío de lágrimas dentro, sin dejar de acudir a la cita. Usted lo sabe. La soledad existe y es el dolor más lento y más seguro. ¿Por qué no nos hacemos compañía? Sé cosas, tengo ideas, puedo lanzar la imaginación al vuelo. Y sólo quien esté también enfermo de soledad puede comprender la avidez de compañía que me consume.

«Esto es casi todo lo que quiero decirle. Lo otro es nada: o sí o no. Como el agua que va a un río o a otro, según por donde salga al saltar una piedra, su pensamiento irá al sí o al no, tal vez según el sitio donde esté sentada ahora o según el vestido que lleve. Si admite mi compañía, póngame una señal: un pañuelo blanco prendido en un hierro de los balcones. Entonces la visitaré, para nada más que estar allí, en compañía de alguien, el tiempo pequeño o grande que sea. Si no pone la señal, por unos pocos días, tal vez, me acompañará la idea de que ha leído esta carta.

«Y si me ve finja que siente otra cosa. Por esta comedia difícil la deberá el mayor agradecimiento.»

No tenía firma. Mini leyó la carta tres veces. Le gustó toda. Tuvo en seguida un calorillo de curiosidad, pero no quiso pensar nada. Todos siempre estamos esperando algo de lo desconocido. Y cuando asoma, todos nos sentimos dispuestos a recibirlo. en principio, con las manos abiertas.

Mini entró en la casa y dejó la carta abierta sobre la mesa. Pensó que Leoncia la leería a escondidas y que después podrían hablar de la carta las dos, sin empezar ella, y así evitar cualquier rebeldía de la vieja contra lo que pudiera suceder después.

Salió otra vez al jardín y estuvo andando al sol con una rara sensación de novedad entre el vestido y la piel. No advirtió que pasaba el tiempo ni que daban las horas en el reloj de la torre de Boronia. El sol parecía inmovilizado sobre la tierra quieta. Mini tuvo la impresión de que sólo ella

se movía hacia uno y otro lado. Y cuando la voz de Leoncia rasgó el sopor del espacio sin aire, Mini abrió los ojos y las manos como si de pronto despertara de un sueño.

La mesa estaba puesta con la comida. La carta estaba en otro mueble, como dejada allí. Mini supo en seguida, por el silencio de ella, que Leoncia había leído la carta. Y esperó. Algunos días Leoncia, después del café, se sentaba a hablar con ella. Se sentó con la inquietud en el rostro. Y antes que Mini planteara otro tema, preguntó:

—¿Pondrás la señal?

—Sería mejor que no.

Y así, dando por sabido que ambas estaban al corriente, pudieron hablar sin precauciones. Leoncia parecía la más intrigada.

—¿Tienes idea de quién puede ser?

—No.

—¿Quieres que vea de enterarme antes?

—No. Sería levantar un liebre sin necesidad. Tal vez lo mejor sea quemar la carta y no acordarse más.

—¿Sin conocerle?

—¿Para qué? Creo que es un desgraciado, como dice. ¿Qué nos puede añadir? Alguno que está de veras enfermo de soledad, que no encuentra ningún contacto en el trato diario con el prójimo... ¡Qué sé yo! De todos modos, un alma enferma. ¿Piensas que me conviene tratarle?

—La curiosidad de saber quién es... ¿No pondrás la señal?

—¿La pondrías tú?

—¡Ya estaría puesta! Yo no soy para vivir encerrada, sin trato, carcomida en recuerdos. Es claro que yo tengo poco que recordar. ¿La ponemos?

La pusieron. La puso Leoncia. Y no dejó de otear la calle entretanto, por si descubría alguna sombra huidiza que la estuviera acechando a ella. Después, sin ceder en el ansia, preguntaba:

—¿Crees que acudirá?

Mini esperaba siempre todas las preguntas de la vieja y las contestaba todas con la mayor simplicidad para sólo dar lugar a cuentas otras menos, mejor.

—Si no ha de venir, ¿para qué escribiría la carta?

La primera vez, Leoncia le anunció así.

—Es, en efecto, un jorobado.

Las otras veces dijo simplemente:

—¡El jorobado!

Y, al fin, pasados un par de meses, en cierto tono de burla y ternura, con indefinida tristeza en el hueco de la voz, decía:

—Tu jorobado.

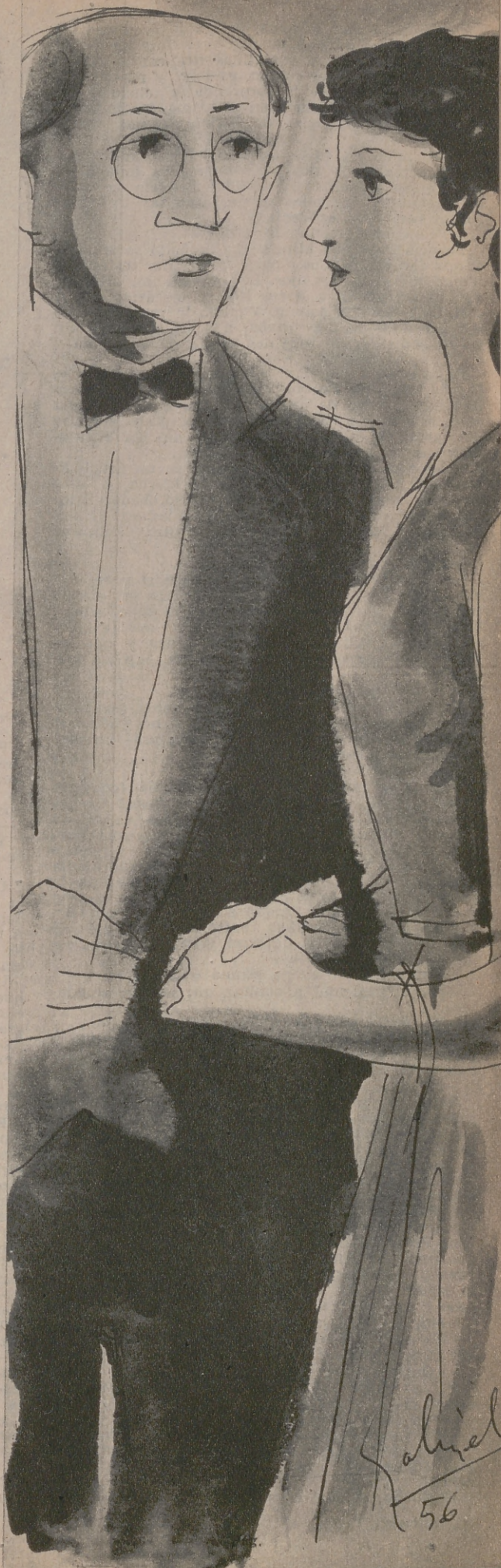
Dos meses de visita casi diaria fueron suficientes para que el jorobado consiguiera crear todo un nuevo sistema fantástico en el interior de Mini. ¿Lo consiguió él? Obró como si se lo hubiera propuesto, pero tal vez en otra ocasión no habría conseguido nada. El corazón de Mini fué tierra abonada para que en ella las palabras y la presencia de un hombre germinaran en amor. Desgraciada y fea la presencia y felices y hermosas las palabras.

Mini le esperaba todas las tardes, y si él un día no iba, ella se sentía más sola, más abandonada, sin saber qué hacerse de sí misma. Vea al jorobado en su verdadera apariencia. Torcido, con la joroba en alto y la cabeza hundida entre los hombros, abultados los labios y enrojecida la piel, los brazos largos y las piernas zambas. Imposible parecía que pudiera inspirar amor a una mujer. Y menos a una mujer de calidad, tan pretendida. El jorobado se complacía en contar su tragedia, y la cosa torció un día mientras la contaba y se lamentaba de no poder ser amado jamás. La voz de Mini se hizo eco de la última palabra:

—¿Jamás?

Así empezaron a retorcer el tema. Y día tras otro, todas las tardes, en el jardín de «Villa Maga», las palabras iban trazando una nube espesa de uno a otro, alrededor de los dos. Hasta que una tarde, sin más, en el silencio húmedo de aire de mar, como en todos los viejos y los nuevos cuentos, Mini arrancó del jorobado una confesión de amor. El confesó, pero ella le fué solicitando las palabras.

Un largo silencio siguió a la confesión. El jorobado tenía los ojos cerrados. Dijo que no quería ver si Mini le miraba el rostro. Mini estuvo en actitud de mucha vergüenza, como estaría un ladrón cogido en el robo, entregada entera a un pensamiento que nadie sabría jamás: «Este amor será la expiación de mi pecado.»



Y por la noche, a solas, pensó que existe una belleza que los ojos no pueden ver; que ha de ser posible el amor entre dos almas sin contar con la grosera peripección del cuerpo, posible y más perdurable que otros; que la sorpresa, la felicidad que el amor de ella pondría en el alma del jorobado podía ser compensación de otras muchas cosas; que...

Pensó mucho a solas. Cuando el jorobado le hablaba, cerraba los ojos y se entregaba toda a escuchar las palabras. Y cuando Leoncia le hacía las preguntas naturales en un caso tan difícil de contar con sencillez, decía:

—Tú no puedes entender eso...

Leoncia supo que Mini y el jorobado se amaban porque lo vio. No hay para cada uno testimonio mejor que el de los ojos. Le pareció tan absurdo, que ni se atrevió a hacer los comentarios que le dictaba el sentido común. Y todo lo razonable que iba pensando lo mascullaba a solas, cuando Mini no la podía oír, al aire del trajín de la cocina.

El raro amor de Mini y el jorobado fué pronto la comidilla de Boronia. Se supo por la curiosidad insatisfecha de un vecino. Iba una tarde por la calle a uno de cuyos lados se levantaba el muro del jardín de «Villa Maga». Y le dió por encaramarse en el muro y otear el jardín.

Allí les vió, sentados a la sombra de un árbol. El jorobado tenía la mano sobre la hierba, y Mini tenía la suya sobre la mano del jorobado. Estaban muy cerca uno del otro, y el vecino, al dar la noticia, para llenarla más, mintió. Dijo que se besaban.

—Yo lo vi con mis propios ojos.

No lo vió. Pero todos creyeron que sí y repitieron la noticia, llenándola más. Corrió la vez en seguida y todo Boronia supo que Mini, la señora de «Villa Maga», amaba al jorobado; que le tenía con ella en el jardín todas las tardes, y que los vecinos habían visto cómo se besaban. Alguien preguntó:

—¿Quién es el jorobado?

No le conocían. En Boronia sólo había dos jorobados sabidos, un viejo y un niño, y no podía ser ninguno de los dos. Pronto hallaron una primera solución al misterio:

—No es de aquí.

Pero si no era de allí, ¿por dónde iba todas las tardes a «Villa Maga» que nadie le viera? Un jorobado choca. En Boronia los vecinos se sabían todos, y todos estaban atentos a las caras nuevas. Se inventaron distintas teorías que explicaran la presencia del jorobado y, al fin, se admitió la más fácil, que a la vez dejaba mejor parada la fama de Boronia: que el jorobado vivía en la casa y que Mini le había tenido siempre allí con ella, aunque hubiesen tardado tanto en descubrirlo. Y ante esta perspectiva, de Mini, a quien apenas conocían, decían horrores:

—Nunca me dió buena espina esta mujer.

—Ha venido aquí a ocultar un secreto vergonzoso.

—Ya podía haber escogido otro sitio.

No le perdonaban que hubiese ido a Boronia a despreciarles a todos para ocultar un amor absurdo. Alguien lanzó una nueva hipótesis:

—¿Y si son marido y mujer?

Nadie la aceptó. No hay marido y mujer que pasen las tardes en el jardín, cogidas las manos, en interminables pláticas. No; Mini y el jorobado eran novios, enamorados o amantes. Por dónde se había producido el amor o lo que fuese entre ellos, nadie lo sabía. Pero el amor bien a la vista estaba, y todos se sentían vejados por él.

A Pablo le dieron la noticia en el bar. Reaccionó violentamente contra el que se la daba y le llamo loco. Pero, al fin, después de oír a testigos de vista que uno tras otro se habían encaramado al muro, tuvo que admitir que la presencia del jorobado en el jardín no era un infundio. Quedó como atontado y aún se resistió:

—No lo creeré hasta que mis ojos lo vean.

—Se puede ver todos las tardes. Súbete al muro del jardín. Muchos lo han visto.

—¿Quiénes?

Pablo repitió los nombres de algunos testigos, esperó por si le decían otros y los despreció a todos.

—Son chiquillos malos.

—No van a subirse el notario y el Alcaide...

—Me cuesta creer tanta sardiez. ¿Un jorobado!

¿De dónde sale, este jorobado? ¿Dónde se aloja?

¿Quién es?

El dueño del bar, hombre seco de palabras, nar-



ca decía si ni no sin estar muy seguro. Intervino ante la obtinación de Pablo:

—Dicen verdad. Hay un jorobado con ella. Y se besan.

—¿Les has visto tú?

—No. Les han visto otros. Si no besarse, estar allí.

—¿Es la burla mayor!

Pablo lanzó la idea de la burla. No dijo cuál fuese el burlado. La idea curdió, y los vecinos de Boronia se creyeron burlados todos. Hasta el punto que uno del grupo de los más alevados, una noche que estaba bebido, gritó:

—¡Nosotros no podemos tolerar...!

Y así empezó la rebeldía de una pequeña ciudad contra un amor que parecía grande.

Una partida de mozos vecinos de Boronia, todos a la vez, subieron a lo alto de la pared y saltaron dentro del jardín. Detrás de ellos, la pared se llenó. A todos les gustaba ser testigos del atentado. Sólo los menos ágiles quedaron en la calle, pues no había sitio para todos en lo alto del muro.

Los mozos avanzaron en silencio, por la hierba, hacia la pareja, que seguía inmóvil, de espaldas a ellos, ajeros los dos, Mini y el jorobado, al peligro que les amenazaba. A pocos metros de los enamorados se detuvieron todos. Uno, al pisar sobre una rama, la quebró. Mini oyó el ruido, volvió la cabeza y, ante la visión de la partida de mozos que le parecieron todos forajidos, un grito le salió al aire, independiente de la voluntad.

El jorobado se volvió a su vez y también vió a los mozos que le acechaban. Se levantó de un brinco, sin soltar a Mini, y así ellos dos, erlezados, quedaron frente a los intrusos. Hubo en los mozos un momento de indecisión y de vergüenza general; pero lo salvaron, porque ya era imposible retroceder, puesto que los del muro les tenían cortada la huida. Todos, amparados en la presencia de los otros, se sentían más audaces.

Uno dió un paso hacia la pareja y gritó al jorobado:

—¡Venimos a echarle de aquí en nombre de Boronia! ¡Fuera!

Todos cerraron más contra la pareja y todos gritaron:

—¡Fuera!

Estaban más decididos. Sus propias voces les animaban, y el olor del drama en común les levantaba la sangre. El que llevaba la voz, gritó:

—Boronia ha dictado sentencia contra ti por habernos arrebatado a la mujer más bonita. Venimos a ejecutarla. Tienes un minuto. Si no desapareces, te echaremos y será peor. Esta mujer nos pertenece.

Ni Mini ni el jorobado se movieron. Estaban petrificados los dos. Pasó el minuto en el espesor del



silencio. El cabecilla tenía puestos los ojos en su reloj de pulsera, atento a la medida del plazo.

Y, de pronto, el jorobado se apartó de Mini, quedó entre ella y los enamorados, como decidido a defenderla y a defenderse, y en ademán rápido se quitó la chaqueta, y con ella la joroba que tenía postiza, cosida a la tela; enderezó las piernas firmidamente zambas, escupió los algodones que le abultaban los labios, se frotó las rojeces artificiales de la nariz y se plantó ante los mozos erguido, magnífico, imponente. Una palabra salida a la vez de todas las bocas hirió el aire quieto de la tarde:

—¡Pablo!

Sí; era Pablo. El jorobado y Pablo eran la misma persona. Pablo, el hombre más seductor de Boronia, había conseguido el amor de la mujer más hermosa gracias a un disfraz que le transformó en un pobrecito desgraciado, digno de compasión. Y la voz de Pablo, la verdadera voz de Pablo, la voz más convincente y plena de Boronia, retumbó en el aire:

—¡Sí! ¡Soy yo! Es a mí a quien ella pertenece! Y la defenderé contra todos vosotros y contra toda Boronia que nos contempla desde el muro. ¿Acaso venís a disputármela? ¿Por qué no os metéis en vuestras casas, que es lo único que os importa?

El estupor había helado las voces en todas las gargantas. Todos sentían cómo les crecía la vergüenza por dentro. El cabecilla, en el tono más humilde, preguntó:

—¿Por qué nos ha mentido? Bien sabes que todos te habríamos ayudado. ¿Crees que esta comedia era necesaria?

Pablo estaba más arrogante que nunca. Parecía más alto y se le veía la voz en el aire como una densidad:

—Para mí, lo ha sido. Amé a esta mujer el primer día que la vi, y no había forma de llegar hasta ella. El abismo que de ella me separaba parecía infranqueable. Sólo lo he podido salvar apelando a su compasión por una desgracia fingida. Después he llegado a su corazón por mi propio esfuerzo. Y ahora, delante de vosotros, puedo ofrecerle limpiamente toda mi verdad. No me pesa que todos seáis testigos de este ofrecimiento.

Pablo vió que los ojos de los mozos se dirigían a donde estaba Mini y volvió la cabeza hacia ella. La vió en el suelo, arrodillada, que iba cayendo desvanecida. La levantó y la llevó en brazos hasta la casa, sin ni poner más atención en los que habían asaltado el jardín.

Leoncia, al verle, antes de interesarse por Mini, preguntó:

—¿Quién es usted?

—¿No me conoce? ¿Ni mirándome bien?

La miró él y se rió. Y por los ojos y por la risa, Leoncia le pudo conocer.

—¡El jorobado!

—Sin joroba. Era artificial. ¿Le gusto más así?

—¡Si parece un cuadro!

—¡Ayúdeme! Busque agua fría, vinagre, una toalla, esencia de romero... ¡Aprisa!

Leoncia lo encontró todo y Pablo le rogó que le dejara solo con Mini, que prefería estar solo con ella cuando ella empezara a abrir los ojos. Leoncia entró en la cocina y dejó la puerta entornada. Pablo la cerró y hasta buscó si había llave para darle la vuelta. Pero no había.

Pronto Mini empezó a respirar más hondo. Al fin, abrió un poco los ojos y los volvió a cerrar. Y los abrió otra vez más despacito, sin moverse ella, hasta que los dejó quietos, mantenidos sobre el hombre nuevo que estaba inclinado sobre ella.

Pablo sintió en su rostro los ojos de Mini que le miraban y que intentaban reproducir viejas imágenes. Se acercó más a ella y trató de ayudarla a recordar.

—¿Me recuerdas? Te hablé una mañana, hace tiempo, en la playa. Te dije mi nombre y tú, en castigo de mi atrevimiento, me preguntaste si era tonto.

Esperó. Mini no abrió la boca. Pablo continuó la historia de sí mismo con menos seguridad, sin acercarse más a ella:

—Te escribí una carta... Te pedí una señal... La pusiste y te visité, transformado en otro que no existe, que no ha existido jamás. Soy yo. Era yo el que te hablaba desde mi disfraz. Siempre he sido yo. Que no me avergüenzo de mi fealdad, como te decía el otro, que no soy desgraciado, como te decía el otro... Y que espero crear contigo un pequeño universo exclusivamente nuestro, donde exista siempre amor suficiente para vencer cualquier contratiempo que se oponga a la felicidad.

La rara inmovilidad de Mini llamó la atención de Pablo. Ella le miraba como sin verle, como si se hubiese interrumpido en ella la dependencia entre su alma y el mundo exterior. Pablo, alarmado por aquella inesperada actitud, le preguntó:

—¿Me oyes, Mini?

Mini no le contestó. Puso los ojos en el espacio. Se levantó y avanzó hacia la puerta. Pablo la llamó dos veces:

—¡Mini! ¡Mini!

Ella no volvió la cabeza. Pablo corrió hacia ella y la alcanzó en el momento en que la puerta se empezaba a abrir. Le puso las dos manos en los brazos, como para detenerla. Mini dió media vuelta rápida. Quedó cara a cara con el hombre y le gritó:

—¡No!

Esta fué la única palabra que salió de sus labios. La puerta se cerró tras ella, y Pablo, pegado a la puerta, estuvo con el oído atento al ruido de los pies de Mini en la escalera. Pensó que Mini iba subiendo despacio. Esperó allí, sin atreverse a seguirla ni a abrir, por si ella volvía. Esperó mucho rato, hasta que vió por la ventana la oscuridad de fuera. Entonces llamó a Leoncia, que estaba esperando la llamada y que acudió en seguida:

—¿Qué ocurre?

—Ha subido a la habitación. ¿Quiere ver si necesita algo de usted o de mí?

Leoncia obedeció y tardó poco en volver. Su zetitudo era completamente otra. Habló a Pablo con sequedad, sin apenas mirarle, sin acercársele:

—La señora ruega que se vaya.

—¿No se siente bien?

—No lo ha dicho. Sólo quiere que usted se vaya.

—Volveré mañana.

—No. La señora le ruega que no vuelva a poner los pies en esta casa.

Pablo no lo podía comprender. No podía irse sin una explicación. Insistió y no consiguió enternecer la dureza fría de Leoncia, desconocida para él. Se vió rodeado de un ambiente hostil. Sin pensar todavía nada, sin haber decidido nada, sin despedirse siquiera, se abrió él mismo la puerta de la calle y salió.

En la calle advirtió que estaba en cuerpo de camisa. Sintió una rara vergüenza y dió muchos rodeos para llegar hasta su casa por calles poco frecuentadas. Quiso evitar que le viera nadie conocido. En su casa, su madre, sus hermanas, hasta la servidumbre, todos se le echaron encima cuando le vieron entrar. Todos habían sido puestos al corriente de todo por los vecinos. Pablo reconoció que todo era cierto y no quiso contestar ninguna de las preguntas que le hicieron. Dijo que necesitaba descansar, pidió que le sirvieran un poco de cena en la habitación y se encerró.

Allí en su primera alborotada e inexplicable soledad, empezó a escribir una carta. La escribió tres veces toda entera y no la terminó hasta el amanecer. Entonces se echó sobre la cama y trató de dormir sin conseguirlo.

A media mañana, todo el mundo en Boronia sabía que los habitantes de «Villa Maga» habían desaparecido casi con la primera luz del día. Un coche había recogido a Mini y a la vieja y se las había llevado en dirección desconocida. Cuando Pablo salió de la habitación, de lo primero que su madre le habló fué de la desaparición de las dos mujeres; y le dijo la voz ya corrida por la ciudad: que en la casa estaba otra vez el antiguo cartel: «Se alquila con muebles». Pablo echó mano del orgullo y exclamó:

—Lo sabía.

Y se tocó por encima, al nivel del bolsillo, el grueso de la carta que no sería mandada jamás. Después se encerró en su habitación y no salió de ella hasta oscurecido. La madre, entonces, al oírle los pasos acudió en su busca. Le bastó verle el rostro para saber que su hijo estaba viviendo un drama prodigioso. Le dijo el nombre dos veces, como si fuera a interro-

gale, pero la mirada ausente y vacía de Pablo le impidió hablar. Únicamente, cuando él ya estaba en el umbral, para no dejarle ir en silencio, le preguntó:

—¿Volverás?

—Claro que sí.

—¿Cuándo?

—A cenar, como de costumbre.

Ya estaba fuera al empezar la última fase, que terminó con la puerta cerrada. Disimulado en la oscuridad y ocultándose el rostro con un pañuelo, pudo acercarse a «Villa Maga» sin que nadie le conociera. En la casa todo estaba cerrado, las ventanas y las puertas, sin hilillos de luz ni rumores vivos dentro. «Villa Maga» volvía a tener el misterio irónico, inconfundible, de todas las casas deshabitadas.

Pablo estuvo mucho rato contemplando la casa. Sabía que todo lo que podía suceder había sucedido ya. Y, sin embargo, él estaba allí, frente a la casa, inmóvil, sin pensar nada concreto, como si también es le hubiese inmovilizado el alma.

Más tarde, por la calle posterior, se encaramo al muro del jardín. No se veía a nadie cerca y pudo saltar al otro lado. Empezaba una noche oscura y limpia de septiembre, con rezumos de agua de mar en el aire húmedo. Se oía, a lo lejos, el ruido del romper de las olas. Pablo discurrió por el jardín. Buscaba, en la oscuridad, las huellas de la mujer amada. Se tumbó sobre la hierba en el mismo sitio donde tantas veces estuviera con ella. Ohó la hierba donde ella había pisado descalza y había agoyado las manos. Y terminó de bruces en tierra, dos chorros calientes en los ojos.

Pero era un hombre y no creía en fantasmas. Sabía que allí sólo podía encontrarse a sí mismo. Se levantó. Vió un bulto oscuro en el suelo. Lo reconoció a pesar de la oscuridad. Era su chaqueta con la jorcha cosida. La recogió, la guardó aburujada bajo el brazo, corrió hasta el muro, que saltó otra vez del jardín a la calle, y más tarde, al entrar en su casa llevó escondido el disfraz para eludir cualquier pregunta.

Cenó casi en silencio, con todos. Y a los pocos comentarios que le hicieron contestó siempre igual: que ya lo sabía. Mintió todas las veces. Y luego, por la noche, cuando todos dormían, bajó al comedor, llevó leños a la chimenea, los prendió y quemó la chaqueta del disfraz. Alto el fuego, echó en él la carta que había escrito la noche antes, sin releer una sola palabra de ella.

Y así terminó la historia de Pablo y de Mini. Nunca Pablo supo toda la verdad, ni pudo comprender parte de la verdad que supo. Para comprender la verdad se ha de saber toda, como cada cual la sabe de sí mismo. Y esto sólo sería posible si en vez de estar en las apariencias y las palabras de los otros estuviéramos en sus universos interiores, en sus corazones y en sus pensamientos. No estamos en ellos y más de una vez nos hemos de resignar a aceptar lo desconocido, como única explicación de la conducta del prójimo.



TEXTIL



MODA - LITERATURA - REPORTAJE TEATRO - CINE - DECORACION - ARTE

El número correspondiente al mes de abril inserta, entre otros originales de evidente interés: **CRONICA DE LA MODA** española e internacional. Los más recientes modelos de Marbel, Pertegaz, Bastida, Pedro Rodríguez, Vargas Ochagavía vienen en exclusiva en nuestras páginas. Dior, Heim, Balmain, Castillo figuran entre la gran variedad de firmas de París. Matita, Stiebel y otros grandes modistas de Londres lanzan sus creaciones de Primavera. Secciones de **PARAGUAS** y de modernos **PEINADOS**. En nuestra Selección literaria insertamos cuento de **DARIO FERNANDEZ FLOREZ** y **CARMEN ALVAREZ**. **JULIO ESTEFANIA** describe el traje de los toreros y **ALFREDO MARQUERIE** nos da una original y completa visión del Circo. **A ABAD OJUEL** glosa la actualidad teatral y unos originales planos de cine. Secciones de Decoración y Arte completan este extraordinario número

REVISTA TEXTIL

José Antonio, 32. — MADRID

Don domiciliado en
..... calle núm. se suscribe a TEXTIL por el plazo
de un

Firma,

Año: 300 ptas.
Semestre: 150 ptas.

EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

Y, SIN EMBAARGO,
LA BIBLIA
TIENE RAZON

Por Werner KELLER

LOS desconcertantes descubrimientos arqueológicos de los últimos años, confirmando hasta en sus más mínimos detalles los relatos bíblicos, constituyen una materia tan atractiva que nada tiene de extraño que el publicista alemán Werner Keller, a pesar de no ser ni teólogo ni arqueólogo, se haya lanzado a la tarea de presentar en un libro extraordinariamente ameno las pincetas de todo este proceso, que deja tan mal parada las presuntuosas críticas racionalistas del pasado siglo.

Cualquiera que examine nuestro «Libro que es menester leer» de esta semana comprenderá fácilmente el éxito que ha obtenido en Alemania, hasta el punto de convertirle en el «bestseller» del año. En realidad la arqueología está de moda desde que otro alemán, Cerán, lanzó su hoy conocidísima obra «Dioses, tumbas y sabios». Keller vuelve ahora a la carga, y con un estilo sugestivo y atrayente nos va presentando uno tras otro los episodios bíblicos tal como la piqueta del arqueólogo ha ido registrándolos de una manera tan real que nos permite en muchos casos palpar con nuestras propias manos los sucesos del libro sagrado.

Un mérito más de Keller es el de incluir en su obra los hechos del Nuevo Testamento e incluso algunos sucesos de la época de los apóstoles. Indudablemente el valor de su recopilación aumenta con la inclusión en la misma de los trabajos arqueológicos relativos al descubrimiento de la tumba de San Pedro.

En un libro que es ya de por sí un resumen resulta difícil compendiar lo que tan admirablemente se dice, lo cual nos ha impedido que intentemos por todos los medios de destacar, a través de unos cuantos aspectos de la obra, la totalidad de su conjunto.

KELLER (Werner): «Und die Bibel hat doch Rechts». Icon-Verlag, G. M. B. H.—Düsseldorf, 1956.

EL primero que penetró en el mundo histórico del Antiguo Testamento fué el francés Paul Emilio Botta, el cual en 1843 encontró en las excavaciones que llevaba a cabo en Mesopotamia un relieve que representaba al rey asirio Sargón II, soberano que asoló Israel y destruyó en masa a su pueblo. Relatos de estas batallas aparecen en la Biblia descritas al mismo tiempo que la conquista de Samaria. Durante el siglo transcurrido desde entonces eruditos americanos, ingleses, franceses y alemanes han perforado el suelo del Próximo Oriente, tanto en Mesopotamia como en Palestina y en Egipto. Diversas naciones fundaron instituciones y escuelas para estas investigaciones, y poco a poco aparecieron a la luz del día ciudades y lugares tales como la Biblia los describe.



Desconcertantemente, todos estos descubrimientos produjeron para muchos una manera distinta de ver la Biblia.

Los sucesos, que hasta ahora sólo pertenecían a la Historia Sagrada, adquirieron su configuración histórica. Muy a menudo los resultados de las investigaciones coincidieron con las más pequeñas particularidades de los relatos bíblicos. No sólo confirmaban, sino que aclaraban las situaciones históricas en las cuales se habían desarrollado el Viejo y el Nuevo Testamento. Es indudable que la Biblia es un Historia Sagrada, pero también es cierto que al mismo tiempo es un libro repleto de resultados comprobables históricamente. Cuando contemplo la serie de resultados obtenidos por la investigación que confirman la autenticidad de los relatos bíblicos y recuerdo las críticas suspicaces del Siglo de la Ilustración, no puedo por menos que tener siempre una frase en mis labios: «¡Y, sin embargo, la Biblia tiene razón!»

EL DILUVIO EXHUMADO

Cuando nosotros oímos la palabra diluvio pensamos la mayoría de las veces en la Biblia y en la historia del arca de Noé. Este maravilloso relato del Viejo Testamento ha recorrido el mundo acompañando a la cristiandad. Aunque es cierto que esta narración del Diluvio es la más conocida, no es, ni mucho menos, la única. Entre las gentes de todos los pueblos hay diferentes tradiciones relativas a una gigantesca catástrofe acuática. En ella se pueden incluir la griega de Deucalión; las numerosas descripciones que poseían los primitivos habitantes del Continente americano relativas a una gran inundación, y las que en Australia, en la India, en Polinesia, en el Tibet, en Kachemira y en Lituania, se han transmitido de generación en generación referentes a un gran cataclismo producido por las aguas. ¿Correspondería todo esto a simples leyendas?

Durante seis años, americanos e ingleses perforaron el suelo donde creían encontrar la ciudad de Ur. En el verano de 1929 la campaña arqueológica llevada a cabo en la colina de Mukayyar llegó a su fin. Cuando, después de largos días, el arqueólogo Woolley exclamó «Al fin hemos tocado el fondo», estaba completamente convencido de lo que aseguraba. Sin embargo, allí había barro, el simple barro que se forma por el paso de las aguas. Todo aquello era un poco extraño. Woolley trató de darle alguna explicación. Quizá se habría extendido por allí alguna inundación del río. No obstante se decidió a seguir excavando, y cuando habría penetrado unos tres metros más volvió a encontrar restos de actividad humana, más imperfecta que la de las capas anteriores. Tanto la forma como la técnica de la cerámica era completamente distinta de la anterior. No se descubrieron ningunos restos de metal y los utensilios primitivos hacían suponer que todo aquello pertenecía a la Edad de Piedra.

Aquel día el telégrafo lanzó al mundo, desde Mesopotamia, una noticia inaudita, que conmovió a muchos hombres: «Hemos encontrado el Diluvio». Indudablemente, aquélla era la mejor explicación para aclarar la existencia del manto de barro existente en la colina de Ur. Si hubiese sido

el mar, como algunos supusieron, éste habría dejado los restos de pequeños animales. Woolley quiso, tan rápido como fuera posible, obtener el mayor número de seguridades, y sus hombres cavaron en una extensión de trescientos metros alrededor de su punto de partida. Y las palas revelaron en todas partes lo mismo.

¿Hasta dónde se habían extendido las aguas y qué comarcas se habían inundado? Una regular búsqueda sobre las huellas de la gran inundación se inició entonces por diversos lugares de la Mesopotamia meridional. Otros arqueólogos descubrieron en Kisch, al norte de la vieja Babilonia, allí donde el Eufrates y el Tigris, en un amplio arco, se aproximan el uno al otro, un importante punto de referencia. Según datos bastante fidedignos, la catástrofe se extendió por todo el noroeste del golfo Pérsico en una comarca de unos 730 kilómetros de largo por 160 de ancho.

Al fin, después de un trabajo incansable, los científicos aclaraban un enigma que parecía imposible de descubrir: la gran catástrofe acuática que la Biblia recuerda como el Diluvio, y que para muchos escépticos no era más que una leyenda, resultaba que no solamente había tenido lugar, sino que además se trataba de un suceso localizable en el tiempo. A los pies de una de las viejas torres escalonadas de los sumerios, el Ur, en el bajo curso del Eufrates, se podía bajar por una escalera y penetrar en el vestigio de un gigantesco cataclismo; allí estaba el estrato de tres metros de barro, testigo de aquel suceso, para que lo vieran los ojos y hasta se palpara con la mano. Y por la edad de las colonias humanas, en las cuales se podía leer el tiempo como en un calendario, se descubría la fecha en que se produjo la gran inundación. El hecho ocurrió en el año 4000 antes de Cristo.

En el siglo pasado muchos arqueólogos intentaron descubrir los restos del arca de Noé, que se suponía que había ido a parar al pie del monte Ararat. Un historiador americano, el doctor Aaron Smith técnico en temas relativos al Diluvio, ha realizado un trabajo durante muchos años encaminado a reunir toda la bibliografía relativa a este tema. Según estos datos, se han escrito ochenta mil obras, en setenta y dos idiomas, relativas al Diluvio. De estas, 70 000 hacen referencia a los restos del arca. En 1951 el doctor Smith trató vanamente de descubrir sus huellas, lo cual no le impidió afirmar que su fracaso había confirmado, por otra parte, su creencia en la representación bíblica del Diluvio. En 1952 una expedición francesa repitió igualmente el intento sin resultado.

LA TRAGEDIA DE SODOMA Y GOMORRA, DESCUBIERTA

La violenta ira del relato bíblico relativa a la destrucción de Sodoma y Gomorra ha impresionado siempre profundamente el ánimo de muchos hombres. Sodoma y Gomorra se han convertido en símbolos del vicio y de la incredulidad. Cosas maravillosas e increíbles debieron ocurrir en el mar Muerto, el mar Salado, donde, según la Biblia, ocurrió la catástrofe.

Durante el sitio de Jerusalén en el año 70 después de Cristo, según una tradición el general romano Tito condenó a unos esclavos a muerte. Tras un corto proceso se dispuso arrojarlos, cargados de cadenas al mar. Sin embargo, los prisioneros no se ahogaron, ya que flotaban como corchos. Este proceso tan inesperado ejerció tan fuerte influencia sobre Tito que les perdonó. Flavio Josefo, el historiador, habla repetidas veces de un mar de asfalto. Los griegos afirmaban que en él se producían gases venenosos, mientras que los árabes, por su parte, aseguraban que desde tiempos inmemoriales no se ha visto aproximar a sus orillas ningún pájaro. Estas y otras historias semejantes eran ya conocidas antes de que se supiese exactamente lo que ocurre en este misterioso y extraño mar de Palestina. En el año 1848 los Estados Unidos emprendieron la primera expedición de carácter científico para averiguar los enigmas del mar Muerto. Durante veintidós días los americanos cruzaron su superficie de un extremo a otro. Analizaron sus aguas y sondearon sus abismos. De sus estudios resultó que la desembocadura del Jordán en el mar Muerto se encontraba a 394 metros bajo el nivel del mar. Otro segundo descubrimiento desconcertó a los investigadores. El mar Muerto tenía una profundidad de 400 metros, lo cual quiere decir que su fondo está a unos 800 metros del nivel de las aguas normales. Por otra parte, el líquido



Muros de la ciudad bíblica de Jericó. Los restos encontrados consideran a esta ciudad como la más antigua del mundo

del mar Muerto contiene un 25 por 100 de materias sólidas, en su mayor parte sal bruta. También en esto es distinto al resto de los mares, en los cuales la proporción de estas materias es de un 4 a un 6 por 100.

Poco después de principios de siglo se despertó paralelamente con las instalaciones llevadas a cabo en Palestina el interés por Sodoma y Gomorra. Los arqueólogos trataban de localizar estas ciudades. Hoy podemos estar seguros de que cuantos intentos se hagan por localizar estas ciudades resultarán vanos, ya que hemos descubierto su secreto.

En la orilla oriental del mar Muerto existe lo que los árabes llaman «El-Lisán», y que significa «la lengua». Se trata de una península repetidas veces registrada en la Biblia. El suelo de las aguas experimenta aquí una extraña división. A la derecha de la península el suelo desciende verticalmente hasta 400 metros, mientras que a la izquierda las aguas son bastante superficiales, alcanzando un máximo de profundidad de 15 a 20 metros. El

Las «columnas del Rey Salomón», que constituían el centro de la industria del cobre de todo el viejo Oriente en el golfo de Acaba





En el Museo de El Cairo se encuentra la momia del Faraón Ramsés II, durante cuyo reinado Moisés sacó a los hijos de Israel de Egipto

simple recorrido por este lado descubre en la orilla restos de bosques, que el contenido salino del mar Muerto ha conservado admirablemente. Las raíces de estos vegetales tienen que ser muy antiguas. Debieron florecer cuando pastaban por sus alrededores los rebaños de Lot. Los geólogos encontraron una explicación en estos descubrimientos del relato bíblico relativo a la destrucción de Sodoma y Gomorra. La expedición americana de 1848 había afirmado ya que lo que ocurre en el mar Muerto parece pertenecer a otro planeta. El valle del Jordán es un gigantesco tajo de nuestra corteza terrestre. Comienza muchos kilómetros antes de la frontera de Palestina, en Asia Menor, y acaba en el mar Rojo, en Africa. En muchos lugares de esta grieta gigantesca hay señales de actividad volcánica. En las montañas de Galilea, en las mesetas de Jordania oriental, en el golfo de Acaba se descubren basaltos negros y lava. En el suelo de esta hendidura fué a parar un día la tierra de Sodoma y Gomorra. La fecha de este acontecimiento puede localizarse con exactitud. Debó ser poco después del año 2000 antes de Cristo.

Fué, probablemente, en el año 1900 antes de Cristo cuando ocurrió la catastrófica destrucción de Sodoma y Gomorra, escribía en 1945 el erudito americano Jack Finegan. «Una detenida investigación de los testimonios literarios, geológicos y arqueológicos nos lleva a la conclusión de que las ciudades destruidas se encontraban en la comarca que ahora está bajo las aguas en la parte sur del mar Muerto, y que su destrucción fué ocasionada por un gran terremoto, el cual, probablemente, fué acompañado de explosiones, relámpagos, salida de gases naturales y fuego corriente.» Y todo esto ocurrió en 1900, es decir, en la época de Abraham.

La grieta terrestre dejó libre las fuerzas volcánicas que dormitaban en el abismo. En el curso superior del Jordán se descubren todavía hoy los cráteres de los volcanes apagados, sobre los cuales se han acumulado campos de basaltos y lava. Desde tiempos inmemoriales la comarca fué afectada por terremotos. Debieron de manifestarse repetidas veces y la Biblia informa de ello. Existe una comprobación que podríamos llamar geológica de la destrucción de Sodoma y Gomorra, y es la que un sacerdote fenicio escribió en la llamada historia de Ur y en la que puede leerse: «El valle de Sidsimus se hundió y pasó al mar y desde entonces éste se muestra eternamente vaporoso y sin animales, constituyendo un símbolo de la venganza y de la muerte para el malhechor.»

LA HISTORIA DE JOSÉ Y EL SILENCIO DE LOS ARCHIVOS EGIPCIOS

La historia de José, que fué vendido por sus her-

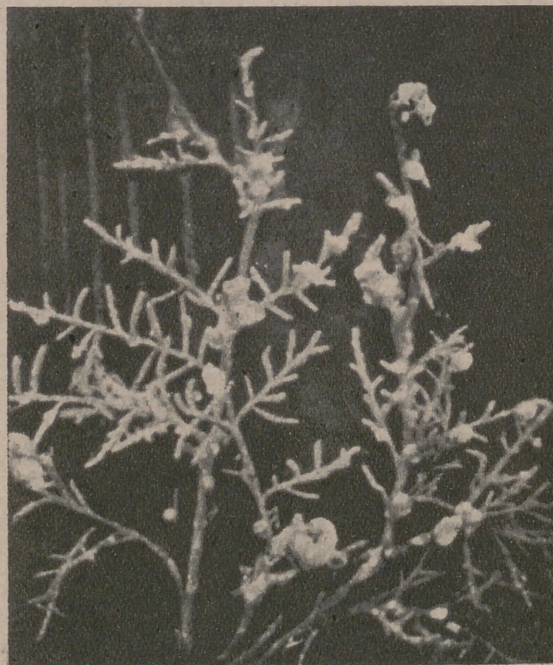
manos a Egipto y que llegó más tarde a gran visir de este país, es, indudablemente, una de las más bellas historias de la literatura mundial. Existe en el llamado «Papius Orbiney» una historia que se desarrolla durante la XIX dinastía que, según algunos, había servido de modelo para la narración bíblica. Durante mucho tiempo eruditos y sabios discutieron sobre la cuestión. Motivaba la discusión el extraño hecho de que respecto a la permanencia del pueblo de Israel en Egipto no existe, salvo en la Biblia, ningún documento que la atestigüe. Se atrevieron algunos a hablar de la leyenda de José. Resultaba difícil comprender cómo en un país como Egipto, donde existe una documentación detalladísima de todo lo ocurrido en su pasado, no se encontrase el más mínimo indicio relativo a lo que la Biblia describe sobre José y sus hermanos. ¿Cómo era posible que se callase el nombre de un gran visir del Faraón y por ello al hombre más poderoso de todo el país del Nilo?

Ningún Estado del viejo Oriente tiene su historia tan fielmente registrada como Egipto. Hasta el año 3000 antes de Cristo seguimos sin interrupción alguna la larga lista de sus Faraones. En ningún otro pueblo están tan exactamente detallados los más mínimos aspectos de los hechos de su soberano, sus templos, sus campañas, sus construcciones, así como la literatura y la poesía de su tiempo.

Y he aquí que de pronto Egipto se negaba a descubrir un secreto a los investigadores. Las descripciones de siglos pasados se interrumpían repentinamente hacia el 1730 antes de Cristo. A partir de aquí se extendía un periodo sumido en la más profunda oscuridad histórica. En 1850 volvían de nuevo los testimonios. ¿A qué se debía aquella falta informativa durante tan largo intervalo?

Inesperadamente en el año 1730 antes de Cristo ocurrió algo extraordinario en el valle del Nilo. Súbitamente, como en relámpago que se produce en un cielo despejado, el país se vió envuelto por feroces guerreros que montaban en veloces carros de guerra. Todas las comarcas fronterizas se vieron envueltas por las nubes de polvo que levantaban estas hordas. Y antes de que los egipcios pudieran comprender lo que pasaba su país fué invadido, derrotado y dominado. El gigante del Nilo, que hasta entonces no había visto a ningún conquistador extranjero, se vió encadenado a su suelo.

La historia bíblica de José y la estancia de los hijos de Israel en Egipto correspondió precisamente a la época en que estos guerreros, los hyksos, ejercieron su dominio sobre la Corte de los Faraones. Nada tiene de extraño, por lo tanto, que no



He aquí la primera y hasta ahora única fotografía de la planta originaria del bíblico maná

tengamos ningún testimonio egipcio contemporáneo. Sin embargo, existen pruebas numerosas de la exactitud del relato bíblico en relación con el ambiente en donde se desarrollaba. La representación bíblica del hecho histórico es exacta, como también son exactos sus detalles y el colorido egipcio. La egiptología lo ha confirmado a través de innumerables descubrimientos. Putifar, el egipcio que compró a José, tiene un nombre característico del país; el nombramiento de José como virrey está exactamente descrito; el detalle del segundo coche de José corresponde también al protocolo establecido por los hyksos, etc., etc.

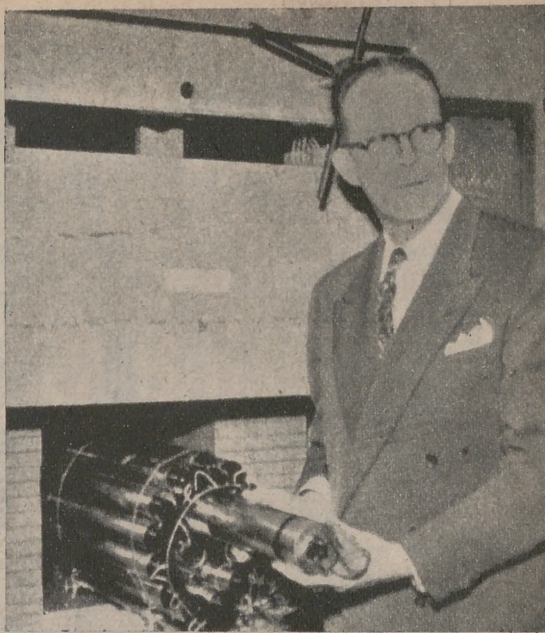
La Biblia describe a José como un hábil organizador, que supo preparar a Egipto en años de abundancia para los de escasez. Estas circunstancias se han producido repetidas veces en la historia del valle del Nilo. Finalmente, el relato bíblico se comprende fácilmente cuando, ya muerto José, se nos habla de un Rey que nada sabía de éste. Su desconocimiento es completamente comprensible, pues José vivió durante el siglo en que mandaron los hyksos, época sobre la cual los egipcios no querían pensar ni recordar. Para un egipcio consciente merecería José la desconsideración por dos motivos. En primer lugar, por ser un emigrante, es decir, un asiático, y en segundo, por haber sido un funcionario administrativo del odioso poder dominador. Indudablemente, desde ningún punto de vista ni José ni su pueblo habrían constituido un objeto de recomendación para el nuevo Faraón.

Nos es imposible, por razones de espacio, seguir uno tras otro los capítulos verdaderamente emotivos y atractivos de nuestro libro, en el que a la siempre desconcertante historia del pueblo elegido se le agregan ahora los detalles facilitados por la investigación arqueológica de nuestros tiempos. Por ello nos vemos obligados a pasar por alto la marcha de Israel por el desierto, descubriéndose en el aspecto natural de los prodigios ocasionados por el maná y las codornices; la lucha para dominar la ciudad de Jericó, ciudad cuyos cimientos parecen constituir hoy los restos urbanos más antiguos del mundo. Renunciamos, igualmente a todas las confirmaciones facilitadas por la ciencia moderna relativas a la época de los Reyes judíos, así como al contacto israelita con el mundo oriental y, finalmente, su sometimiento a las nuevas fuerzas procedentes de Occidente.

El Nuevo Testamento tienen también una importante cabida en el libro. La cuestión de la estrella de Belén, el censo romano ordenado en todo el Imperio, la huida a Egipto, la muerte de los Inocentes, la vida de Juan Bautista, el proceso y la muerte de Jesús, esta última en sus aspectos médicos, constituyen hojas tan amenas como ciertas en la obra que nos ocupa. El autor, que desde la primera hoja del libro ha hecho constar su calidad de mero aficionado, no descuida el más mínimo aspecto técnico y procura poner ante nuestros ojos modernos las pruebas más exactas de todo cuanto en los libros sagrados se narra.

EL SUDARIO DE TURIN

En el año 1204 conquistaron los cruzados la ciudad de Constantinopla. En este hecho cayó en sus manos un paño de unos diez metros de ancho por cuatro con 36 de largo, que parecía descubrir en él huellas de sudor y sangre. Después de varias observaciones se llegó a la conclusión de que podría haber envuelto un cuerpo humano de 1,80 metros. Ciento cincuenta años después este paño era venerado en Besançon como el sudario de Cristo. Posteriormente una serie de circunstancias hicieron que la citada tela acabase en Turín. Cuando en 1889 la técnica de la fotografía se pudo aplicar ya de una manera científica se sometió esta tela a un proceso fotográfico, y entonces ocurrió algo verdaderamente desconcertante. En el negativo de la placa fotográfica se descubrió tras las manchas de sudor y sangre un rostro humano. Expertos de todo el mundo estudiaron la sensacional foto. Se tuvo la certeza de que aquellos rasgos correspondían a algo completamente natural. Las facciones son ciertamente como en cualquier hombre real diferentes en su lado izquierdo y derecho. Indudablemente, en estas irregularidades, los artistas de la Edad Media no se fijaban. Tras las investigaciones de tipo artístico

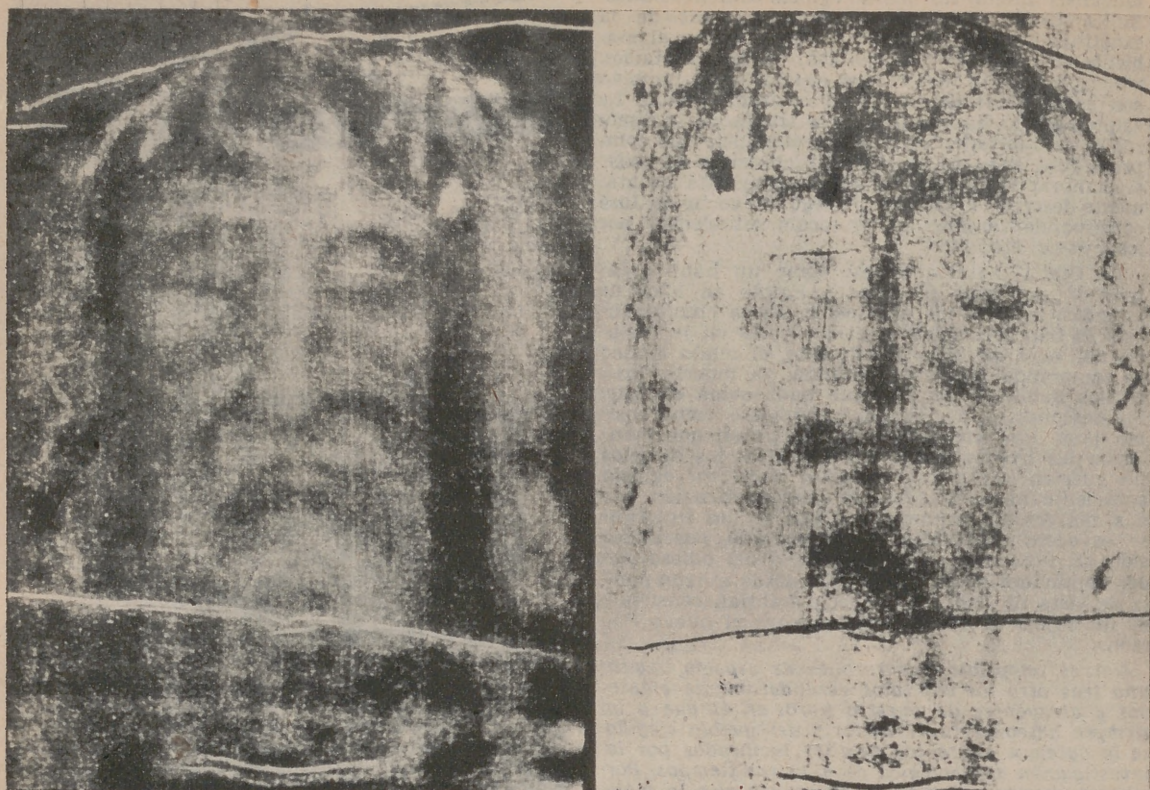


El profesor Willard F. Libby investiga en uno de los institutos científicos de la Universidad de Chicago la antigüedad de los manuscritos encontrados en el mar Muerto en 1917. Las conclusiones a que se llegaron es que podían muy bien haber sido fabricados durante la propia vida de Cristo



El profesor G. Lankester Harding colecciona los fragmentos del Viejo Testamento escritos en la época de Cristo y descubiertos en 1919 en una cueva del mar Muerto

y anatómico los técnicos comenzaron a estudiar la materia del paño. Después de varios decenios de estudios se llegaron a una serie de conclusiones harto interesantes. Entre los experimentos realizados figuró el del intentar fijar en paños semejantes determinadas huellas de heridas de cadáveres embalsamados como Jesús. Por otra parte, el estudio del relato bíblico y su comparación con las señales del manto mostró desconcertantes coincidencias. El hecho era tanto más llamativo cuanto que lo que se descubría correspondía, precisamente, a las descripciones sagradas y no a las habituales, aunque no auténticas representaciones artísticas. Finalmente, los médicos reconocieron que en las huellas de las heridas había en el paño dos



Reproducción positiva y negativa del llamado «Sudario de Turín». El negativo deja claramente ver un rostro, en el que pueden apreciarse las huellas de las heridas, ocasionadas quizá por golpes y espinas

clases de sangre distintas. Una, la que debía corresponder a las heridas de la cabeza y otra más emponzoñada que no había fluído libremente, que debía corresponder al pecho y a los pies. Todo esto es lo que ha dicho la Ciencia.

FIAT LUX

Es indudable que para la idea de la creación en el tiempo nada facilita pruebas mejores que la metafísica y la revelación. Independientemente de la duración de los periodos, en las primeras palabras del «Génesis» se habla de «en el principio» lo cual significa el comienzo de las cosas en el tiempo. La ciencia moderna retrocediendo a millones de años, llega también a aquel primero «Fiat Lux», en que la materia surgió de la nada como un mar de luz y radiación mientras que las minúsculas partes de los elementos químicos se fragmentaban para reunirse luego en enjambres de millones en sistemas astronómicos. Hoy la ciencia moderna no tiene nada que oponer a la idea de la creación del Universo. Hace pocos decenios, tal hipótesis era considerada por algunos como inconciliable con el estado de la ciencia. Todavía en el año 1911, el famoso físico Svante Arrhenius, decía: «La opinión de que algo haya podido surgir de la nada está en contradicción con el estado actual de la Ciencia, según el cual la

materia es invariable.» Algunos años más tarde, sir Edmund Whittaker afirmaba que los hechos geológicos nos llevan inevitablemente a la convicción de un comienzo en el tiempo. La continua investigación en el Universo ha facilitado enormes fundamentos experimentales. No se trata solamente de la necesidad de la existencia divina.

No se trata solamente de la necesidad de la existencia de un ser invariable, sino de que la ciencia siguiendo el curso y la dirección del desarrollo cósmico, llega a la conclusión de que así como ha habido un principio en un determinado momento se camina hacia un fin inevitable. Naturalmente, toda esta contingencia de las cosas prueban que todo surgió alguna vez de la mano de un Creador.

En nuestra Edad, la Edad del Progreso, las recuestas de los científicos sobre el origen del Universo muestran una conformidad esencial con la maravillosa descripción que traza la historia de la Creación en la Biblia. «Vanos son y varos serán todos los esfuerzos que se realicen siempre por tratar de emparejar nuestras historias bíblicas de la Creación del mundo con los resultados de las Ciencias Naturales», escribía en 1902 el profesor alemán Delitzsch, en su obra «Babel y Biblia». Hoy, cinco decenios solamente después, es esta opinión superada, y la Iglesia no vacila en mostrar su conformidad con los descubrimientos de la Ciencia, que para nada ponen en peligro el principio creacionista, sino que—no podía ser de otro modo—los confirman.

PEAPARECE

“LA ESTAFETA LITERARIA”

EL GRAN SEMANARIO DE LAS ARTES Y LAS LETRAS. 2 PÉSETAS



Una reciente fotografía de la escritora

DOÑA BLANCA DE LOS RÍOS, LA NIÑA DE NOVENTA Y SIETE AÑOS



Doña Blanca en 1874



La escritora en 1930

LA EXISTENCIA INTIMA Y FAMILIAR DE LA GRAN ESCRITORA ESPAÑOLA

**UNA VIDA INCESANTEMENTE ACTIVA,
UNA VIDA INCESANTEMENTE AMABLE**

LA LLAMABAN BLANCA A SECAS

ABIERTA la ancha puerta de la casa, en el vestíbulo, tristemente quieto, mortecino y hollado el ojo, está un gran busto de Tirso de Molina. Tiene bellos y ágiles los rasgos. Larga nariz. ancha frente, dulce mirar...

—Blanca le jué dando los datos al escultor, y así lo hizo...

Porque en esta casa, Blanca, Blanca a secas, Blanca sin más, tanto para los niños como para los mayores, era doña Blanca de los Ríos.

—Ella quería que la llamáramos así.

Por el pasillo largo, enorme, encerado y melancólico cuelgan los cuadros. Allá, al fondo, frente a la puerta del dormitorio de la escritora, la Virgen del Pilar.

En la puerta de la casa ahora se amontonan los paraguas. Mujeres y hombres de este domingo segundo de Pascua, que vienen de la sacramental de San Justo. Mientras el féretro descendía a la tierra, a la desnuda



soledad del polvo, cayó una fuerte granizada.

Un comentario me sobrecoge. Lo hace doña Paz Gestoso: «La rodeó la blancura hasta en ese momento». Doña Paz es una amiga de la casa y tiene vivos y frescos los recuerdos, atizada memoria.

Andamos por la casa en esta reciente hora inaudita con la seguridad de estar viviendo aún el clima y la atmósfera que han tenido las habitaciones durante decenas de años. Todavía la llu-

El rincón de la casa, tal como quedó a la muerte de doña Blanca

via golpea en los cristales. Las sirvientas vuelven a poner en el despacho de doña Blanca la gran mesa, la camilla donde ella trabajaba. Todo está quieto, apacible, tierno e invariable.

Mi esposa besa a doña Pilar H. de la Rúa, viuda de Villasanté, a quien el servicio llama «la señora»; pero que no es hermana, ni hija, ni sobrina de Blanca. Porque en esta casa de Jorge

Juan, 7, la familia. la sangre es apenas nada. Todo es amistad, amor de seres reunidos durante años y años. Entrañablemente enlazados y homogéneos.

—Blanca igual nos llamaba hijas que hermanas. Hasta nosotros buscábamos la palabra verdadera para explicar de alguna manera lo que éramos.

Entra en la pequeña salita de muebles blancos y delicados la alta silueta del actor Alberto Romea. No habla a nadie. Parece más delgado que en el cine. El pelo blanco, indiferente al hondo gesto de dolor que endurece su rostro.

En el salón del fondo, un numeroso grupo de señoras rodea a doña Pilar y a sus tres hijas, que, con los tres nietos y Blanca de los Ríos y de Villasanta, la hija adoptiva de doña Blanca, componían el cuadro familiar y hogareño de la casa. Se habla despacio, lentamente. El misterioso sortilegio que reúne a todos no es, bien quisiera dejarlo reflejado en toda su pureza, ni el dolor ni la angustia de sordeñada, sino una especie de curioso encantamiento. Tal es el clima. Entran en el entretanto nuevas visitas, y todas con el aire de conocer bien cada rincón.

—La marquesa de Cavalcanti, actual condesa de Pardo Bazán, acostumbra a decir que cuantos entramos en esta casa lo hacemos en concepto de hijos.

Y es verdad lo que oigo. Los noventa y siete años de existencia de doña Blanca han sido suficientes para ver mermarse continuamente las caras de los amigos de la infancia y ver renacer entre las viejas amistades los nuevos vástagos, los hijos de los hijos.

UNA VIDA INCESANTEMENTE ACTIVA. UNA VIDA INCESANTEMENTE AMABLE

Seguimos por el largo pasillo de la casa. Estamos ahora ante su cuarto. Es una habitación no muy grande (en esta casa de 14 habitaciones que tiene aire), al tiempo, de casa solariega y pa-

lacio), y donde todos los muebles son blancos.

—Era su color favorito. Todo lo quería blanco.

Es una habitación de niña, de muchacha con trenzas. Hasta podría asegurarse que muchos de los objetos de tocador, frágiles y delicados, son los de una novia.

Frente a la cama, una silla blanca de rejilla, en la que está depositada su carpeta de trabajo, sus papeles, sus notas. Todavía está todo igual. La camarera, con sus ojos grandes y como estirados y sorprendidos todavía me dice:

—Inmediatamente después de desayunar me mandaba que la pusiera la silla al lado de la cama. Cogía sus cuartillas y escribía en la cama.

De nueve a nueve y media la pasaban el desayuno. Curiosa, preguntaba por el tiempo, y si hacía frío suplicaba a las sirvientas que tuvieran cuidado y no se enfriaran. Ni a la calle quería dejarlas salir.

—Antes de desayunar tenía que lavarse las manos varias veces. Hasta tres, por lo menos, tenía que cambiarla el agua. ¡Era limpia como los chorros de oro!

Antes de ponerse a trabajar leía detenidamente el periódico.

A veces, cuando las dos sirvientas entraban al tiempo, llamaban a ellas:

—Nos decía: «Ya están aquí los duendecillos de la casa.» Nos preguntaba con mucho cariño por todas nuestras cosas y daba la impresión de que quería a todo el mundo.

Hay un momento de pausa. En las cuartillas está su letra clara. Allí, sus plumas y sus lápices. Repentinamente, la camarera termina su pensamiento:

—No quería nada más que cariño a su lado.

Ahora, durante estos últimos años, se levantaba muy tarde, hacía las siete de la tarde, y permanecía en pie hasta las diez o diez y media de la noche. Nunca era tiempo para doña Blanca de buscar el camino de su cuarto. Tampoco se cansaba de estar con sus amigos, de hablar con ellos.

En su cuarto, al llegar la noche, se quedaba encendida, como en el de los niños, una bombilla.

—La oscuridad y la soledad no le gustaban nada.

Hablo de estas cosas con su hija adoptiva. Es una mujer de bellos ojos, hoy apenas sin palabras:

—Siempre me decía que necesitaba mucha luz, que no podía vivir sin ella. Para salir de casa tenía que engañarla un poco, y cuando volvía si había estado sola, la encontraba muy seria. Entonces, aunque lo sabía, la preguntaba: «¿Qué te pasa?»

—Nada, que estoy muy divertida.

En una pared de la habitación hay un Cristo. Sobre la cama, una Virgen. Frente al espejo del armario, la pequeña, pequinísima butaca donde se peinaba y la vestía su hija.

Mientras pudo saltó a la iglesia a misa (después la oía por radio); pero ironizaba con su camarera:

—No quiero de ninguna manera apoyarme en tu brazo... ¡Que partezco tu bastón!

Doña Blanca era menuda y ligera como un pájaro. La sirvienta tiene un gesto único para recordar esas cosas. De repente, como para sí misma, recurre a: «Pues era un ángel.»

—Otras veces me llamaba para que la pusiera la radio porque se aburría. ¡Pues la pondré flamenco, que sé que la gusta!

Todos en la casa conocían su amor a Andalucía, a Sevilla, la ciudad natal.

EN EL DESPACHO. EL RINCÓN DE TRABAJO

Cruzando la salita de blancos muebles llegamos al despacho de doña Blanca. Los libros cierran las paredes como una frontera. Frente a la ventana, un cuadro grande de la escritora pintado por Pedro Gros en 1947. Es bulto el cuadro y Blanca (Blanca a secas para seguir la tradición de la casa) está con un libro en la mano, despierta y ligera la mirada, alegre el rostro.

El despacho tiene un aire y un calor inusitados. Cientos de bellas cosas, de recuerdos, de estampas, de tarjetas se colocan caprichosamente entre los libros.

En «ese» rincón, en «esa» silla de cuero con un cojín rojo se sentaba a trabajar la escritora, la investigadora. A un lado está la famosa partida de nacimiento de Tirso de Molina. Justamente detrás de la silla, dos retratos de hombre: el de su padre y el de su marido, Vicente Lampérez y Romea. Una cosa curiosa: muchas tarjetas de gatitos. Todos distintos, cada uno reflejando un matiz distinto, el enigma múltiple de esa muñeca fiera aparentemente civilizada y suave.

—Le mandaban tarjetas de gatitos desde todas las partes del mundo.

—¿Y los había en casa?

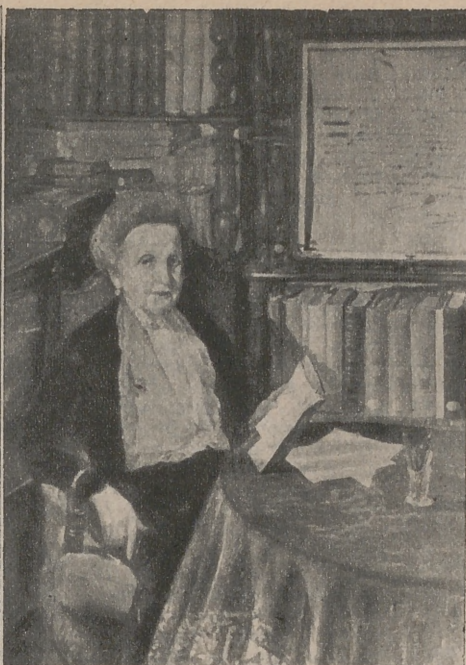
—Siempre uno; pero el más famoso, la más famosa fue la gata «Chittita» que pasaba todos los días a su cuarto a la hora del desayuno. En una ocasión, como encontrara cerrada la puerta, saltó sobre el picaporte y en-



Diez años van de una fotografía a otra: una, en 1920; otra en 1930



Doña Blanca en su mesa de trabajo en 1925



Un retrato de la escritora por el pintor Gros



La actual mesa de trabajo, poco antes de su muerte

tró en el cuarto colgada de él... Hasta la dedicó, divertidamente, una poesía...

Todo el mundo tiene algo que decir. Señoras y jóvenes hablan, como con cordas de las características esenciales de la obra literaria de doña Blanca. Es un ambiente inexpresable. Durante años ella misma fué creando ese clima. Con su retrato al fondo dan ganas de preguntarla en qué momento se despertó su interés por Tirso de Molina o por el Romancero. Dan ganas de preguntarla el secreto mecanismo que movió su vida, incesantemente activa, incesantemente amable, hasta la hora de la muerte. Dos días antes comenzaba un artículo. No se puede olvidar.

Mientras pudo moverse bien, este despacho fué el centro de su existencia. Llegaba a la silla hacia las once.

—Nunca jamás la gustó madrugar porque se acostaba muy tarde. Oía música a las dos o las tres...

Y en él estaba hasta la hora de comer. A las cinco, con un horario metódico, volvía a encerrarse entre sus libros.

—Hacia las ocho se retiraba un poco, se ponía unas joyas y se disponía a recibir a los amigos. Aunque había un día clave de reunión general, que era el miércoles, no pasaba uno sólo sin que dejaran de llamar a su puerta los visitantes... escritores, amigos, hispanoamericanos que venían muy a menudo a ver una de las mujeres que más activamente han intervenido en crear un mundo de amistad con los países americanos...

Desde la guerra dejó de salir a la calle, haciéndolo solamente por motivos muy importantes. Hay cosas curiosas: doña Blanca, tan activa de mente, no conoció el cine sonoro.

—Y tampoco el Metro. Decía que no la gustaba ir por debajo de la tierra.

Tenía una voluntad férrea, en un cuerpecillo fino y delicado. Si alguna vez tenía fiebre quería levantarse en seguida para recibir a la gente. Amigosa y alegre, sin un gesto de desagrado, pero con el gesto de una niña, recibía a quienes llegaban a su cuarto con estas palabras:

—Pues bien, hoy me tengo que justificar porque no me han dejado levantarme...

Poseía un culto extraordinario por su madre, a la que perdió a los dieciocho años. Era ésta una inteligente mujer, cuyos cuadros, óleos expresivos y realistas, cuelgan de las paredes de la casa.

—Ni por todo el oro del mundo—decía a veces—me desprendría de ellos.

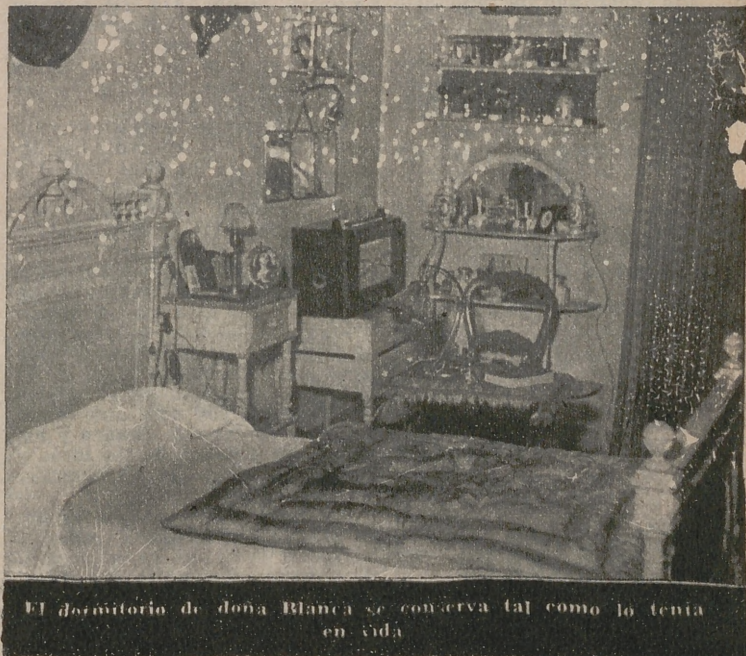
De la madre hereda esa honda y curiosa afición a lo blanco. Como máximo, condescendía con

lo azul. Así, algunas veces decía a su hija adoptiva: «¿De qué color quieres que te compre una chaqueta, azul o blanca?»

De la madre guarda también una campanilla de plata. Nunca jamás se separó de ella. En las últimas horas la apretaba fuertemente. Como una niña la tocaba a cualquier hora. La monja, suavemente, le decía que no lo hiciera para que no se despertaran los demás. A última hora puso esparadrappo en el badajo. Misteriosos caminos del sentimiento.

EL SALON DE LOS «MIÉRCOLES»

Pasado el despacho, en la misma línea, está el gran salón en el que se celebraron las famosas reuniones de «los miércoles». Desde decenas de años eran cé-



El dormitorio de doña Blanca se conserva tal como lo tenía en vida

libres. Doña Blanca no tenía prisa nunca por marcharse, incansable en las conversaciones, ávida de esos encuentros amistosos.

—*Su reloj no se adaptó nunca al adelanto de la hora oficial.*

Se sentaban a su alrededor y se leían trabajos literarios o se seguía cualquier conversación interesante. Para ella todo el mundo tenía algo agradable. En caso de no entender una cosa preguntaba hasta que lo comprendía. Le gustaba interesarse por todo, estar informada de lo que sucedía en el mundo, pero sin exageración. Integradora, hacía amigos a los discrepantes.

—*Su único pesar era tener que despidirse. No quería estar sola. A veces, mirándose al espejo, decía: «Es muy triste asistir a nuestra propia ruina. ¡Cómo voy a ser yo esa anciana!»*

Y es que hasta última hora se conservó milagrosamente la lucidez y juventud de su espíritu.

Jovial, llena de un agudo sentido de la observación, tenía inesperadas respuestas para cualquier frase. A veces contestaba con lo que ella llamaba sus «c-pitas».

—*Pero siempre decía que eran «copias» de lo hondo de la sabiduría popular, extrayendo conclusiones inesperadas.*

Amiga de las grandes figuras literarias, conoció a Menéndez y Pelayo y a la condesa de Pardo Bazán, quien, en un momento de enfermedad de doña Blanca, la llevó con ella a las Torres de Meirás.

—*Tenia un recuerdo emocionado de ella y hablaba muy a menudo de su amistad—hay que tener en cuenta que Blanca comenzó a publicar versos a los quince años con el seudónimo de Carolina del Boss, pareciendo siempre destinada a la literatura—. Cuando después, más tarde, comenzaron sus investigaciones sobre la obra de Tirso de Molina, Menéndez y Pelayo dijo: «Ha explorado la provincia más fértil de la literatura española...»*

Al gran salón de «los miércoles» venían de todas las partes; la puerta se abría, como hoy, sin preguntar.

LOS NIÑOS, ETERNO TEMA

Cuando doña Blanca de los Ríos vino a Madrid, después de haber vivido en París con una tía suya, era el año 1879. Tenía

veinte años. De joven había tenido el largo pelo rubio recogido en una gruesa trenza que la llegaba hasta la cintura. En ese tiempo, ya mujer, en casa de unos hermanos del famoso actor Romea, cuyos descendientes son ese grupo familiar que ha vivido a su lado hasta el último momento, conoció a su futuro esposo, el arquitecto Vicente Lampérez Romea.

El padre de Blanca había sido también arquitecto. Vicente Lampérez, que llegó a ser director de la Escuela de Arquitectura y un famoso tratadista, escribía también. De vocaciones semejantes, el matrimonio, celebrado el 3 de septiembre de 1892, es una especie de recorrido corto. Viajan al extranjero, conocen nuevos países, leen mutuamente los trabajos de cada uno antes de mandarlos a la imprenta; pero en una vida tan larga y dilatada como la de doña Blanca todo se queda atrás. Su marido muere en 1923. Desde entonces, vestida de luto, con sus blusas blancas, siempre blancas, toda su existencia queda reducida al trabajo y al noble arte de vivir en la bondad.

El matrimonio no tuvo hijos; pero su casa se llena de ellos. Acuden los más diversos. Tengo ante mí dos de ellos: uno, su ahijado; otro, un mozo de veinte años que vive también en la casa.

—*Todavía recuerdo perfectamente las historias que nos contaba. Estábamos siempre deseando estar con ella para oír la. Era de una variedad extraordinaria y daba a su voz una amplitud de matices tan sorprendente que nos hacía «vivir» las historias. Las había de loros verdaderamente ingeniosas...*

Me miran, durante un momento, con sus ojos brillantes.

—*Peró igual nos contaba con todo detalle, escogiendo las palabras adecuadas para que las comprendiéramos, la historia de la Revolución Francesa. Toda nuestra ilusión era estar a su lado. Y venían igualmente los hijos de los sirvientes... Parecía revivir al lado de los niños, y todos teníamos que llamarla así, nada más que Blanca.*

Las Academias española y americana han concedido a doña Blanca de los Ríos títulos y condecoraciones conocidos de todos. Creadora de obras importantes, de revistas como «Raza Española», sostenida por su propio peculio durante años y años, para enlazar espiritualmente a España con América, habiendo traspasado su obra las fronteras de nuestro país, con ser todo ello muy importante, no lo es más que escuchar de estos dos hombres, de los dos, este relato fresco y cercano de Blanca y los niños. La historia de los loros y la historia de la Revolución Francesa.

—*Y lo mismo hacía con las sirvientas. Se preocupaba, como si fuera un deber, de su educación. Las hacía inteligibles las cosas. Las hablaba de Dios, y después, como si fueran cuentos, mientras la servían la comida, les relataba quizá la aventura de Cristóbal Colón.*

Todo ello, en fin, es la ima-

gen interna, el rastro bendecido de su figura humana. La gustaba prodigiosamente enseñar, querer, y terminaba teniendo un diccionario para esos afectuosos e incansables don de entregarse a estas cosas. Siempre, como si fuera parte del secreto de su vida, advertía: «*La amistad es la especie más pura del amor.*»

Cuando la guerra, los milicianos entraron muchas veces a hacer registros en su casa; pero les asustaba su serenidad absoluta. Miraban entre los libros a ver si había dinero, y en cierta ocasión la acusaron de tener un fraile escondido en la casa. Claro que el «fraile» era el busto del fraile Tirso de Molina; pero, salvando esta jocosidad casualidad, una vez la cogieron una tarjeta postal de la librería y escribieron en ella, como si fuera verdaderamente una carta de la casa, una nota asegurando era verdad que tenía escondido al fraile...

—*Lo curioso es que cuando le presentaron la tarjeta, uno de los milicianos le preguntó: «¿Sabe usted leer?»*

Doña Blanca, según me cuentan sus familiares, respondió dulcemente: «*Me parece que un poco.*»

Sin embargo, su tranquila serenidad hizo que la tratasen siempre con respeto. «Doña Blanca», decían...

EL RETRATO DE DOÑA BLANCA DE LOS RÍOS

Su hija adoptiva y sus familiares están sentados en la pequeña salita. Hemos andado por toda la casa, nos hemos parado ante los libros, mirado la suave expresión de sus ojos en el retrato de Gros. Blanca de los Ríos y Villasant me dice: «*Últimamente me llamaba la niñera de su segunda infancia.*»

Hablamos de ella sin prisa.

—*Para mí—dice su ahijado—, lo más notable de su cara era la expresión de sus ojos. Se notaba en ellos la profundidad de su pensamiento y chispeaban al hablar.*

—*Era muy bajita. ¿Verdad?*

—*Fue siempre muy bajita, y con la edad se había reducido mucho; pero era ligera y se movía muy graciosamente.*

—*¿Y el cabello?*

—*Muy rubio...*

—*Peró un poco rojizo.*

—*No; siempre fue muy rubio, y yo la recuerdo todavía con su larga trenza...*

—*Tenia una piel blanca, fina y transparente; casi sin arrugas, aun en los últimos días.*

—*Y unas manos blancas, hermosas, que llamaban la atención.*

—*Peró no crea que cuidadas artificialmente. Eran unas manos naturales, muy expresivas.*

—*Si tuvieran que decir con una sola palabra su principal condición, ¿qué dirían?*

—*La serenidad.*

—*No tenía jamás un gesto de cólera ni de irritación.*

Esperó la muerte y esperó a Dios. En el despacho, el sol alumbraba fugazmente, luminosamente, la viva y despejada figura de Blanca.

Enrique RUIZ GARCIA

(Fotografías de Mora.)

LA MAS PALPITANTE ACTUALIDAD DEL MUNDO ARTISTICO Y LITERARIO, LA ENCONTRARA USTED EN EL GRAN SEMANARIO

LA ESTAFETA LITERARIA



TORREVIEJA,

ESPEJO DEL MEDITERRANEO

LA GRAN ZONA HABANERA DE LA TIERRA

A las doce de la mañana del día 3 de abril seis estampidos blancos pusieron seis nubes fugaces en el cielo lisamente azul del alicantino pueblo de Torre Vieja. Por las largas y estiradas calles, infinitamente rectas, como un postulado euclídeo; por las plazas poligonales, simétricas, corrio, alborozada y alegre, la buena noticia: «El primer premio lo ha ganado Torre Vieja».

Los seis cohetes en la tercera dimensión de los espacios iba rubricando las felicitaciones.

A las diez de la noche del día 2 de abril, de este mes preciso que nos pasa, el teatro Iris del también alicantino pueblo de Crevillente estaba más que lleno. En los laterales pasillos, muchachas jóvenes y hombres maduros, mujeres mayores y varones que casi no abandonaron la quincena, ponían la diáfana estampa de los vestidos regionales, de las blancas camisas, de las faldas oscuras, de las fajas azules, verdes o coloradas de los uniformes.

Se está celebrando el I Certamen Provincial de Habaneras.

Las flechas que figurativamente pudieran representar las ondulaciones del aire están suspensas, estáticas, nulas en su dinamismo. Hay un perenne silencio emotivo a lo largo del edificio. En el escenario canta un coro. Después, las manos de los presentes certifican el sonido del aplauso.

Ha cantado, abriendo, el coro crevillentino. Han cantado también Los Trovadores de Elche, dirigidos por una mujer. Ahora, colocadas las personas, cuidadas las voces, dispuestos los tonos, la Masa Coral torrevejense de Educación y Descanso ha surgido detrás del telón turquesamente azulado. Ha aparecido—contraste de sus canas con el paño de su traje—la figura apacible y justa de Francisco Vallejós Albentosa, de Torre Vieja, director. Torre Vieja ha empezado a cantar.

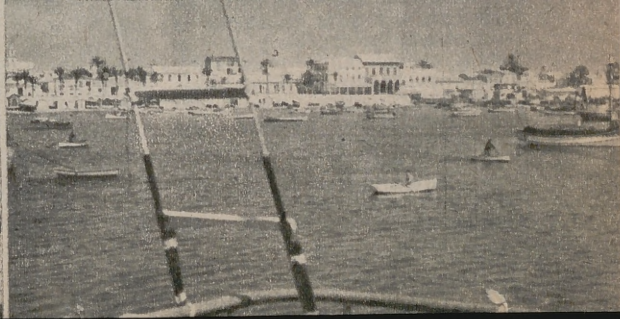
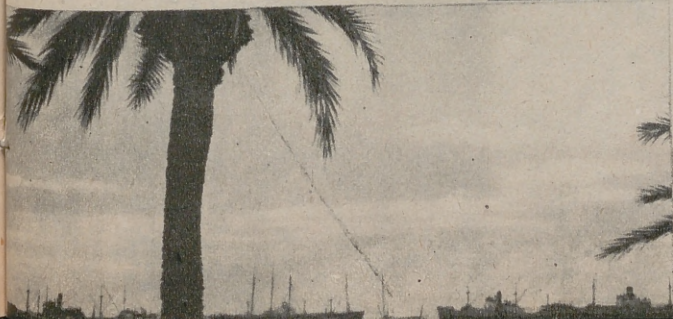


UN LUGAR IDEAL PARA EL VERANEO CON SETENTA Y CINCO DIAS DE FIESTAS SEGUIDAS

Y ha cantado «Habanera tropical»—habanera obligada—, y los que la escuchan han retumbado las paredes con la potencia del aplauso, y ha ido después, con seguridad fina, deslizando «El platanar»—«En un rico platanar que tiene La Habana entera»—, y el reducido trueno de las vibra-

ciones ha hecho saludar con cortesía al que dirige; y al final las cien voces mixtas—hombres y mujeres de todas las edades—han perfilado, suavísima, delicada, cálida y profunda, «Una mañana». Se van diapasonando las palabras—«Una mañana que al despuntar el sol, bajando al valle la ví galana»—; se van quedando los ecos que persiguen las sonoridades prendidos por las filas, por las agrupaciones, por las comunidades; se van unificando los comentarios, las críticas, las apreciaciones.

Cuatro ángulos de la bahía de Torre Vieja, espejo del Mediterráneo, auténtico paraíso de Levante, uno de los lugares más acogedores de la tierra



Doce horas después seis estampidos blancos, como seis nimbos de trueno, han llovido el triunfo.

Por las calles de Torrevejeja ha corrido la noticia: «Se ganó el Certamen».

Sobre los corazones de los que espectadores fueron ha galopado el recto sentir de la justicia.

Toda la comarca, en definitiva, se ha estremecido en el fasto con la actual perennidad del hecho: «He aquí la gran zona habanera de la tierra».

AIRE, MAR Y TIERRA PARA ESCUCHAR LA HABANERA

Las islas Hawai caen lejos. Tan lejos que para llegar a ellas hay que dar la vuelta al mundo. Esa navegable vuelta para los barcos que vienen por sal a Torrevejeja—ésta sí que es la mejor sal de la tierra—y que se la llevan al Japón, incluso.

El paralelo geográfico que corta a las islas corta también la ruta de un mercante griego que ha dejado su cargamento salino en el archipiélago japonés. A las doce de la noche—hora española—la radio del buque deja, cadentes, oír unas estrofas en unas palabras: «Cuando una nube color de rosa—dice a los campos que viene abril—de amor sediento por verte hermosa—bajo a la orilla del Yumuri». El radiotelegrafista del barco ha sacado su guitarra y también se ha puesto a cantar: «Cantan las aves, murmura el río—todo me dice, todo me dice—que estás tú allí—le da la calma al pecho mío—la guajirita, la guajirita—del Yumuri...» El marino griego seguía, día a día, hora a hora, noche a noche, el I Certamen Nacional de Habaneras de Torrevejeja.

Las islas Bermudas son, en el Océano como la huella de una pisada de la tierra sobre el agua. La Compañía Cubana de Aviación, con su «Superconstellation CU-470», hace el trayecto Madrid-La Habana con parada en aquella latitud marina. El sábado 6 de agosto de 1955, a la una veinticinco de la madrugada, cuando el cuatrimotor despedía bajo sus alones a las islas americanas, por la radio del avión iban y venían las bellas y lánguidas estrofas de una habanera cantada en tierra española. Los buenos pilotos cubanos—ingrávidos bajo las estrellas—cantaron, henchido el pecho, templada la voz, tenue la emoción, los ritmos del acompañamiento. A los dormidos pasajeros, ajenos al suceso, no les llegó el canto que—cientos de kilómetros a la hora—corría a miles de alturas sobre las materias de los mares: «Mañana, ya lejos de tí, mi adorada—qué lentas las horas serán si tu amor...» Los buenos pilotos de Cuba hicieron el vuelo más feliz de su vida.

La finca «Lucerito» de Camagüey es un cañaveral perfecto. La dulce caña—la caña de azúcar, la caña alzada—se trocha y se desmocha acompañando la guajira, el son, la rumba o el danzón. «¡Ay, niña mulata, no vengas más!» Pero el mes de agosto del año pasado, en la finca «Lucerito», de Camagüey, las cañas, en horas determinadas, están más libres, más enhiestas.

—Negrita, no seas sosona, que van a cantar.

La peonada de todo color—porque el amor, un filarmónico que gusta de catar el canto, ya les dió la noticia—está delante de la radio. Por la boca metálica del amplificador van recortándose los compases, los estribillos. La peonada, los capataces, el amo mismo—Juan Lucero, que luego escribiría una carta—, están pasmados, graves, imperceptiblemente movidos por el ritmo lento de la habanera, como si zumbara un viento suavísimo sobre el palmar. Canta la Coral Schuberiana. Y su cantar llega hasta la isla. Y su letra—«Es Torrevejeja un espejo—donde Cuba se mira—y al verse suspira—y se siente feliz—se rebambolea en los susurros de la peonada. Por todos los distritos, a semejanza, se corrió y se escuchó la estrofa. Y la posterior, y la anterior, y las que entre medio se cantaron. Cuba—allí la finca «Lucerito»—se esponjó de gozo.

Por el mar, por el aire y por la tierra, Torrevejeja fué entonces—ahora también, que ahí están los seis cohetazos—la gran zona habanera de los cinco Continentes.

UN CORO DE TREINTA MIL VOCES A LA ORILLA DEL PALMAR

Por la bahía de Torrevejeja las noches del verano son tan penetrantes y tan embaucadoras como cien novísimas orquestaciones sinfónicas de los cantos de las sirenas. El pueblo—al fondo, los barcos que no fueron a la pesca, las lanchas que reposan menores singladuras—se gloria de un paseo de palmeras abierto y espacioso, apto en exclusividad para la armonía. Torrevejeja ha sido—año de ayer—el sitio donde más densa y pura se concentró la habanera de los tiempos de ahora. En el paseo palmerado, en los días que empiezan el uno de agosto, se levantó una gran concha acústica; allí cantaron y recantaron los coros, los duetos y los solistas de las latitudes de España.

Rosita Montesinos—valenciana que canta la habanera—ha subido al tablado. Veinte mil sillas y treinta mil personas han contenido los susurros y se ha hecho un apretado silencio, confundido apenas con la suavísima resaca de las olas. Rosita Montesinos ha empezado a cantar «Julia», habanera obligada para solistas. Y no ha podido terminar porque el pú-

blico, con las ovaciones sostenidas, ha consumido para sí las estrofas.

Han cantado—ocho días enamorados, ocho días surgidos del más fantástico cuento que las invenciones tejieran—los coros de Murcia, de Valencia, de Crevillente, de Alicante, de Totana, de Dolores, de Tarrasa, de Elche, de Callosa... Todas las sillas de las casas han salido al paseo de las Palmeras. Al amanecer—un alba tan cercana que todos los días se ha tocado con la punta de los dedos—las gentes han ido a dormir con el resonar de las habaneras saliéndoseles por los mismos tabiques del corazón.

Y las gentes, cada una en sus preferencias, ha elogiado siempre el fino compás de los coros que dirige don José Hódar o la alta calidad de las voces que aúna don Francisco Vallejos, torrevejenses.

La octava noche, la última del I Certamen Nacional de Habaneras, como se echó de menos la prometida presencia de los coros cubanos, de esos coros que no han de faltar este año, porque su ausencia es como si en la gran familia no estuviera el hermano mayor, el hermano que dispone del regusto para catar las cosas—, dirigió los coros torrevejenses el más pequeño director de España, que no sabe música, que no sabe armonía, que no sabe ni composición ni solfeo, que aprendió la técnica al conjuro de las habaneras escuchadas. El hijo del doctor Ruiz Rey es un pequeño de cuatro años, de rizado y oscuro pelo, de ojos negros y hermosos, que remedó, fecha tras fecha, desde las rodillas de su hermana mayor, los gestos de los directores de los conjuntos. El último día el maestro Vallejos le cedió el sitio. Y allá fué al aire, sonora, ingenua, sencilla y sentimental la habanera dirigida por cuatro años inocentes que jamás entendieron de música. Treinta mil constantes asistentes, de pie en espontáneo homenaje, dieron fe y sirvieron de notarios en el acontecimiento.

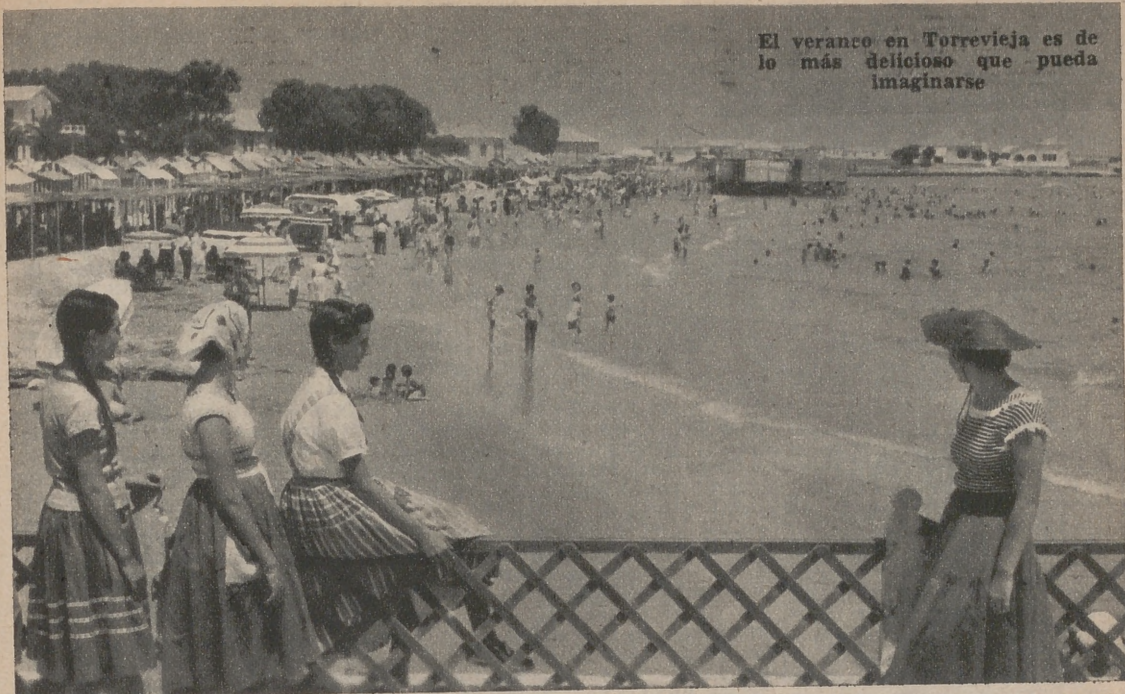
Ocho días de habaneras seguidas confieren la garantía de vivir en un mágico tras mundo donde todo es posible y donde nada tiene cabida si no es la felicidad.

Y, así, después que por las tres intersecciones de los espacios, oídos nostálgicos escucharon, una por una, las audiciones que transmitieran Radio Nacional o Radio Murcia—aquí los sempiternos votos de gracias de los torrevejen-



Playa de los Locos y su típico palmeral

El verano en Torrevieja es de lo más delicioso que pueda imaginarse



ses—, las tres intersecciones de los espacios también pudieron sensibilizar, como rúbrica secada por el papel de lo vivido, el más gigantesco coro que jamás se reuniera en parte alguna de la tierra. Treinta mil voces, treinta mil gargantas espectadoras cantaron —emocionadas, transfiguradas— la habanera «Torrevieja», la habanera que compusiera el torrevejense Ricardo Lafuente. «Es Torrevieja un espejo—donde Cuba se mira—y al verse suspira—y se siente feliz...» Está vez sí que cantaron todos: los pescadores que viven en el barrio del Sequiol, los hombres que trabajan en las salinas, los veraneantes que llegaron con todos los pasaportes los extranjeros, que se pusieron atónitos y entregados por aquello que nunca imaginaran. Habían cantado las masas corales de la localidad. El público—su público—cantó también. Ahora sí que, sin necesidad de aparatos emisores, por los vehículos aéreos que transmiten el sonido, se fué extendiendo—cinco Continentes en el camino—la canción más dulce, la canción más bella, la canción más sentimental, la canción más amada: la habanera. Un inmaterial tesoro que ofreció Torrevieja el verano pasado, ocho noches seguidas.

Jamás las crónicas de los tiempos se quedaron tan estupefactas.

DE CUBA ACA, PARA EL II CERTAMEN DE HABANERAS

Si Torrevieja tiene una pasión, una pugna, ella reside en la canción, en la habanera. ¿Hay algo mejor, algo más bello, más esforzado? Porque la habanera dispone del don ultrarreal de olvidar diferencias, de abandonar contradicciones, de borrar inconvenientes.

Don Luis Muñoz Portillo es un catalán que llegó con su mujer, el año pasado, al buen pueblo mediterráneo. Iba con la ilusión de oír las habaneras, porque él tuvo las noticias del I Certamen. Mas los días presentan su lado oscuro, y a don Luis Muñoz Portillo, el mismo día de llegar, se le perdieron setecientas pesetas. Mal comienzo.

La blanca concha del escenario, aquella noche, comenzó a moverse en la metáfora de las actuaciones de los coros. Y fueron saliendo las estrofas: «Son tus ojos, mulata,—bien mto.—dos luceros que embriagan—mi pecho».

Los señores de Muñoz Portillo perdieron, esta vez por propia voluntad, los billetes del tren.

—¿Hay algo mejor que oír una habanera?

Ya está en el aire otra vez, próxima, inmediata, junto a las gentes, la convocatoria del II Certamen Nacional de Habaneras. Ya están para ella dispuestos los premios—los premios que donaron el año pasado las entidades, los premios que ahora llegarán nuevos, porque la habanera cuando canta sabe pedir y no hay nadie que se resista—; ya están para el concurso prestos y entrenándose y ensayando y conjuntándose los coros que fueron el año pasado y los que llegarán por vez primera, y los que aumentarán el censo musical, porque nada hay como una habanera cantada por cien voces en el paseo de las Palmeras de Torrevieja.

Y si a España y a las regiones que llevaron sus coros no hace falta volver a repetir la proclama—he ahí el ejemplo, como muestra laudatoria, la hoguera que ha levantado el distrito de San Fernando—Lonja, en Alicante, ensalzando y encmiando aquel gran I Certamen—para el mundo, otra vez se lanza la noticia. Puede venir el que quiera—aquí, los negros de las Antillas llorarán de tradición en la escucha de la estrofa, y las mulatas que pasean por los versos tomarán carne y cuerpo en la realidad hecha—, puede venir el que quiera y el que se dé prisa, pues el tiempo está cercano. Universal es la habanera y universal su canto. Universal el viaje, universal la llegada.

Este año, la verdad, por el muelle de Mínguez, por los tabernucos marineros con nombres de pescado, por el paseo de las Rocas—donde los enamorados se sientan en los bancos de piedra, junto a las mismas peñas de la mar, viendo venir, avanzar, caerse de puro mimosona a la noche—habrá habaneras negras, habaneras mulatas, habaneras levantas, habaneras torrevejenses. Los rostros morenos, oscuros, de los cantores, los tipos elásticos y felinos de las razas serán

Playa del Cura, en plena temporada veraniega



el marco contrapunteado donde la habanera este año se formará tan grande que, saliendo de la concha del paseo de las Palmeras, irá navegando por los mares, repasará los campos y las montañas y las lagunas y las cordilleras, y volando, volando por los espacios hará, sencillamente, sin darle importancia, la auténtica cubicación de los hemisferios de las constelaciones.

HOMBRES DE TORREVIEJA, POR TODAS LAS TIERRAS DEL MUNDO

Torre Vieja, cada vez más, se ensancha y se alarga por los meridianos, por los círculos máximos y mínimos, por los triángulos esféricos de las geografías. No son ya los cientos y cientos de entradas reservadas para este próximo certamen habanero—ahí los Mora, de Murcia; los Huertas, de Elche; el marqués de Rubalcaba, de Orihuela; los Baldúque, de Madrid—; no son los que, al conjuro del certamen primero, volvieron a su tierra, largos años atrás dejada—ahí don Diego Ramírez Pastor actual presidente de la Hermandad de Torrevejeneses en Barcelona—; no son los que de los pueblos de alrededor—Callosa, Almoradí, Rojales...—se desplazan en cuanto canta un coro, en cuanto se intuye una habanera en el ambiente: son los que viven y trabajan a centenares a miles de kilómetros; los que ayudan, los que escriben, los que han vuelto a sentir la alegría del propio nacimiento—mes de agosto de 1955—en la tierra donde vinieron a la misma.

Caracas es la capital de Venezuela: cosa conocida. Pero Caracas es también la sucursal de Torre Vieja en América del Sur. Ahí está, cabeza visible, la emoción y la generosidad de Viriato Alarcón Andréu—un torrevejense que cruzó los mares—, y que ha puesto a su casa el nombre querido de Villa Torre Vieja. Peso a peso—moneda del país—, diez o doce mil duros—no ha de contar el total, que es lo de menos—han ido renovando las camas del hospital, creando los centros asistenciales, mejorando, en suma, las necesidades. La distancia no separa, sino que une, mucho más cuando el inmaterial lazo es una canción que lleva dos nombres: «Habanera y Torre Vieja».

Un semanario tiene Torre Vieja que papelea por los extranjeros países. Un semanario, joven todavía, que se sostiene gracias a las lecturas y a las suscripciones de los torrevejenses de dentro y

de fuera; un semanario que cuenta, que trastea, que azuza, que endulza los pequeños ocurridos, los mínimos sucesos de la localidad; hechos que sólo tienen valor, precisamente, para los vecinos y los naturales, que conocen a los protagonistas.

El semanario «Vista Alegre»—ahí la eficaz labor de su director José María López Dols y la de todos sus colaboradores—ha sido también forma propiciatoria para la difusión del nombre. Y María Gil, la pianista torrevejense que vive en Inglaterra, es suscriptora; y Gloria Bru, aquella dulce mujer que se casará con un nórdico, es suscriptora; y Leandro Bernabé, un marino que recorre los mares a bordo de un yate inglés es suscriptor y recoge su periódico nativo cuando amarra en Estambul, el turco puerto que le espera con establecida cronología.

Este año, la verdad porque así ha de ser, el semanario «Vista Alegre» espera aumentar la tirada. La ayuda y la suscripción de los torrevejenses que aún no se enteraron de su existencia no le ha de faltar. Así en cada país, en cada ciudad, en cada rancho, bohío, plantación o jardín de los mundos podrá seguirse nulo el tiempo, la marchosa biografía de la habanera.

DOS MESES Y MEDIO DE FIESTAS CONTINUADAS

El camino de Torre Vieja parece un clásico palacio árabe, donde sólo falta la presencia auténtica de los turbantes enroscados, de las capas de colorines, de los caballos de los jinetes del desierto amarrados de las bridas a los porches. Porque enfrente, con el mar como espejo, van y vienen, hechas hoy realidad, las historias de amor que por los años del siglo XI versificaron en casidas los poetas de los Reinos de Taifas.

Han pasado cuatro años. Un día del mes de agosto llegó—como tantos otros—un barco a cargar sal, un barco inglés con destino a los italianos puertos del Mediterráneo. Conchita Carbonell, gracia y belleza hecha mujer, va con sus amigas a un baile del casino. En la rada, hundida ya la línea de flotación en el agua, el barco espera la pronta marcha. Espera también—doble espera—que regresen los marinos que fueron al baile del casino de Torre Vieja, del casino que parece un palacio árabe. Conchita Carbonell está sentada, mirando al mar. El mar siempre igual, es para los pensamientos siempre diferente. Delante de ella, un

muchacho rubio, alto, elegante, ojos azules como los caminos que recorre, la invita mudamente a bailar. Aquella tarde, sin que los augures lo presintieran, se había gestado el lazo eterno del matrimonio. No hay obstáculos para el amor ni aunque sean extraños los idiomas y nunca se hayan oído. Dos años, de novio por carta, dos años fieles, apasionados y enamorados. Otra vez la distancia no separa, sino enlaza. Hoy, Conchita Carbonell, de Torre Vieja, que en los veranos asistiera a los bailes del casino, vive, feliz y contenta, en Newport, con un marino inglés que un año fuera por sal a Torre Vieja y la encontraría para toda la vida.

Torre Vieja, así, presenta con esta garantía—caso repetido en las narraciones de los tiempos—la fórmula perfecta para un veraneo feliz. Junto a las habaneras—en cada esquina un son, en cada puerta un arrullo—, dos meses y medio seguidos de fiestas, de novedades, de sorpresas, de aficiones para todas las edades para todos los gustos y para todas las preferencias hacen que el veraneo en Torre Vieja no presente, es la verdad, comparación con ninguna de sus características. Dos meses y medio seguidos, día a día, de sol, de armonía, de tranquilidad, por un lado; de fiesta, de baile, de verbena, por otro, justifican mejor que palabra alguna la imperiosa necesidad de no sentir gana alguna de que aquello se termine.

La Torre del Moro es un lugar elevado, plano, como la base superior de un gigantesco tetraedro truncado. A su frente, el mar azul, el mar rumoroso, el mar abrigado por las incidencias de la luna. Allí, en la noche, en la hora en que viajan los espectros asombrados se celebran las más originales verbenas que imaginarse pudieran. De repente se han apagado las iluminaciones: de cuatro esquinas sale un humo rojo, una luz resplandeciente de cuatro bengalas. Y una danzarina exótica—una danzarina con presencia de canon—baila, dibuja y modela «La danza del fuego». Los barcos que con sus prismáticos pudieran otear el espectáculo creyeron ver, si no lo comprobaban fiestas extrañas de telúricos mundos.

Esto fué el año pasado. Este año además habrá una verbena pirata. Del mar mismo desembarcarán, armados, al abordaje—como aquellos tigres de la Malasia que contara Salgari—, los piratas del coro. Y las danzas femeninas de las bailarinas, en conjunto espectáculo, habrán trasladado, al contemplador, al repar-

Las calles de Torre Vieja son todas rectas como la de la fotografía. A la derecha: Un grupo de «armados» en la reciente Semana Santa



Perspectiva del gran paseo de los Eucaliptos, al borde del Mediterráneo



to del tesoro de cualquier buque filibustero de las islas del Caribe.

Y otro día se celebrará el Primer Certamen Nacional contra Reloj de «Biscuter», Gran Premio Torrevieja, por primera vez en España. Para él ya se cuenta con las inscripciones de Antonio Sánchez Llanos, Juan Mateo García, Santiago Bianqui Mateo, José Samper y José Romero Sobrino, dueños de torrevejenses vehículos de la categoría.

Y después también otro gran concurso de pesca infantil y de pesca superior—he aquí verdaderamente el gran paraíso de los pescadores—; y Vuelta Ciclista, patrocinada por el Club «Bernardo Ruiz», de Orihuela; y la reformada y ampliada velascope marítima, con la música difundándose por toda la bahía.

Así volverán otra vez las quince jóvenes francesas que llegaron de Burdeos y aprendieron a cantar habaneras, y aquellos cuatro montañeros alemanes del mismo valle del Tirol, y, por entonces, los barcos salineros retrasarán o adelantarán su viaje, que una novia en Torrevieja es más salerosa todavía que el mismo sabor del propio cargamento.

UN ESTRENO IMPORTANTE: CARRETERAS ASFALTADAS

«Cien años del progreso de Torrevieja a través de la fotogra-

fía Darblade» será el título de una curiosísima Exposición fotográfica, donde podrá irse contemplando el avance del torrevejense lugar.

Porque hoy Torrevieja, a pesar de sus preocupaciones, de sus problemas y de sus proyectos, que forzosamente se resolverán a gusto y mejor conveniencia de todos, va cambiando su fisonomía. Torrevieja cada día es más luminosa, más alegre, más confiada. Y porque hay voluntad y firmeza en los hombres que trabajan por su pueblo—ahí están, entre muchos, los Tarín, Girona, Corona Sánchez Llanos, Sánchez Sala Ballester, Berná, Galiana, Sala Pérez, Sala Castell, Atienza, Quesada, Anierte, Mateo, Alcañiz, Saez, Zafra, Moreno, Caro, Hódar, Vallejos etc., etc.—se podrá ir consiguiendo todo lo necesario, aquello que hace falta todos los días.

Ahora ya está, real y verdaderamente—salieron las obras a subasta, aprobadas por el Ministerio de Obras Públicas—, la reparación y construcción del muelle pesquero, lo que dará nuevo impulso a la pesca local; luego vendrá—porque es salida natural de los productos de la vega baja del Segura, con el consiguiente abaratamiento en el transporte—el muelle comercial que Torrevieja tiene solicitado; pronto estará terminada la nueva biblioteca municipal, con un fondo inicial de más de dos mil volúmenes.

precedentes de voluntaria donación; en seguida crecerán los pinos que se están plantando por las cercanías...

Y lo que es también muy importante, Torrevieja estrena este año carreteras nuevas, carreteras asfaltadas, de orden primero, por las que los vehículos de transporte y de turismo rodarán veloces, sin el acompañamiento del polvo ni el sorteo de los hoyos del camino.

En los inviernos, pues, Torrevieja ha de mirar con confianza lo venidero; en los veranos, Torrevieja mirará con amistad a sus visitantes. Y todos—la habanera saliendo por los trazados de la topografía, los veraneantes tostándose al sol de las playas, gozando al compás de las verbenas; los hombres de la comarca en sus trabajos cotidianos—podrán conseguir de una perenne vez que Torrevieja sea el lugar más paradisiaco de la tierra.

Entonces habrá una inamovible habanera suspendida como un faro permanente de las altas capas de la atmósfera. Y el panorama tendrá placidez, belleza, ingenuidad y encanto. Como ahora.

José María DELEYTO

(Enviado especial.)

(Fotografías de Darblade.)

Plaza de los Caídos y paseo Marítimo: dos bellos rincones de Torrevieja





ESPAÑA Y PORTUGAL, UNIDAD TURISTICA

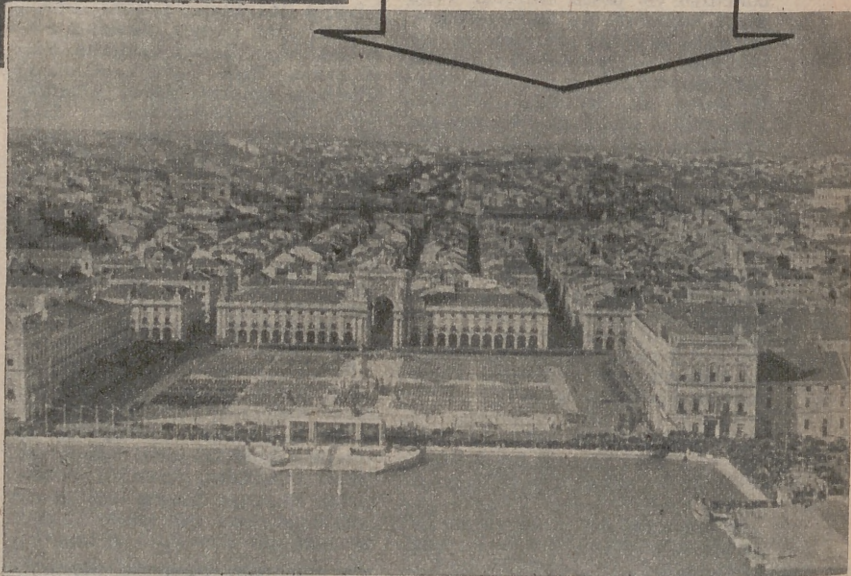
**LAS FRONTERAS POLI-
TICAS NO SON BARRERA
PARA EL VIAJERO**

**LAS RUTAS IBERICAS
DE LOS CASTILLOS Y
MONASTERIOS, DE
LAS PLAYAS Y DE LA
MUSICA, ATRACTIVO
MAXIMO DEL TURIS-
MO INTERNACIONAL**

EL viajero que sube al «Lusitania Expreso» a las diez de la noche en la estación madrileña de Delicias, antes de las diez de la mañana puede bajarse en Lisboa, a las orillas luminosas del Tajo, en el puerto natural mas grande del mundo entero. Menos de medio día se invierte en el «Lusitania Expreso», que es entre los trenes internacionales uno de los de más rango y empaque. Sólo 413,45 pesetas vale el billete de primera clase para viajar en sus lujosos vagones, donde los servicios funcionan al segundo y su comodidad hace pensar en un gran hotel en el que ningún pormenor se descuida y ninguna atención se regatea.

Y si de viajar en avión se trata, Portugal y España estan a una hora escasa de vuelo desde sus respectivas capitales. Sevilla a Lisboa es un trayecto que se recorre en una sola noche. Vigo de Oporto dista cuatro horas de ferrocarril. Por carretera hay menos kilómetros entre Lisboa y Madrid que desde esta última ciudad a Cádiz. La travesía La Coruña-Lisboa no llega a las veinticuatro horas.

Por tierra y por mar en avión y en tren, las comunicaciones hispanoportuguesas son rápidas, frecuentes y fáciles. Las fronteras políticas no representan ninguna barrera geográfica entre ambas naciones. Ahora que se habla de formar los grandes complejos económicos, culturales, financieros, que agrupen distintos países, la



Arriba: La catedral de Santiago de Compostela, joya del románico español. Abajo: Vista general de Lisboa

Península Ibérica debe ser, también, una gran unidad turística. Portugal y España han de aparecer en los escaparates de las agencias de viajes como el conjunto turístico más sugestivo y completo de Europa. La ruta de los viejos castillos no puede quebrarse en Salamanca sin penetrar en el verde paisaje de Guimaraes. El Camino de Santiago señala a todos los creyentes que kilómetros más lejos está la Cova da Iria, en la feigresia de Fátima. El traza-

do de las antiguas calzadas romanas apunta a la Extremadura portuguesa y a las tierras alemtejanas. Historia y geografía, arte y folklore suelo y clima, están reclamando la organización de las grandes rutas ibéricas de turismo. Cuando éstas sean una realidad, no se podrá dar el caso del viajero que visita Mérida y que se queda sin conocer la ciudad-museo de Elvas, a un puñado de kilómetros más lejos. Algo tan ilógico como llegar a Madrid y no



ver El Escorial... En esta hora en que Portugal y España son las tierras mimadas del turismo europeo, es el momento de sincronizar horarios y de soldar las rutas de interés para los viajeros. Las rutas ibéricas pueden ser tan famosas en el mundo como el Valle del Sol para los americanos o los lagos suizos para los centro-europeos.

LA RUTA IBERICA DE LA ORACION Y DE LA FE

Estos sencillos acontecimientos acaecidos allá por el siglo IX fueron suficientes para transformar unas tierras escasamente pobladas en una de las ciudades más importantes de la cristiandad. Sucedió entonces que el ermitaño San Fiz visitó a su obispo Teodomiro para manifestarle que en las cercanías del monte Libredón tenían lugar hechos extraordinarios. Hablaba el santo varón de cantos angélicos y luminarias sobrenaturales.

Obispo y eremita, seguidos por muchos vecinos se trasladaron al lugar indicado y el 25 de julio de aquel año 813, en una cueva de lo más espeso del bosque, encuentran el sepulcro de Santiago, hijo de Zebedeo. Enterado el Monarca, Alfonso II, ordena erigir una iglesia en el lugar del hallazgo. Pronto las tierras vecinas se transforman en gran ciudad. El episcopado se traslada a su caserío y en torno a la iglesia y monasterio se siguen edificando viviendas, torreones, murallas, hospederías... El lugar fué bautizado con el nombre de Santiago de Compostela, que vino a ser meta de las más grandes peregrinaciones de Occidente. Las rutas que allí conducían fueron camino de

cultura y civilización para nuestra Península.

Hasta aquí la referencia histórica a la fundación de esta capital gallega. Muchos siglos más tarde, en las tierras limitadas por los ríos Duero y Tago, en el corazón de sus extensas llanuras y suaves montañas, se iba a producir otro prodigio. El día 13 de mayo de 1917, tres pastores apacentaban sus ovejas en el lugar conocido por Cova da Iria.

Serían las doce de la mañana cuando observaron a escasa distancia una claridad como si se tratara de un relámpago. En vista de ello reunieron el ganado con intención de regresar a sus casas pero una nueva claridad surgió sobre una encina, y rodeada de esa aureola, una Señora de extraordinaria belleza, toda vestida de blanco. Su rostro de celestial hermosura, dejaba transparentar cierta tristeza; de sus manos pendía un rosario de cuentas también blancas, rematado por una cruz de oro. Era la primera de las apariciones de la Virgen de Fátima.

Mucho antes que el obispo de Leiria declarara en su Pastoral de 13 de octubre de 1930 como dignas de fe las apariciones, creyentes de todo el mundo fueron en peregrinación a la feligresía de Fátima.

El sepulcro del Apóstol y la Cova portuguesa son lugares que están presentes en los corazones de los católicos. Con ellos no se agotan los centros de devoción de la gran ruta ibérica religiosa. Zaragoza y Montserrat, Guadalupe, Covadonga y Loyola; Guimaraes y Braga y Sameiro, son otros tantos puntos donde debe hacer es-

cala el peregrino que venga a tierras peninsulares. Una ruta devota y santa, que llega desde el Mediterráneo al Atlántico, que atraviesa de Norte a Sur el solar ibérico. En un mundo que parece vuelto de espaldas al cristianismo, la Península ofrece un camino piadoso sin par en ningún otro país, con un pueblo católico y creyente. Esta podría ser la primera gran ruta ibérica, la ruta de la oración y de la fe.

LOS CASTILLOS PORTUGUESES, HERMANOS DE LOS ESPAÑOLES

De Madrid a Cáceres, la carretera se extiende a la sombra de los viejos castillos. En sus inmediaciones están los de Escalona y Maqueda, Oropesa y Trujillo. Entre Madrid y Valladolid, los de Turégano, Coca, Cuéllar, Medina del Campo, Peñafiel, Simancas... Más allá de la frontera, las tierras portuguesas son también tierras de castillos.

Si se va en busca de estas construcciones saliendo de Vigo, nada más cruzar el puente internacional sobre el río Miño, está Valença do Minho, antiguo recinto amurallado con siete baluartes. Siguiendo por una campiña de yerba tierna y jugosa, se alza Monção que conserva sus fuertes medievales y que hacen revivir las leyendas de las guerras fronterizas. La construcción militar de Paço de Brogueira es única por su garbo y majestuosidad.

Pronto se llega a Braga, capital de la región que disputó a Toledo la primacía religiosa de los Reinos cristianos. La ciudad es visible desde lejos por hallarse situada sobre unas colinas, en el centro de una llanura verde, pobla-

da de casitas alegres y limpias. Braga parece una ciudad construida para las aventuras de los años de la Reconquista, abraza a por su vieja muralla, que conserva sus piedras milenarias mordidas por el verdin de las lluvias. Destaca entre ellas, las proporciones del castillo que fué construido por Don Diniz. Desde sus almenas se descubre un dilatado panorama; por todas partes prados, valles, campos y bosques ofreciendo los más variados matices.

No lejos, sobre la ribera del río Ave, el castillo de Guimaraes, soberbia fortaleza de la antigüedad, con siete torres cuadrangulares y la gran torre del homenaje. monumento éste de los más representativos de Portugal. Entre sus muros nació el fundador de la Monarquía lusitana.

Ruta al Sur, Vila Real con su castillo de Quintela, de edificación árabe. Y Braganza, a ocho kilómetros de la frontera española, rodeada por una muralla y al pie del célebre castillo gótico. Bajando más al Sur, Guarda, fundada por Sancho I para servir de «guardia» contra los moros. En tiempos de la guerra contra Napoleón, fué escenario de victoriosos combates contra sus huestes. Se conserva todavía el castillo y el encintado de las murallas.

Entre las piedras del fuerte de Tomar resistieron los cristianos a los soldados de Abu Yusuf, alla por el siglo XII. En los baluartes de Santarem murió martirizada Santa Irene. Arte e historia, leyenda y poesía, se funden en los sillares de los castillos portugueses. El de San Jorge, de Lisboa; el de Leira, el de Cintra; el de Obidos... son otras tantas fortalezas hermanas de nuestros castillos de Ponferrada, Valencia de San Juan, Belmonte, Piedrabuena, Medellín... La ruta ibérica de los castillos es un valor turístico que ninguna nación puede ofrecer con tanta variedad y poder de evocación de los tiempos pretéritos. Es una realidad pendiente solo de la organización que fije la ruta que ha de enhebrarlos.

LA PENINSULA, PARAISO DE CAZADORES Y PESCADORES

Los cazadores y los pescadores tienen en la Península los mejores cotos de Europa. En Gredos y en los Picos de Europa puede dispararse sobre la capra hispánica y los rebecos. El oso se encuentra en la montaña santanderina y en el norte de León y Palencia. En esta misma región y en algunas zonas aragonesas, catalanas, castellanas y extremeñas, hay ciervos, jabalíes lobos, lince y cabras monteses. El águila puebla las cumbres elevadas de las cordilleras y el urogallo habita en las de Asturias.

La caza menor se extiende por casi todas las tierras españolas. Los cotos para liebres, conejos, perdices, palomas, codornices y tórtolas son innumerables. Pocas son las ciudades que no cuentan con alguno en sus proximidades. Famosos son los de Echalar, en Navarra, y los de Extremadura, Andalucia y Toledo. En las marismas sevillanas hay un coto extraordinario, el coto de Doñana, donde se encuentra desde caza mayor hasta los más bellos volátiles acuáticos. El delta del Ebro, en la Calderería de Valencia, en el mar Menor murciano y en las

lagunas de Daimiel, las escopetas pueden disparar contra una caza abundante y variada.

Los cotos nacionales de pesca en los rios Nansa, Deva, Cares, Sella, Narcea, Eo y Ulla constituyen auténticos paraísos para el aficionado. En la Sierra de Gredos, en el río Tormes, hay también abundancia de truchas. Y por si estos lugares no fueran suficientes para extender más allá de las fronteras la fama de España en estos deportes, Portugal posee igualmente una gran riqueza en cotos de caza y pesca.

Los afluentes del Miño, el Ribeiro de Troncoso el Coura y el Ancora; el río Lima y su afluente el Vez; el Cávado, el Homens y el Neira guardan en sus aguas un tesoro piscícola. Igualmente, los rios Ave, Leca, Sebor, Tua, Cargo Tamega, Paira y Arda. No faltan tampoco abundantes especies en la Albufeira do Ermal, cerca de Vieira do Minho. Con estos nombres unidos a los de los rios españoles, la ruta ibérica de la pesca deportiva podría convertirse a la vuelta de pocos años en una atracción turística de primerísimo orden.

Los cotos de caza españoles juntos a los portugueses de las montañas de Tras-os-Montes y del Douro, con la sierra de la Estrella y los de las tierras secas y ásperas de la zona meridional, podrían jalonar el itinerario cinegético más atractivo del Continente. Ahí está esa riqueza en caza y en pesca para que una inteligente organización la haga valer y atraiga a las mejores escopetas y a las mejores cañas.

Las posibilidades de las rutas ibéricas deportivas no se agotan con la caza y la pesca. Las montañas de la Península reúnen condiciones para convertirse en escenario de primera categoría en la práctica del esquí y del alpinismo. Guadarrama, La Molina y Nuria. Los Picos de Europa y Pajares, con Sierra de Aralar, Sierra Nevada, Candanchú y Canfranc, del lado español, pueden engrosar la lista de las montañas portuguesas de Gérez, Lorouco, Montemuro, Bornes, Cabreira, en el Norte del país. Y las sierras de San Mamede, de la Ossa, de Adica, en la zona meridional, con la sierra de la Estrella. Belleza incomparable y escenarios naturales magníficamente acondicionados, podría ser el resumen de la ruta ibérica de alta montaña.

LA COSTA VERDE CONTINUA AL NORTE DEL MINO

Cuando el sol del verano dora la arena fina de las playas del Cantábrico, media Europa se presenta en Fuenterrabía, San Sebastián, Zarauz, Zumaya, Santander... A Llanes, a Ribadesella, a Gijón, van a miles los forasteros, pero a Galicia, por su alejamiento de las rutas terrestres de penetración van ya en menor número.

Y, sin embargo, las costas gallegas ofrecen mayores atractivos que los «loch» escoceses o que las radas noruegas. Día a día, el bravo océano, con su fuerte y constante oleaje perfecciona aún más la belleza arquitectónica de las rías al desgarrar su uniformidad, formando islotes plenos de encanto. Santa Marta, El Ferrol, Betanzos, Coruña, Muros, Arosa,

Pontevedra y Vigo, forman en conjunto un centro turístico con méritos para atraer una numerosa corriente de forasteros. Mucho más realizable sería esto, si las costas gallegas formaran un todo con las vecinas costas portuguesas, a efectos de turismo.

Vigo dejaría de ser el final de las tierras de España para convertirse en puente para ir a los alegres pueblos de la Costa Verde portuguesa. De Sur a Norte y de Norte a Sur se puede crear un intenso movimiento turístico, con playas excelentes con abundantes nudos de comunicaciones y una naturaleza única. Estas regiones están pidiendo la ruta ibérica que enlace playas y pueblos, fiestas y romerías.

Las rias bajas se pueden prolongar con esta ruta a través de las «tierras do vinho» habitadas por un pueblo simpático y hospitalario, tan afín al gallego español y tan diferente, sin embargo. El litoral de la Costa Verde es una serie ininterrumpida de playas famosas, de casinos, balnearios y hoteles. Son los lugares de Espinho, Povoas de Varzin, Vila do Conde, Praia de Ancora, Vila do Castelo. Son también Beja de Palmeira y Foz do Douro.

Siguiendo la costa Atlántica por las cuidadas carreteras del país el seguidor de esta ruta ibérica llega a Aveiro, lugar de condiciones excepcionales para practicar los deportes acuáticos, inmediato al célebre valle de Vouga, donde se observa uno de los más sonrientes paisajes de Portugal. Cercano también a Bussaco, antigua residencia de los monarcas portugueses y hoy la mejor estación veraniega del país, desde donde se pueden realizar excursiones a la región que la circunda con ciudades tan renombradas como Peniche, Obidos, Tomar, Coímbra, Caldas da Rainha...

SAGRES Y LA RABIDA, PILARES DE LA RUTA IMPERIAL

La Mancha portuguesa son los territorios al sur del Tajo; una ancha zona, árida y monótona, de extensiones sin fin. Tierras de secano con trigales inmensos, distribuidos entre zonas de árboles. Parece un país distinto que el de las húmedas praderas norteñas. Hay allí ciudades históricas, costumbres pintorescas, vestidos típicos, canciones y bailes.

En la región donde se encuentran Elvas, arrogante plaza fuerte. Estremoz, Borba, Portalegre, relicario del barroco portugués. Separado por los montes de Calderao está el país del Algarve. Parece una tierra volcada allá al azar; es como un parque de piedra en el que crece la flora mediterránea y africana. Son kilómetros y kilómetros de arcilla blanca bajo un cielo de tonalidades propias y sorprendentes. Un poeta dijo de este Portugal que es igual que una montaña inclinada al mar, como un balcón de mármol lleno de tiestos y macetas. En este paisaje y en esta tierra se levanta Sagres, al borde mismo del cabo San Vicente.

Sagres fué elegido por el infante Don Enrique para fundar la Escuela de Náutica que alimentaría en ciencia y en hombres los descubrimientos portugueses. Forma Sagres una lengua de terreno rocoso, al amparo de

un castillo y al pie del faro, alto de 200 pies. Pero no todo es historia y evocación del pasado en el Algarve; en sus costas están las playas de Sines y Vila Nova de Milfontes y Lagos, de Rocha y Carvoeiro. Y Albufeira. Cuarteira y Monte Gordo, que linda casi con Ayamonte, de España.

Siguiendo la costa, en seguida se encuentra el viajero con Huelva y el monasterio de La Rábida, el Sagres español de los descubrimientos. Entre estos dos puntos se tiende la ruta ibérica de los navegantes y conquistadores, el camino histórico de la colonización de América y de África, de Asia y de Oceanía. Es la ruta imperial hispanoportuguesa, peregrinación obligada para todos los que quieren conocer ese milagro de la humanidad que fueron los pueblos ibéricos de los siglos XV y XVI.

Este itinerario se alarga hacia el Norte hasta meterse en el corazón de Extremadura hasta Trujillo y Medellín, Cáceres y Badajoz, cuna de los conquistadores, en cuyas tierras y piedras está la savia de la gesta americana. Desde acá hasta las últimas piedras del cabo San Vicente debe extenderse la ruta ibérica de los descubrimientos. camino a seguir paso a paso porque en cada metro y en cada minuto está todo un capítulo de la Historia universal.

MADRID TIENE SU COSTA DEL SOL EN LISBOA

Así como el viajero que visita Barcelona siente la atracción de conocer Madrid, de la misma forma desde esta capital la etapa siguiente debe ser Lisboa. Porque Lisboa es alma de Portugal, alegre y melancólica al mismo tiempo, brillante y sencilla. Es la ciudad del castillo de San Jorge y de la imponente catedral de estilo románico. Del monasterio de los jerónimos edificado en el mismo lugar donde desatracaban los navíos de Vasco de Gama para descubrir el camino de la India. Es la ciudad de la torre de Belem, fortaleza erigida para defender la desembocadura del Tajo, joya de la arquitectura portuguesa del período manuelino.

Lisboa está orgullosa de sus mujeres de hermosos ojos negros; de sus costureirinhas hermanas de las modistillas madrileñas vestidas de percal silenciosas y risueñas, elegantes siempre en su modestia. De sus «isidros», enjutos y morenos, tocados con un bonete de borla, con faja de franja y americana ceñida...

Lisboa está orgullosa, sobre todo, de sus alrededores, de su famosa Costa del Sol. Un rosario de pequeñas fincas verdes se extiende desde Lisboa hasta la desembocadura del Tajo y después a lo alto de la costa atlántica, en una longitud de 28 kilómetros. En ese camino están Benfica, Cintra, Cascaes y Estoril, cuya playa está considerada como una de las más hermosas del mundo y su casino como de los primeros de Europa... Y están también Oeiras, que conserva una fortaleza del siglo XVI. y Paço de Arcos y Caxias, antigua residencia real... Localidades todas limpias y ordenadas, blancas, habitadas por gentes de todas las razas y todos los idiomas venidas de todos los rincones de la tierra. Un núcleo para el via-



—En estas dos rutas que aquí se establecen quedan incluidos algunos de los más importantes castillos de Portugal y España. Los «centinelas del paisaje» podrán visitarse de una forma sistemática y ordenada

jero, para su descanso y su salud... Llegar desde muy lejos a Madrid y no ir después es perder la oportunidad de conocer uno de los parajes más bonitos de la Península. Y también desembarcar en la metrópoli portuguesa y no acercarse a Madrid es desaprovechar unas buenas comunicaciones para visitar la capital de España. La ruta ibérica Lisboa-Madrid es obligada. Son solamente doce horas escasas en el «Lusitania Expreso» o una hora por avión.

La geografía peninsular surcada por los rasgos firmes de las rutas ibéricas de turismo puede ser el atractivo máximo para el viajero de nuestros dos países y del

extranjero. Nada hay más sugestivo en el escaparate de una agencia de viajes que el mapa de Portugal y España mostrando el itinerario de los castillos, de los monasterios, de la música y la danza populares, de la caza y de la pesca... La unidad turística ibérica, servida por una buena técnica de organización y propaganda, puede ser la invitación dirigida al mundo entero para que venga a conocernos. España y Portugal, unidos para estos fines, hablan un idioma universal de evocaciones y sugestión que no necesita ser traducido a ninguna lengua.

Alfonso BARRA

—Todos los nombres de esta Ruta de la Oración y la Fe tienen amplia resonancia en la religiosidad del mundo, tanto antiguo como reciente. De Zaragoza a Fátima no se interrumpe una predilección de la divinidad por las tierras ibéricas



EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 3,00 ptas.- Suscripciones: Trimestre, 38 ptas.; semestre, 75; año, 150

ESPAÑA Y PORTUGAL, UNIDAD TURÍSTICA

Torre de Belén (Lisboa)



Las fronteras
políticas no
son barrera
para el viajero

Las rutas ibéricas
de los castillos y
monasterios de las
playas y de la música,
atractivo máximo
del turismo
internacional

Catedral de Toledo



Castillo de La Mota

